

# El Capitán Melchor Verdugo, Encomendero de Cajamarca

Por JOSE ANTONIO DEL BUSTO D.

*"Auran de saber que en la cibdad de Truxillo habitava un cauallero llamado Melchior Verdugo... y el Marques Don Francisco Piçarro.... le auía dado aquel pueblo de Caxamalca".*

Gutiérrez de Santa Clara

## El hidalguillo pobre.

El de Verdugo fue uno de esos linajes que nacieron de la guerra contra la morisma. Su principio debió ser algún caballero "verdugo de moros" y paladín de cristianos que vivió con anterioridad al siglo XIII. Pero nada más se sabe de él, excepto que sus descendientes vivieron en Arévalo, donde usaron por armas un león rampante de azur en campo de oro y bordura del mismo color con ocho aspas doradas<sup>1</sup>. Estas aspas o cruces de san Andrés, precisamente, son las que remontan la antigüedad de la Casa al siglo XIII, porque —según la heráldica de los hijosdalgo de Castilla— se concedieron sólo a aquellos caballeros que tomaron Baeza, la noche de san Andrés Apóstol de 1227<sup>2</sup>.

Sin embargo, no es al viejo tronco arevalense al que vamos a tratar, sino a la rama avecindada en Avila que también fue antigua y principal. Dimanada de los Verdugos de Arévalo, esta rama abulense estaba representada a comienzos del siglo XVI por el hidalgo Francisco Verdugo, caballero de mucha honra y pocos bienes, casado con doña Marina de Olivares, hijadalgo de los Olivares de Trasmiera, en las Asturias de Santillana<sup>3</sup>. Tres fueron los hijos del mencionado caballero: Francisca Verdugo, que después casó con Juan Vásquez de Ortigosa; Marina Verdugo, nacida por 1512 y que al parecer murió soltera; y Melchor Verdugo y Olivares, llamado "El Comendador", que primero fue

soldado de Pizarro cuando la prisión del Inca y luego uno de los capitanes más famosos del Perú. La turbulenta historia de su vida ha dado pie a este estudio <sup>4</sup>.

Melchor Verdugo, pues, nació dentro de las murallas de Avila <sup>5</sup>, alrededor de 1514 <sup>6</sup>. De su infancia casi no hay que decir, excepto que fue muy dura. Su niñez transcurrió ligada a la necesidad, porque como su padre al morir dejó muy pocos bienes, su madre —de acuerdo con el uso y mentalidad de la época— debió de darle algún dinero para luego despedirlo con un: “toma fijo, y no me des más pasión, e vete e ayúdete Dios a tu ventura” <sup>7</sup>. Esta frase fue común en el siglo XVI. Fustigadas por el hambre y el temor a la deshonra, las viudas de Castilla aprendieron a decirla a sus hijos. El pan que había era para las hijas doncellas, hasta que se pudieran casar o entrar de monjas; los niños nacidos en el Siglo de Oro, tenían que ir a buscar este metal allende el mar.

Sólo así se explica el que Melchor Verdugo marchara a Indias tan temprano. Contratado servidor del licenciado Gaspar de Espinosa, viajó con él a Tierra firme la última vez que vino de España. Al desembarcar en el Nombre de Dios, amo y criado se alojaron en una posada donde ya estaba Nicolás de Ribera, el Viejo. Años más tarde recordaría éste, que cuando Espinosa entró fatigado a la hostería en compañía de su paje, “podría ser el dicho melchior verdugo de hasta quinze o diez y seys años” <sup>8</sup>.

El muchacho pasó con su amo a Panamá, morando allí en la casa del licenciado. Ella sería su escuela y Espinosa su maestro. Entonces fue que conoció a los soldados baquianos de la conquista de Santa Cruz, Natá, Comogre, Pocorosa y costas de la Mar del Sur, jornadas en las que el licenciado había sido capitán. Refiriéndose a estas expediciones había dicho Las Casas: “Espinosa fue el espíritu de Pedrarias y el furor de Dios encerrado en ambos” <sup>9</sup>. Y esta vez el dominico tenía toda la razón, porque al frente de una legión de forajidos, Espinosa ordenó que se aperreara a los indios o se les cortara manos y narices, inventando —de paso— “la pena del tiro de pólvora”, que consistía en disparar una pelota de plomo a un indio atado a un árbol, la que al salir abría en sus espaldas una brecha del diámetro de una botija de media arroba... <sup>10</sup>. Y en la casa de Espinosa, en Panamá, se juntaban por la noche los baquianos a jugar, beber y celebrar estos recuerdos con chuscadas y risas de mal gusto. Y el imberbe aún Melchor Verdugo oíría las historias de boca de sus propios actores, adquiriendo cada noche una idea más completa de la soldadesca indiana. Así fueron todas las noches del lluvioso verano tropical. Se jugaba y se reía hasta que los asistentes comenzaban a dar muestras de cansancio. Entonces, el canoso licenciado —que

por lo demás fue un excelente capitán— concluía aquellas charlas citando la opinión de los antiguos sobre “que las letras no embotan la lanza”<sup>11</sup>. Y oída la moraleja del anciano, luego todos se iban a dormir...

Pero con la caída de Pedrarias también Gaspar de Espinosa quedó en malas situación y al poco tiempo debió de cancelar a los criados. Acaso tenía dineros, pero los necesitaba para la próxima Armada del Perú. La vinculación de Espinosa con Pizarro en este período nos aclara por qué el mozuelo se enroló en la Armada perulera como peón de infantería. Joven noble a pesar de ser criado, mejor aún, criado pobre por haberlo despedido el amo, Melchor Verdugo y Olivares podía explicar su decisión con sólo canturrear una letrilla:

“A la guerra me lleva mi necesidad;  
si tuviera dineros, no fuera, en verdad”.

### Conquistador del Perú.

Verdugo se juntó a Pizarro en la costa de Coaque. Para llegar allí utilizó el navío de Pedro Gregorio que llevaba gente y víveres a los expedicionarios. El conquistador Blas de Atienza que lo vió desembarcar refiere que Verdugo “venía llagado y doliente y maltratado y a causa desto no se hazía quenta del porque ni traía cavallo ny aun que bestyr ni se le encomendava ni fiava cosa de afrenta porque al parecer no hera para ello”<sup>12</sup>. Martín Pizarro, que también lo vió bajar a tierra, se limita a confesar “que hera mançebo en la hedad e ansy lo paresçia por su aspeto”<sup>13</sup>.

No obstante sus pocos años, Melchor Verdugo participó en las luchas con los indios de Puná y Túmbes, prosiguiendo con la hueste y asistiendo a la erección de San Miguel de Tangarará, en tierra de los tallanes. Aquí será Rodrigo Lozano, el presunto cronista, quién nos diga que “vido al dicho melchior verdugo en el pueblo de san myguel al tiempo que se pobló, en casa y compañía de un fulano aguilar, al-guazil del rrey, e andar a pie é no tan bien tratado como convenia... e así fue a caxamalca... porque este testigo lo vido todo por vista de hojos quando se yvan a caxamalca”<sup>14</sup>.

Como es fácil apreciar, Melchor Verdugo no fue bien recibido por sus compañeros. Antipático, apocado y enfermizo, acaso este primer impacto que causara en los soldados contribuyó a su definitiva formación. Allí se estaba gestando el hombre cruel, díscolo, intrigante y ambicioso, el soldado resentido y el encomendero falaz. La antipatía de Melchor Verdugo siempre fue proverbial en el Perú. Algunos años más tarde se bramaría contra él hasta en la selva amazónica.

De San Miguel salieron los soldados en setiembre de 1532, primero los de a caballo, después la infantería. El conquistador Antonio Solar afirma "que en aquel tiempo heran muy pocos los que tenían caballos e que los más de los principales andaban sirviendo a pie"<sup>15</sup>. Melchor Verdugo era de estos muchos en la marcha a Cajamarca y, por tanto, "entró a pie como otros cavalleros lo hizieron e . . . así andubo hasta que fue preso Atabalipa"<sup>16</sup>.

Efectivamente, el 16 de noviembre de 1532 —antevispera de san Román— el mozo estuvo con su espada y su rodela en la prisión del Inca. Aunque se ignoran los detalles de su comportamiento bien se le puede tildar de esforzado si se atiende a que "Era manzebo de poca edad e nó tenía barvas ninguna"<sup>17</sup>. Casos tan precoces como el suyo hacían al Rey de Francia exclamar: "Bienaventurada España que pare y cría los hombres armados!"<sup>18</sup>.

Al repartirse el botín obtuvo por su esfuerzo 135.6 marcos de plata y 3.330 pesos de oro<sup>19</sup>. Después de esto, sus mismos compañeros comenzaron a tomarlo en cuenta. El 15 de junio de 1533 aparece de testigo en el pacto de dos clérigos para dividirse hermanablemente lo que en la guerra ganaren sus caballos<sup>20</sup>. Ese mismo día firmó una carta de obligación a Juan de Ascencio —uno de los clérigos— endeudándose en 2.000 pesos de buen oro por un caballo ensillado y enfrenado, un indio esclavo de Nicaragua, una india herrada en el rostro y veinticuatro gallinas<sup>21</sup>. Sin duda programaba un festín para celebrar su encumbramiento a jinete. Por último, el 11 del mismo mes, lo volvemos a encontrar en la compra de una yegua por el soldado Pedro de Mendoza<sup>22</sup>.

Es a estas alturas que Melchor Verdugo empieza a caminar con humos de caballero. Hidalguillo de escarcela vacía que amaneció un día dueño de mucho oro, no supo resistir a la tentación de pretender codearse con los superiores. Y por decir que era amigo del Gobernador Pizarro, asistió en su posada a varias sesiones de juego. Pero tanto le ganó el Gobernador en ellas que a la larga le afloraron los escrúpulos<sup>23</sup>. El nuevo vicio se cortó entonces con una orden de escoltar a Piura el quinto que a Su Majestad llevaba Hernando Pizarro<sup>24</sup>.

Pero vuelto a Cajamarca compró allí otro caballo a Juan de Porras, el cual era morcillo y costó 2.500 pesos o algo más<sup>25</sup>. Eso de andar a pie estaba bueno para los soldados pobres. Después partió con la hueste rumbo a Jauja, donde todos descansaron algún tiempo. Con sus armas y caballo asistió entonces con Hernando de Soto a la guazabara de Vilcas y al cerco de Vilcaconga. También estuvo en la refriega del Cusco y persecución de Quisquis, ingresando luego a la ciudad sagrada de los Incas la mañana de san Eugenio de 1533<sup>26</sup>.

Entonces Pizarro —a decir de Zárate— “repartió los indios entre los vecinos que allí quisieron quedar, porque a muchos no les pareció poblar en la tierra, sino venirse con lo que les había cabido en Caxamalca y Cusco a gozarlo a España”<sup>27</sup>. Pero Verdugo fue de los que supo vencer a la nostalgia al dejarse ganar por la ambición. Pensaba hacerse más rico todavía y alcanzar sitio de poderoso. El estaba demasiado joven, las murallas de Avila aún podían esperar. . . Es por esto que en la fundación española del Cusco figura el abulense en los siguientes términos: “Señalósele a Melchor Verdugo un solar a las espaldas de Diego Maldonado, linderos la calle de Candia”<sup>28</sup>. El sitio era importante porque Pedro de Candia era el Alcalde y Maldonado, sobrenombrado El Rico, un soldado principal. Pero el trazo de estos solares se hizo en forma irregular y, por tanto, hoy no se ubica el lugar exacto que correspondió a Verdugo. Lo único que se colige es que integraba el severo Hatun Cancha y que estaba enclavado en ese barrio que por ser de piedra roja los Incas lo llamaron Pucamarca.

### El vecino de Trujillo.

Pero Verdugo no vivió mucho en su nueva vecindad. Por razones que ignoramos bajó entonces a Lima —que tenía pocos días de fundada— y con el Gobernador Pizarro, su secretario Picado y el trazador Diego de Agüero partió con dirección al norte. Después de atravesar candentes arenales los viajeros avistaron un gran valle del que era señor Cajazinzin, último rey de los chimúes. Y allí, el 5 de marzo de 1535, fundaron la ciudad de Trujillo como un homenaje a la patria del Gobernador. A Verdugo entonces no se le dió ningún cargo en el Cabildo, pero —en cambio— ocupó el noveno lugar en la lista de los fundadores<sup>29</sup>.

Ese mismo día se efectuaron los repartos de indios y solares. El solar que se le dió tampoco está identificado, pero hay motivos para sospechar que estaba en una esquina de la Plaza Mayor. Poco después levantó en él su morada —toda de piedra y con dos pisos— opinándose por esto que era la mejor casa de Trujillo, aunque la seguía en importancia la de Diego de Aguilera<sup>30</sup>.

En cuanto al repartimiento le correspondió el de Cajamarca con su curaca Colquicusma y los demás reyezuelos locales. Eran éstos: Tantaahuata y Guaygua, señores de Bambamarca; Pariatungo, señor de Pucamarca; Carbacasa, señor de Chonda; Puculla, señor de Chuco; Espalco, señor de Cuismanco; Carhuarayco, señor de los cuismancos mitimaes; y Otuzco, señor del pueblo de su nombre. En los alrededores de Trujillo le dieron también un curaca y sus vasallos destinados al servicio personal. Este jefe lo fue Chicamanaque, gran curaca de Chonguco, de

la parcialidad de los chimús<sup>31</sup>. Tan grande fue el número de indios otorgados a Verdugo, que se rumoreó entonces que Pizarro había sido generoso con él para resarcirlo del mucho oro que le ganó en el juego. En Cajamarca se lo había quitado, en Cajamarca se lo iba a devolver. ¡Y Cajamarca era más grande que Avila y Segovia juntas!<sup>32</sup>.

Pero estando por salir de Trujillo el Gobernador, entró en la villa el famoso Cazalleja con las provisiones reales que conferían al Adelantado Almagro la gobernación de Nueva Toledo. Diego de Agüero, que hasta entonces había sido pizarrista, corrió a enterar a Almagro del suceso, obteniendo con ello mil pesos por albricias. Sorprendió mucho al Gobernador este gesto de Agüero y para evitar peores males envió a Verdugo al Cusco con despachos en los que revocaba los poderes al Adelantado y los transfería a su hermano Juan Pizarro<sup>33</sup>. El arribo de Verdugo al Cusco fue el comienzo de aquella cruel guerra civil que terminó en la rota de Salinas. En efecto, refiere el cronista Molina, que habiendo los vecinos recepcionado a Almagro por las noticias venidas con Agüero, "aún bien no era llegada la tarde cuando entró aquel mismo día, por la Plaza del Cuzco, Melchor Verdugo... y como entró en la ciudad, se fue derecho a apearse a la posada de los hermanos del Marqués, que moraban juntos, y dado el despacho del Marqués sin dilación, como quién toca arma, se acaudillaron y juntaron, llamando los más vecinos y regidores de la ciudad a su casa, y les amonestaron de parte del Marqués que no recibiesen a Almagro por teniente de Gobernador, ni menos por gobernador aunque trajese provisiones del Rey... que ellos tenían recaudo del Marqués, su hermano, para lo resistir y pensaban morir en la demanda"<sup>34</sup>. Enterado Almagro de todo esto reunió también a su gente y ambos bandos se retrajeron a sus casas a esperar en qué paraba todo aquello. Melchor Verdugo quedó con Juan Pizarro "y desde este punto —concluye la crónica— no dejó de haber en estos reinos grandes revueltas y males; porque de este primer yerro nacieron todos"<sup>35</sup>.

Pero en eso llegó el Gobernador Pizarro y se concertó la paz sin que nadie lo esperara. Entonces Almagro partió a la conquista de Chile y Verdugo volvió a Trujillo en compañía del Marqués, del que había llegado a hacerse su hombre de confianza. Pero por razones de política solo pudieron entrar en Trujillo a principios de 1536, terminando el mes de enero. Los vecinos comentaron envidiosos que Verdugo era un paniagudo del Gobernador pero éste no hizo nada para desmentirlos. Ante el asombro general y sin poder decir una palabra de protesta, Su Señoría los reunió a todos e hizo a Melchor Verdugo, Regidor. Los vecinos se indignaron con el nombramiento del mozuelo, pero Pizarro luego de esto se marchó. Sin tener a quién quejarse, los

vecinos aceptaron el capricho. De este modo Verdugo se puso codo a codo con el valeroso Juan Roldán, el Trece Soraluze, el rico Lorenzo de Ulloa, el capitán Andrés Chacón y el Alferéz Francisco Luis de Alcántara que, aunque analfabeto, era un soldado distinguido. El regimiento, además, le permitió sentarse en la iglesia junto a Blas de Atienza que, a pesar de ser muy viejo y casi ciego, era todo un descubridor del Mar del Sur; y también al lado de Diego de Mora, hidalgo que había sido Alcalde de Granada, en Nicaragua. En otras palabras, el Gobernador no sólo ascendió a Melchor Verdugo sino que logró igualarlo con los beneméritos<sup>36</sup>.

Después de esto, Melchor Verdugo hizo su primera visita a Cajamarca en calidad de encomendero. Quería tratar de cerca a sus indios y pasar entre ellos una tranquila temporada. En efecto, así lo llegó a hacer, pero estando descansando le informaron que era alzado Manco Inca y con él todos los quechuas de la tierra. Los tambores retumbaban en los valles, el viento traía el sonar de los pututos y la grito, esa grito que parecía de demonios, indicaba que estaban reunidos los curacas y sus legiones alertas. Verdugo decidió entonces bajar hacia Trujillo y juntarse con otros españoles. Pero antes de partir apresó a varios hermanos de Atahualpa que allí estaban y los llevó consigo. Entre estos presos figuraba Azarpay (que a pesar de ser hermana había sido también esposa de Atahualpa), pero el principal de los cautivos lo era Sairi, otro de los hijos de Huayna Cápac. Los desgraciados príncipes tuvieron un desastroso fin. Sairi fue desterrado a Panamá, donde debió morir porque nunca más se supo de él; y Azarpay enviada a Lima, donde Francisco Pizarro "mandó dar garrote y matalla, pudiendo embarcalla en un navío y echalla de la tierra"<sup>37</sup>.

Una vez en Trujillo, Verdugo comprobó que la población estaba alarmadísima y los municipales dispuestos a desamparar la villa. Ya habían embarcado a todas las mujeres con los niños, porque se esperaba el ataque indio de un día para otro. Entonces fue que Verdugo se opuso al plan de fuga y reunió al Cabildo para evitar el despoblamiento. Todavía más, con otros vecinos organizó la defensa y vigilancia de la plaza, echando las suertes para las velas y designando los turnos para las guardias, pues —como él mismo decía— ni los que descansaban en sus casas debían confiarse demasiado, porque "es uso de guerra en esta tierra dormir los onbres armados en tal tiempo"<sup>38</sup>. Y como lo dijo lo hizo, porque en las estrelladas noches norteñas se le vió a través de la población embrazando adarga, empuñando lanza y cabalgando una mula bermeja.

A estas alturas, los indios chachapoyas pidieron a Verdugo auxilio contra Cayo Túpac, capitán del Inca que avanzaba hacia sus tierras.

El encomendero les envió entonces a un su criado apellidado Segura para que les enseñara nuevas tácticas de guerra, y la defensa salió bien<sup>39</sup>. Después de esto se fueron apagando los fulgores de la hoguera de guerra y también la grito de los guerreros. El descerco del Cusco y el de Lima marcaron el final de la revuelta. Trujillo se había salvado y los que se apusieron a su abandono duplicaron su prestigio personal. En realidad (y era duro decírselo a esos hombres que habían velado las cuatro guardias de la noche) la villa nunca había corrido riesgo. Lo que pasó fue que los chimúes de la vecindad se habían divertido con los españoles llevándoles noticias alarmistas.

### La gratitud imperial.

Luego de una corta permanencia en Lima, durante la cual —el 18 de noviembre de 1536— declaró en la probanza de Diego de Agüero, el de las albricias, Verdugo regresó a Trujillo<sup>40</sup>. Allí, el 7 de diciembre, escribió una extensa carta a su señora madre. Esta carta es una de las pocas de este tipo que se conservan de los conquistadores, pero su mayor mérito estriba en la petulancia juvenil, pues su autor se muestra con la vanidad del nuevo rico, del hombre que cree haber triunfado en la vida. Por eso expresó allí: “yo quedo en el pueblo donde siempre he estado y viuo en una villa que se llama troxillo, tengo en el mi casa y vn muy buen rrepartimiento de yndios que abrá ocho o diez mill vasallos. Creo que ningún año abrá que no me den cinco o seis mill castellanos de rrenta. Todo esto escribo a vuestra merced para que se huelgue y crea que vivo sin necesidad.— ¡Loores a Nuestro Señor!— Vuestra merced me escriba siempre y me haga saber como están las señoras mis hermanas y todos esos caualleros parientes míos y les diga que les beso las manos, que tampoco e avido carta de ninguno de ellos. Pero pues vuestra merced no me escribe no quiero culpar a nadie. No lo haga vuestra merced de aquí adelante así, sino pues el papel y tinta cuesta poco escribame cada día veinte cartas porque si la vna herrare acierte otra... porque no es otro mi deseo sino rrecebir carta de vuestra merced a cabo de tanto tiempo. Yo quedo muy bueno, ¡loores a Nuestro Señor!, y otro descontento en mí no rreyna sino no aver sabido de vuestra merced como tengo dicho’<sup>41</sup>.

Ante líneas como éstas doña Marina de Olivares debió de sentirse realmente satisfecha. Su hijo de veintidos años de edad era todo un señor feudal en el Perú. Así se lo comunicaría primero a sus dos hijas (que por ser analfabetas no podían cartearse con su hermano) y también a “esos caballeros”, los parientes pobres... Pero antes de concluir el escrito doña Marina tuvo que enterarse de las nuevas pre-

tenstones de su hijo. Decía éste que no lo preocupaba el cargo de Alguacil Mayor de Trujillo, "porque no ay necesidad, porque el gouernador me quiere tanto que siempre procura de hacerme mercedes"<sup>42</sup>; pero que, en cambio, requería con urgencia la perpetuidad de sus indios, una conducta de Capitán y el título de Regidor perpetuo. Pero lo que más lo entusiasmaba a esas alturas era un hábito en la ecuestre y militar Orden de Santiago, porque eso lo haría caso único entre todos sus compañeros. El era bien nacido pero no siempre la casta hidalga era fácil de probar. Había, pues, que conseguir buenos testigos, de esos que supieran de sus antepasados por ramas de los cuatros abuelos. El tenía ya una información hecha ante escribano y en ella se había preocupado de hacer constar "lo mucho que he seruido en esta tierra a su magestad y de como me hallé en la prisión de Atavalipa y otras cosas"<sup>43</sup>. Por este tipo de hazañas no había que tener cuidado porque —advertía a su madre— "soy muy bastante"<sup>44</sup>, pero para lo de la limpieza de sangre debían preocuparse algo más y conseguir testigos "aunque se vayan a tomar a(1) cabo del mundo"<sup>45</sup>.

La carta la envió con Hernando de Zevallos y mientras obtenía respuesta se dedicó a esperar. Pero Melchor Verdugo conservaba un gran amor por su madre y ello hizo que siempre le remitiera oro. Una viuda con dos hijas (el perulero ignoraba el matrimonio de la mayor), lo tenía que necesitar. Anteriormente le envió con Juan de Rojas veintidos esmeraldas, una faja de chaquira de oro, una barra del mismo metal que pesaba diecisiete pesos y algunas cosillas más como mantos, peines y espejuelos. También "un vaso de oro... un hombrezico de oro y plata y quarenta y quatro cántaros... y una cruzecita toda de oro"<sup>46</sup>, sin contar dos cucharitas y tres anillos de lo mismo. Pero aunque Rojas entregó todo en Sevilla al intermediario Vicente de Avila, se quedó con gran parte de las esmeraldas. A pesar de que hubo pleito por ello ante el Consejo de Indias, esto nunca se llegó a aclarar...

Pero doña Marina de Olivares no pudo ver el pleito concluido, porque al finalizar el año 37 falleció en Avila sin conocer las esmeraldas. Sus dos hijas y Juan Vásquez de Ortigosa, esposo de la mayor, le dieron cristiana sepultura. Por esta razón doña Marina Verdugo, segundogénita de la difunta, se apersonó al Corregidor de la ciudad el día 9 de diciembre. Solicitaba un tutor y curador para ella y sólo un curador para que entendiera en los pocos bienes de su hermano Melchor, "el qual está ausente desta çibdad e destos Reynos, que está en las Yndias"<sup>47</sup>. Aquel mismo día fue señalado para el desempeño de ambos cargos Juan Vásquez de Ortigosa, el cuñado de los protegidos. De este modo los bienes de Melchor Verdugo en Avila quedaron amparados, pero por la explicable tardanza de las cartas, el be-

neficiado ignoró el deceso de su madre y el nombramiento de su curador hasta el año de 1539<sup>48</sup>.

Por lo demás, ese año 37 transcurrió sin ninguna novedad<sup>49</sup>, pero el siguiente fue agitado y a lo largo de él todo el Perú se desangró por los Almagros y Pizarros. Verdugo no asistió a la rota de Salinas, pues ninguna crónica lo afirma, pero sí que acudió a Lima con el primer llamado del Marqués. Con él debió asistir, como miembro de su escolta, a las conversaciones de Mala, pero tampoco hay indicios suficientes<sup>50</sup>. Lo único probado es que el 20 de mayo estaba nuevamente en la villa de Trujillo, donde presentó al Teniente García Holguín ciertos indios de su encomienda para tomar posesión de todos ellos por primera vez. Precedidos por Colquicusma, el gran curaca de los cajamarcas, el Teniente los entregó entonces a Verdugo, según constó ante Pedro González, escribano<sup>51</sup>. Otra vez viajó a Lima, pues el 24 de mayo de 1539 declara allí en la probanza de Sebastián de Torres<sup>52</sup>, pero pronto retornó a Trujillo con el pretexto de visitar a Colquicusma y sus indios cajamarcas. Las guerras, afirmaba el abulense, no le habían permitido visitar a los que él llamaba sus "vasallos". La vez que quiso hacerlo tuvo que regresar. Ahora, pues, quería apreciar de cerca ese progreso de su encomienda que tanto le aseguraban los mayordomos. Y sentado en una litera que portaban sus "vasallos", comenzó a subir la cordil'era hacia el viejo reino de los caxamalcas...

Allí, entregado a la cetrería y viendo los grandes rebaños de auquénidos, su existencia transcurrió rodeada de tranquilidad. Algunas veces, cuando el aburrimento lo vencía, gustaba visitar a los curacas de sus pueblos utilizando para ello un palanquín. Otras, vigilaba sus trigales de la serranía o inspeccionaba sus obrajes donde cada día hacían mejores los tapices, al extremo de recordar a los de Flandes... Pero a pesar del auge de estos indios, Melchor Verdugo se quejaba de ellos porque no le daban oro. El abulense había llegado a identificar a la felicidad con el metal dorado y sus tributarios no los comprendían. Por eso los reñía, tildándolos de ociosos y mal intencionados. Para Melchor Verdugo los indios de su repartimiento dejaban mucho que desear<sup>53</sup>. Pero los que conocían de cerca a cualquier curaca de Verdugo, calcando el cantar castellano, del más pobre hubieran podido decir:

"Dios, qué buen vassallo,  
si oviesse buen señore"

Lo cierto es que mientras se quejaba el abulense de los indios, sus gestiones en España progresaban. Por intermedio del Alcalde Ronquillo —aquel que mereció del bufón don Francés ser llamado "toro viejo

enojado”<sup>54</sup> y “torre de Zamora derribada en tiempo de Terremoto”<sup>55</sup>— obtuvo del Emperador y del Consejo de Indias un par de importantes privilegios. Uno estaba fechado en Valladolid el 13 de noviembre de 1537 y era un título de Regidor del Cabildo de Trujillo<sup>56</sup>; el otro, fechado también en Valladolid el 7 de diciembre del mismo año, era un escudo con su yelmo a lo hidalgo sobre lambrequines de sinople y sable. El primer campo era negro y encerraba un tigre con una espada de plata en la mano; medio partido de oro con un cocotero puesto sobre un mar de azur y plata. El segundo cuartel representaba un mar igual al anterior y navegando en él, a toda vela, un navío de perfil muy marinero. El todo lo rodeaba una bordura de plata con cuatro cabezas de sierpres degolladas y en cada tronera dos lanzas quebradas puestas en sotuer<sup>57</sup>. Ese licenciado Ronquillo, Alcalde de Corte de Su Majestad, se había comportado como un verdadero amigo de la familia. Gracias a él los viejos sueños habían comenzado a tornarse realidad.

### Consecuencias de una afrenta.

Así las cosas entró el año de 1541, tiempo que para el Perú vino a ser funesto, porque a lo largo de él los almagristas mataron al Marqués. Cuando esto último ocurrió, Melchor Verdugo seguía en sus indios cajamarcas. Entonces fue que salió por mar García de Alvarado a tomar Trujillo y la maledicencia soldadesca encontró ocasión de cebarse con Verdugo. Se dijo, por ejemplo, que estando Alvarado acantonado en Saña, se presentó un día a él Verdugo, a caballo y con armadura, escoltado por numerosos indios. Accedió Alvarado a la entrevista que demandaba el visitante y juntos platicaron largamente en una tienda. Se rumoreó entre los soldados que había venido a noticiarlo que Alonso de Alvarado había alzado bandera por el Rey en Cochabamba —un lugar aledaño a Cajamarca— y que estaba dispuesto a atacar a los de Chile<sup>58</sup>. Sin embargo, la realidad fue muy distinta. Era cierto que Alonso de Alvarado estaba por el Rey, pero sabedor de esto Verdugo —lejos de seguirlo— escribió la noticia a García de Alvarado para prevenirlo. No fue, pues, como decían los soldados. El abulense vivía muy tranquilo en Cajamarca para trocar su comodidad por los azares de la guerra. En cambio, de este modo quedaba amigablemente con ambos Alvarados. A Alonso no le contestaba fingiendo no haber recibido su mensaje y a García lo ponía sobre aviso. Ganara quién ganara tenía asegurada su encomienda<sup>59</sup>.

Luego de prolongar su estadía entre sus indios y de observar un comportamiento definidamente hipócrita, Verdugo decidió reincorporarse a su vecindad. Pero a su regreso a Trujillo protagonizó el mayor escándalo que hasta entonces había visto la villa. El abulense cono-

cía desde Tierrafirme a Francisco de Fuentes, el yerno de Gaspar de Espinosa. Juntos habían hecho la jornada del Perú y ahora eran vecinos de Trujillo. Amigos al extremo de visitarse con frecuencia nunca nada había empañado esta amistad. Pero he aquí que Fuentes tenía una hija llamada doña Francisca y ella fue la manzana de la discordia. La moza estaba casada con Antón Cuadrado, soldado viejo y casi ciego que tenía la encomienda de Huambacho. A su vuelta a la ciudad Verdugo fijó demasiado sus ojos en doña Francisca y la sedujo aprovechando una ausencia del marido. Cuando Antón Cuadrado se enteró juró degollar al mal amigo y Verdugo, temeroso, buscó refugio en el convento de los mercedarios. Al asilo de su claustro permaneció acogido mucho tiempo, mientras Cuadrado rondaba los muros buscando coyuntura de venganza. Parece que pasaron así varias semanas, hasta que un día el asilado mandó llamar a Andrés Machuca y le pidió le acompañase a dar el encuentro a Vaca de Castro que debía estar en Quito. Entre gallos y medianoche salieron entonces Verdugo y el Machuca con cinco jinetes y tres peones armados que les sirvieran de protección. En Chaparra supieron que ya era partido de Quito el licenciado y en Ayabaca hallaron al clérigo Sancho de Mingaza, quien se plegó a Verdugo con el pretexto de ser su capellán. De este modo siguieron incansables y perdidos, hasta que una noche —después de cruzar una áspera sierra— divisaron el campamento de Vaca de Castro junto a un pueblo indio que los escritos llaman Corrachamba (Cariamanga?)<sup>60</sup>.

Con Vaca de Castro volvieron entonces a Trujillo. El camino fue sin novedad y de todas partes acudían a sumárseles los encomenderos. Pero antes de entrar a la ciudad, cuando ya se divisaba la torre de su iglesia y se oían las campanas que daban la bienvenida al licenciado, salióles al encuentro un jinete. Era Antón Cuadrado y venía a pedir justicia por cierto ultraje que le habían hecho. Después de oírlo, el Gobernador mandó traer ante sí a Melchor Verdugo y, una vez delante suyo, le preguntó si era el culpable. Al admitir éste el adulterio, fue cargado de cadenas y conducido a Trujillo. La humillación que significó para el soberbio Regidor pasear así por las calles de la ciudad, le dejó una huella indeleble en su persona. En Trujillo Verdugo guardó varios días de prisión, pero luego intervino Vaca de Castro como árbitro y logró un acuerdo entre las partes. Verdugo dió a Cuadrado 4.000 pesos "porque le perdonase"<sup>61</sup>, y éste los aceptó con la condición de que fuera pública la entrega. El viejo fuero aducía que cuando hubiera corazón para sentir una afrenta pero faltasen fuerzas para poderla vengar, la solución fuera obligar a pedir perdón y otorgarlo por dinero. Indemnizado conforme al fuero castellano, Antón Cuadrado volvió a pasear con la frente alta por las calles de Trujillo<sup>62</sup>.

Por estos días, acaso porque ya sospechaban sus arreglos con los almagristas, Verdugo dió dos caballos a Vaca de Castro y compró un tercero en 800 pesos a Juan de Morales, para ir con él a la guerra <sup>63</sup>. Pasado un tiempo, Vaca de Castro abandonó la ciudad en prosecución de Almagro el Mozo y los asesinos del Marqués. Lo siguieron todos los vecinos principales excepto los enfermos, viejos y algunos prominentes del Cabildo. Pero Melchor Verdugo, a pesar de ser aún muy joven y no requerirlo el servicio de la ciudad, persistió en quedarse. El abulense estaba resentido con la fórmula transaccional del licenciado y por considerarse vejado en demasía, había decidido no seguir al estandarte real como era su obligación de encomendero. Mas Vaca de Castro, estando ya en Huaraz, mandó volver a Peranzúñez y éste, al tiempo que hizo tropas en Trujillo, obligó a Verdugo a ir contra los almagristas. De mala gana partió entonces el soldado, pero esto no fue óbice para proseguir, y de este modo —el 16 de setiembre de 1542— asistió a la batalla de Chupas. La de Chupas fue la rota más sangrienta que registran las guerras de los conquistadores. A lo largo del combate la crueldad y el heroísmo se dieron la mano varias veces. Todos combatieron sin descanso. Pero Melchor Verdugo no estaba para arriesgar su vida y menos para alcanzar laureles al severo licenciado. Combatió sin entusiasmo, como aquel que combate por cumplir. En otras palabras, su comportamiento fue incoloro, al extremo que la soldadesca dió nuevamente en murmurar. Entre otras cosas se dijo que había pretendido huir a la mitad de la batalla, pero que alejándose con su caballo fue visto por el capitán Pedro de Vergara, su amigo y superior, el cual lo hizo volver a cintarazos. La historia la contaban todos porque la habían oído muchos, pero lo cierto es que no la había visto nadie. Lo que sí resultó verdad fue que en el combate le mataron el caballo que compró a Juan de Morales <sup>64</sup>.

Su odio a don Cristóbal Vaca de Castro llegó a su mayor intensidad cuando éste en el Cusco (el 19 de octubre de 1542), le restó casi la cuarta parte de sus indios para darlos a Hernando de Alvarado, el hermano de Alonso, aquel que se alzó en Cochabamba <sup>65</sup>. Indignado volvió entonces a Trujillo donde el 27 de noviembre hizo una información ante el Alcalde Diego de Vega, sobre el mucho bien que había hecho en su encomienda, edificando la iglesia de Cajamarca, enseñándole a rezar a todos los niños aborígenes y convirtiendo a sus padres en eximios tejedores o sembradores de trigo. Añadió también allí el curioso dato de haber sido el primer español que descubrió y trabajó minas de plata en el Perú <sup>66</sup>. Pero pasaron los meses y la situación no cambió. Entonces, desde Trujillo —el 8 de marzo de 1543— escribió a su cuñado y curador Vásquez de Ortigosa para que se preocupara

más del oro que se litigaba a Juan de Rojas y también para que intercediera con el Alcalde Ronquillo en la dación de una cédula del Emperador que le devolviera sus indios<sup>67</sup>.

Pero la respuesta de Ronquillo se hizo esperar bastante tiempo, tanto que primero llegó la noticia del nombramiento de Blasco Núñez Vela por Virrey del Perú. Verdugo se alegró con la noticia no sólo porque el nuevo gobernante venía a tomarle cuentas a Vaca de Castro, sino porque se hablaba que "era caballero recto y que hacía justicia sin ningún respecto"<sup>68</sup>. Además —y esto era lo que más le alegraba— Blasco Núñez era de Avila y muy amigo de fray Pedro Verdugo, Comendador Mayor de Alcántara...<sup>69</sup>. Era de esperar, pues, que otra vez valieran las viejas influencias de familia.

### El Virrey oriundo de Avila.

Efectivamente, Blasco Núñez —Corregidor de Málaga y Cuenca que además era Veedor General de las Guardas de Castilla— venía dispuesto a hacer cumplir las Ordenanzas. Su excelente criterio militar le dictaba que la vida era sólo mandar y obedecer. Pero este pensamiento no lo compartían los turbulentos soldados del Perú. Por eso, sospechando la poca gracia que haría su intención a los vecinos, fue que entró a Trujillo a cencerros tapados. Pero una vez en la ciudad arrojó lejos de sí tanta prudencia y actuando imperativamente castigó a cuatro encomenderos, soltó a los 'naborias' nicaraguas y hasta quitó unos pueblos a los mercedarios y dominicos. Otra cosa que hizo allí fue prohibir a los españoles ser llevados en literas por sus indios, comodidad a la que era muy afecto Melchor Verdugo. Como primera reacción los vecinos empezaron a juntarse y a bramar. En otras palabras, el descontento cundió pronto y esta situación aprovechó Melchor Verdugo para ganar la simpatía del Virrey<sup>70</sup>.

Para ello comenzó por ir con él a Lima y allá hacerse su hombre de confianza. También ganó el afecto de Vela Núñez, el desdichado hermano del Virrey. Verdugo andaba siempre en la escolta del uno o en la compañía del otro, logrando en repetidas ocasiones que ambos se expresaran muy bien de él<sup>71</sup>. En esta postura presenció el derrocamiento de Vaca de Castro y el asentamiento de las Leyes Nuevas. Pero con la muerte del Factor Suárez de Carbajal el aire se fue poniendo denso y comenzó a cernirse sobre Núñez Vela la amenaza. Entonces la ciudad se alborotó, se arremolinaron los soldados y hasta los Oidores, contando con la traición de varios capitanes, se hicieron fuertes y agresivos. El Virrey, temiendo por su vida, pensó irse con los leales a Trujillo o en el peor de los casos a la isla de Puná. Y para lograr su objetivo

nombró por general de la flota a su cuñado Alvarez Cueto y por capitanes a Jerónimo Zurbano y a Melchor Verdugo<sup>72</sup>.

Verdugo obtuvo el nombramiento el 15 de setiembre de 1544, junto con una orden para marchar a Trujillo y hacer allí —con bandera alzada y tambor batiente— toda la tropa posible para oponerse con ella a Gonzalo Pizarro. Núñez Vela, además, le dió facultad para disponer de la Caja Real de Trujillo o cualquier pueblo del Perú, imponiéndole por única condición la de nombrar una persona que en un libro llevara cuenta de los gastos. Lo facultó también para distribuir huéspedes entre los vecinos, hacer probanzas, castigar traidores, confiscar ganados y armas, exigir bastimento a los curacas y “si nescesario fuere armar un nauío... —concluía el omnímodo documento —os hago capitán dél”<sup>73</sup>.

Pero los descontentos prendieron al Virrey y Verdugo se quedó con los poderes en la mano. A pesar de estar obligado a guardar la persona del gobernante, al momento de su captura ninguna crónica confirma que estuviera junto a él. Pero otro escrito añade que verificada la prisión de Núñez Vela, el abulense corrió a refugiarse en casa del capitán Diego de Agüero. Allí lo fueron a buscar Martín de Robles y su hermano Antonio con intenciones de matarlo, pero Agüero se dió maña en esconderlo y así pudo salvar<sup>74</sup>.

Mas no sucedió lo mismo cuando entró a Lima Francisco de Carbajal, con razón llamado el Demonio de los Andes. Entonces apresó el maestre de campo a más de veinte sospechosos y uno de ellos —según Gutiérrez de Santa Clara— lo fue Melchor Verdugo<sup>75</sup>. Carbajal prendió a Verdugo casi por salir de una gran curiosidad. Verdugo había sido pizarrista siempre, pero a última hora por servir a Núñez Vela llegó a oponerse a Gonzalo. El preso adujo entonces que lo había hecho por ser Blasco Núñez abulense y amigo de su Casa, pero más que nada por dar guerra a Vaca de Castro que le había quitado sus indios. Los argumentos eran fuertes y ante ellos Carbajal tuvo que aflojar la mano. El cautivo recobró su libertad y hasta comenzó a gozar del favor del Gran Gonzalo. Tanto, que cuando entró a Lima el Caudillo de la Libertad, Melchor Verdugo figuraba entre sus más fervorosos partidarios<sup>76</sup>.

Pero pasó un tiempo y Gonzalo decidió salir contra el Virrey a Quito. Los soldados empezaron a bruñir sus armas y a ensillar corceles, pero Melchor Verdugo no hizo nada por “aderezarse” para la jornada. Mas llegó el día de explicarle esto al Gran Gonzalo y entonces fue que el dijo que no podía ir con él “a causa que siempre andaua enfermo de vnas llagas que tenía en las piernas, que le lastimauan mucho cuando subía a cauallo”<sup>77</sup>. Satisfizo a Gonzalo el argumento y mientras los soldados dejaban el valle para iniciar al marcha por la arena del desierto, el abulense quedó en Lima curando sus llagadas piernas.

En esta ciudad se dedicó a visitar a sus amigos y "andaua a lo que parecía enfermo en una silla en la que le trayan yndios y negros" <sup>78</sup>. Pero pronto dió en decir que quería irse a Trujillo y un buen día así lo hizo. En Trujillo fue recibido con gran temor, pues luciendo su índole perversa, se dió aires de prepotente gonzalista. Corroboraba esto último el hecho de que al pasar Gonzalo a Quito se alojó el caudillo en sus casas de morada. Igual lo había hecho Pedro de Puelles y el bachiller Guevara, quiénes además colgaron en los balcones las banderas de sus capitanías <sup>79</sup>. Verdugo, pues, el mimado de los Pizarros, era ahora un influyente personaje de la Gran Rebelión.

En Trujillo estuvo una larga temporada. Todo el tiempo no cesó de hablar de su enfermedad y de solicitar medicina para curar sus llagas. Pero estando así las cosas un viajero trajo la noticia de que el Virrey había huído a Popayán y que las tropas rebeldes lo perseguían victoriosas. Verdugo entonces retiró su litera de las calles y comenzó a guardar cama fingiendo un recrudecimiento en sus dolencias. Así lo halló Francisco de Carbajal cuando llegó a Trujillo, pero esta vez no creyó en los achaques del soldado y fue a prenderlo con miras de cortarle la cabeza. Mas Carbajal tenía una debilidad, quizás la única, y esta debilidad era su afición al oro. Y como Verdugo "era hombre rico y hazendado" <sup>80</sup>, pronto se pudieron entender y "por los buenos dineros que le dió lo dexó libremente" <sup>81</sup>. Todo era cuestión de esperar. Ya vendrían tiempos mejores no sólo para quitarle la vida sino la totalidad de sus bienes.

Verdugo, luego que se vió en libertad, no lo pensó dos veces y olvidándose de sus llagadas piernas saltó sobre un caballo y emprendió el galope a Cajamarca. Allí permaneció hasta que de Trujillo "se fue el carnicero" <sup>82</sup>. Entonces decidió jugarse el todo por el todo y bajó nuevamente a esa ciudad en litera y portado por sus "vasallos".

Pero mientras guardaba cama o desde un balcón saludaba a los vecinos que pasaban por la calle, "mandó a un herrero llamado Juan Martín Degollado, que tenía siempre dentro de su casa, que pues tenía mucho hierro hiziesse muchos arcabuzes, grillos, colleras y cadenas allá en vn corral que tenía muy grande dentro de su casa" <sup>83</sup>. Al mismo tiempo formó una liga o junta de soldados y los juramentó para que guardasen un secreto. Después les pidió paciencia hasta que madurara el plan o llegara el tiempo de ejecutarlo.

### El día de san Quintín.

Por esos días había arribado al puerto de Trujillo un navío llamado el "Santiago", el cual hacía la derrota a Tierrafirme al servicio de los mercaderes. Su maestre y piloto al mismo tiempo lo era Pedro

Ortiz de Susunaga, vizcaíno conocedor del Mar del Sur como que lo había navegado con Pizarro y con Almagro<sup>84</sup>. A la sazón el barco estaba sin carga por haberle fracasado un flete y, por esta razón, las mañanas lo sorprendían quieto y con las velas recogidas frente a la playa de Huanchaco.

Pero una de ellas, la del 30 de octubre de 1545, un mensajero despertó al maestre, contra maestre y tripulantes. Traía un billete de Melchor Verdugo, amigo de Ortiz de Susunaga, invitándolos a su casa para discutir un envío que pensaba hacer a Panamá de cierta harina, maíz y ropa de la tierra. "El maestre y marineros, creyendo ser así, fueron todos cinco á la cibdad y Melchior Verdugo los rescibió muy bien y les habló amorosamente y los aposentó en su casa, y como era noche les dió bien de cenar y buenas camas en que dormiessen, y otro día por la madrugada les dixo lo arriba contenido y ellos respondieron que sí lleuarían muy de buena voluntad (lo que se les encargaba). Estando concertando con ellos el flete los metió poco a poco dentro de vn aposento para les enseñar lo que auían de lleuar, y entrando ellos los hizo assentar dixiendoles que primero les quería dar de almorzar, y con esto se salió fuera como que yua (a) hazer otra cosa y con gran presteza les cerró las puertas por de fuera amenaçándolos con la muerte si se meneauan, y que en el entretanto prestassen paciencia, que presto boluería"<sup>85</sup>. Esto sucedió la mañana del 31 de octubre, día de san Quintín.

Prosigue Gutiérrez de Santa Clara, que "de aquí se subió arriba con diez arcabuzeros de sus amigos que secretamente tenía escondidos, y como traya siempre las piernas vendadas de ciertas llagas que tenía, fingió que estaua muy enfermo mas de lo que antes auía mostrado, y por esto andaua cogeando con dos muletas. Hechas estas cosas se puso en vna ventana que cae a la puerta de la calle en vna esquina en la que hordinariamente se ajuntaban los alcaldes hordinarios y vezinos del pueblo, a pedir ante ellos justicia, en donde concurrían muchos negociantes a pedir lo que les conuenia. Assí como los alcaldes llegaron a la esquina ya Melchior Verdugo estaua en su ventana con muestra de gran enfermedad y se estaba quejando que no había podido dormir en toda la noche y les suplicó muy encarescidamente subiessen arriba, porque quería pedir ciertas cosas, y que le perdonasen por amor de Dios, pues él no podía abaxar allá, por su mala yndisposición, y en el entretanto llegarían las gentes a pedir justicia. Como era hombre valeroso y rico, de buena criança, subieron a lo alto con vn escribano del Rey, que no fueron más, y platicando en cosas de poca cuenta los metió su poco yendo coxeando, hasta vna cámara, y allí les quitó las varas y las espadas y les hechó sendos grillos con ayuda de

los diez arcabuzeros que salieron de repente de otra cámara mostrándose muy feroces. Los alcaldes y el escribano le dixeron con grande enojo que por qué los prendía así tan aleuosamente sin tener para ello facultad, pues en nada le auían offendido ni enojado y eran sus verdaderos amigos y compadres... Melchior Verdugo les dixo que no era aun tiempo de les dezir cosa alguna, mas que aguardassen un poco, que él les daría la causa y el porqué... y assí cerró las puertas y se quedaron presos" <sup>86</sup>.

Verdugo se entusiasmó con la celada y "tornándose a la ventana embió a vn criado que tenía muy fiel, que sabía el secreto, para que fuesse a llamar a los principales vezinos que entonces auia, los cuales fueron de vno en vno y él los rescibía muy bien, y como estaua amaestrado y el vecino que no sabía nada, lo metía con muy lindas palabras en la cámara y le echaua vnos grillos y vna collera con la cadena. Con esta horden y en pocas horas tuuo en su poder hasta doze hombres de los principales que auia en la cibdad, porque los demás los auia llevado el tirano a Quito para dar la batalla al Visorrey" <sup>87</sup>. La verdad es que, con algo de paciencia, se ha podido reconstruir la lista de los doce prisioneros, todos munícipes y vecinos principales. Fueron ellos: Blas de Atienza, Tesorero de las Cajas de Trujillo; Diego de Vega, Contador de la Hacienda; y Francisco de Morales, Veedor de la Corona, Oficiales Reales guardadores de las tres llaves del arca del tesoro. Seguían Rodrigo Lozano y Cristóbal de Angulo, personajes notorios de la ciudad; el cacereño García Holguín, ex-teniente del Gobernador Pizarro; Alonso González, encomendero de Santa; Francisco Flórez, soldado valeroso; Andrés Hernández de Badajoz, el más viejo de todos los cautivos; Antón Cuadrado, el del ultraje; Andrés Chacón, encomendero de las casmas <sup>88</sup>; y Nicolao de Albenino, soldado florentín y escritor de crónicas de guerra, quien se valió de una ellas para decir que aunque preso fue muy bien tratado por Verdugo <sup>89</sup>.

Una vez que tuvo a todos bien asegurados, "salió Verdugo de su casa con vn buen cauallo (el llamado Matamoros, que era el mejor de su cuadra) sano y bueno, con doze arcabuzeros por la cibdad, apellidando el nombre de Su Magestad, y algunos que no quisieron acudir a la voz del rey los prendió y los hechó en cadenas" <sup>90</sup>. Luego mandó pregonar a los moradores, estantes y mercaderes que se juntasen en la puerta de su casa y una vez allí les hizo una larguísima arenga sobre el servicio de Su Majestad y la necesidad de acudir a Núñez Vela, gobernante que seguía en Popayán, donde el Virrey de México lo había socorrido con hombres, caballos y artillería. Díjoles también que tenía facultad de Blasco Núñez para hacer gente y armar un navío. Que el navío lo tenía anclado en la rada de Huanchaco, pero que la gente aún

no estaba inscrita. Por eso era que los reunía, para preguntarles si querían ir con él. El objetivo eran unirse a Núñez Vela y a su lado asistir a la batalla en la que sería derrotado Gonzalo Pizarro<sup>91</sup>.

El éxito que tuvieron sus palabras fue apoteósico y vivándolo aún la multitud, Verdugo entró a su casa para hablar con los cautivos. Mas como en ellos no podía encontrar entusiasmo sino indignación, lejos de usar un tono persuasivo los conminó a servir al Rey, pero esta vez sin hacer uso de las armas. Soldados había muchos y además jóvenes, ellos —en cambio— estaban atardecidos para la guerra y su fidelidad tenían que probarla no con proezas sino con dinero. Dinero, pues, era lo que faltaba, “por tanto que cada vno de ellos le ayudasse con lo que pudiesse, pues era justo que le dissen algo para seruir a Su Magestad con ello, pues tantas vezes auian socorrido con dineros al tirano, y que conffiando en ellos que lo harian no les dezía más sino que cada vno escriuiesse lo que buenamente le podrían dar... y no queriendo dar cosa alguna, que les mandaría cortar las cabeças por traydores, y lo que agora no dauan de grado que él lo tomaría por fuerça... o si no que los llevaria sin replica alguna adonde el Visorrey”<sup>92</sup>.

### Los aprestos del “Santiago”

Con estas últimas palabras todos se volvieron generosos y tomando la pluma enviaron mensajes a sus casas ordenando a sus mujeres que enviasen a Verdugo lo que allí especificaban. De este modo se reunieron muchos objetos de plata y gran cantidad de dinero, también armas, vinos, víveres en general y otras cosas de importancia. Mención aparte merecen algunas de estas donaciones exigidas expresamente por Verdugo. Por ejemplo, a Pedro González lo obligó a dar una vajilla de plata que antes le había empeñado; a Blas de Atienza, dos fuentes de lo mismo; a Antón Cuadrado, muchos objetos valiosos; y, por último, al Tesorero, Veedor y Contador los obligó a entregarle las tres llaves para abrir el arca de donde sustrajo exactamente 3.712 pesos de buen oro sin contar otros 1,800 tomados de los bienes de Diego Verdejo, ya difunto, y que obraban en poder de los tenedores. Siempre en el terreno de la extorsión Verdugo recibió de Francisco de Flóres 250 pesos para no ser llevado ante el Virrey y a Francisco de Fuentes obligó por otra parte a proporcionar dos carretas para conducir al navío lo ya expuesto más el bastimento necesario para una larga travesía<sup>93</sup>.

Tampoco dejó de ser arbitraria la incautación que hizo Verdugo de ocho cofres llenos de sedas, olandas e Ruanes e una caja que tenía Dentro cantidad de oro e plata marcada e ziertas joyas, piedras y esmeraldas”<sup>94</sup>. Estos cofres eran propiedad del rebelde Hernando Bachicao y encerraban mercadería por valor de 12.000 pesos. Estaban

en casa de Francisco Luis de Alcántara y de Luisa Hernández, su mujer, habiéndolos allí dejado Pedro de la Huerta, mayordomo y administrador de Bachicao, ante la imposibilidad de llevarlos a Lima por falta de navío. Sabido esto por Verdugo fue personalmente a la casa de Francisco Luis y una vez en ella ordenó la extracción de los arcones. Luisa Hernández se puso de mal talante y se negó a cumplir la orden, pero ante la resolución del abulense se contentó con salvar un manto de terciopelo, un paño tejido de oro, dos almohadas de oro, algunas medallas de lo mismo "y una esmeralda gorda como una ave llana muy buena"<sup>95</sup>. Alguien enteró a Verdugo de esto porque al instante mandó llamar a la mujer y una vez en su presencia le exigió la entrega de lo sustraído. La Hernández devolvió todo temerosa y añadió algo que todos ignoraban: una riquísima espada con empuñadura de oro y hoja de Toledo que extasió a Melchor Verdugo. Este la tomó entonces codicioso, palpó la empuñadura y examinó el regatón, pero forcejeando por sacarla de su vaina "se cortó con ella"<sup>96</sup>. Esto debió poner contenta a Luisa Hernández, porque contenida la hemorragia y vendada la herida, Verdugo en castigo la obligó a contribuir con un quintal de rosquillos de azúcar para la gente del navío. A manera de gracioso epilogo a esta confiscación, el criado Pedro de la Huerta fugó a Lima donde se metió a fraile "de myedo de machicao no le matase porque le avian tomado la dicha Ropa"<sup>97</sup>.

Luego se iniciaron los aprestos definitivos para el viaje del "Santiago". Las carretas de Francisco de Fuentes consiguieron llevar hasta el navío cincuenta quintales de bizcocho, cincuenta hanegas de maíz, diez arrobas de pescado, cincuenta tocinos, veinte puercos y diez ovejas, más de cien gallinas, seis botijas de aceite y cuatro de vinagre, un quintal de diacitrón, treinta de hierro y los rosquillos de azúcar hechos por Luisa Hernández. Verdugo pagó mal a Fuentes el servicio de sus carretas, porque llevado todo esto al navío "se las quebró"<sup>98</sup>. Gestos como éste mostraban la maldad del capitán Verdugo.

A continuación se inició en mulas el traslado de los presos, no sin antes haber soltado al vizcaíno Susunaga y sus cinco marineros para que aparejasen la nave hasta ponerla a punto de navegar. Marinos y cautivos llegaron a Huanchaco escoltados por los arcabuceros. Allí la improvisada soldadesca ebria y maldiciente se repartía los despojos que le había cabido en la revuelta. Uno de los más escandalosos lo era el herrero Hernán Martín, quien apenas divisó a los prisioneros se acercó a ellos grotescamente vestido y les dijo insolente en medio de su borrachera: "este sayo que traigo me a cabido de las Ropas del traydor de bachicao"<sup>99</sup>. Detrás de éste, el capitán Andrés Chacón, uno de los presos, "vidó ziertos soldados de Verdugo vestidos nueva-

mente con Ropas de sedas e que dezían que heran de los bienes de bachicao" <sup>100</sup>. El cuadro que presentarían los soldados beodos con trajes de seda contrastaría enormemente con la pelada playa de Huanchaco. En medio de esta gran algarabía, el único que no perdía su lucidez era Melchor Verdugo, el autor de la revuelta.

Verdugo llegó a la playa montado en su caballo "Matamoros". Una vez en ella dispuso que los presos fueran descabalgados y puestos en hilera. No se sabe lo que les dijo entonces, pero despues de dirigirse a todos apartó a un lado a Andrés Hernández de Badajoz y le entregó a "Matamoros". Se supo entonces que Verdugo acababa de vendérselo en 350 pesos a pesar de que el buen viejo ya no estaba en edad de cabalgar. Seguidamente ordenó soltar a todos y sólo conservó con grillos a García Holguín y a Cristóbal de Angulo, a los que hizo subir al navio para llevarlos consigo. Parece que Holguín no quizo pagar su rescate y Angulo no tuvo con qué. Francisco Flores, uno de los liberados, se compadeció mucho de Angulo "porque le vido yr llorando" <sup>101</sup>.

A estas alturas se llevó a cabo una escena extraña y fue que llegó a la playa Catalina Pérez, la viuda de Miguel Pérez de Villafranca, implorando a Verdugo no le llevase a su hijo el mozuelo Francisco Pérez de Lezcano, por ser el único que tenía, amén de que todavía era un niño. Verdugo conocía el dolor de estas separaciones y sentimentalizándose con el llanto de la madre, abrazó al muchacho y llevándose a un lado le recordó que ya había cumplido con el Rey y que ahora Dios quería que cumpliera con su sangre. El mancebo se dejó ganar por sus palabras y obedeció. Verdugo subió entonces a un batel y se dirigió al "Santiago". Dicen que era la hora de vísperas pero más probable es que estuviera cayendo el sol. En la playa, mostrando sus quillas verticales, descansaban los "caballitos de totora" de los pescadores indios. A bordo del "Santiago" la campana llamaba a maniobrar. En breve se izaron las velas para luego ser infladas por el viento. Luego se levó las anclas, se cantó la salve y todos zarparon con rumbo desconocido <sup>102</sup>.

### Navegando el Mar del Sur

Desde el día de san Quintín de 1545, en que se llevó a cabo la revuelta, el "Santiago" navegó impulsado por el viento austral. Verdugo, sin embargo, no quería abandonar la costa para asilarse en ella en caso de hacer su aparición las naves gonzalistas. El jefe de estas naves, precisamente, era Hernando Bachicao, el dueño de los cofres confiscados. De este modo pasaron frente a Malabrigo y la punta de la Aguja,

el puerto de Paita —principal escala de todo el Perú— y también el río Tumbes, en cuya vecindad aún lucía muy galana la antigua fortaleza incaica. Después cambió el panorama bruscamente y los amarillos arenales fueron reemplazados por la selva verde y tropical. Se dijo entonces que irían a recalar a Guayaquil, pero lo cierto es que fondearon en Puerto Viejo. Aquí mandó Verdugo desembarcar a Sancho de Encio con algunos arcabuceros y entrar de noche a la ciudad. Encio saltó a tierra y permaneció oculto en los manglares unas horas, pero luego se introdujo en la población y se dió tan buena maña que se apropió de los libros de ella, vale decir, los del tesoro y el Cabildo. Para completar su hazaña, Encio tomó presos muchos indios y atados los llevó al "Santiago", para uncirlos al servicio de la nave y luego repartirlos. Después de permanecer ocultos en los manglares otra noche, con el alba abordaron el navío y volvieron a zarpar<sup>103</sup>.

Así navegaron muchos días, al parecer con rumbo desconocido. Se sabía que marchaban hacia el norte por salir el sol por estribor y navegar a sotavento, pero sobre esto de la ruta Verdugo no decía una palabra. Al pasar la equinoccial quedaron atrás las guardas del sur y comenzaron a brillar las primeras estrellas boreales. Mas el timón no cedió un ápice en su secreto derrotero y así un día se enteraron que estaban navegando frente a Panamá. Por lo menos ya sabían que el Virrey quedaba en Popayán y que no estaba destinada aquella empresa a finar en la Buenaventura, como se había dicho<sup>104</sup>.

Mientras tanto, Verdugo proseguía silencioso y malamente acompañado por dos curiosos personajes: el clérigo Henao y el alguacil Aguirre. Algunos datos sobre sus vidas podrían resultar interesantes. Alonso de Henao pertenecía a ese tipo de eclesiástico que ya no se veía desde el tiempo de los Reyes Católicos. Socarrón y aventurero, calculador y movido, estaba más dispuesto a vestir la cota que a llevar la sotana. La verdad es que tan pronto lanzaba una arenga como decía una misa y esa extraña mezcla de clérigo y guerrero gustaba mucho a los soldados. Había nacido en Mirandá de Ebro por 1520 y estaba en el Perú desde 1538 o muy poco antes. En 1540 fue ayudante del cronista Cristóbal de Molina, cura del Sagrario de la Catedral limeña. Allí estuvo bautizando niños hasta julio de 1543, pero harto de vivir tan quietamente marchó a Trujillo a servir al Capitán Verdugo, con quién tenía un remoto parentesco. De éste se hizo en breve contador, confidente y consejero. Cuando después de la revuelta salieron a la mar en busca de aventuras, Verdugo lo llevó consigo para que asentara el famoso libro de gastos y confiscaciones<sup>105</sup>.

El alguacil Aguirre lucía, en cambio, distinto natural. Era "muy pequeño de cuerpo y poca persona, mal agestado, la cara pequeña y

chupada; los ojos que si miraba de hito, le estaban bullendo en el casco, especialmente cuando estaba enojado"<sup>106</sup>. Por lo demás, venía a ser arca de defectos y relicario de vicios. Cruel, perverso, traidor y fementido, glotón, lujurioso y mal hablado, tuvo por hábito de cada día "encomendar al demonio su alma y cuerpo"<sup>107</sup>. Amigo de maldecir y blasfemar, usaba repetir cuando intervenía en una empresa arriesgada: "Dios, si algún bien me has de hacer, ahora lo quiero, y la gloria guárdala para tus santos"<sup>108</sup>. Lope de Aguirre fue de Oñate y, aunque su oficio era domar potros, presumía de hijodalgo. Despreciado pero temido por todos, su persona era la disciplina de a bordo y el terror de los murmuradores. Aún no había madurado plenamente, pero ya se podía vislumbrar en él al genio del mal errante por la Amazonía.

Verdugo, por el contrario, era el menos extravagante de esta trilogía y el que más méritos juntaba a los ojos de la soldadesca. Sus hombres lo tenían por muy fiel por pesar en ellos el saber que era enormemente rico y que todo lo había abandonado por seguir la causa real. Pizarrista hasta la médula de los huesos, se había desterrado voluntariamente del Perú cuando un Pizarro trató de alzarse contra el Rey. Pero, sobre todo, su gesto de enjaular a los vecinos de Trujillo el día de san Quintín, le había abierto para siempre las puertas de la popularidad. Esto sería celebrado hasta en Castilla, porque "el achaque", como llamaban los soldados a su ardid, era de los mejores que se habían conocido. Sólo un defecto tenía para ellos el joven capitán Verdugo: hablaba demasiado poco. Pero su obligación no era hablar sino pensar para luego dirigir, por algo lo llamaban capitán, palabra derivada de cabeza. Verdugo no era un torpe ni un ingenuo. El sabía lo que hacía y lo demás no importaba. Por lo menos así lo proclamaban a los cuatro vientos durante toda la navegación su paisano Alonso de Vivero Altamirano, vecino de Ontiveros de Avila, Pedro de San Román, natural de San Román de Alava, y Garcí-Bravo de Illescas, vecino de Gibraltor, hombre que por plegarse a Verdugo había galopado desde Saña. Y los demás también creían en Verdugo, lo admiraban y respetaban a más no poder, pero en la calma chicha de las noches del Mar del Sur, cuando crugían los maderos y brillaba la luna, todos se preguntaban a dónde iban y en qué pararía todo aquello...<sup>109</sup>.

Por fin, una semana antes de Pascua de Navidad, el vigía anunció tierra. Sólo entonces Verdugo dijo a todos la verdad. Estaban en el puerto del Realejo, también llamado de la Posesión, en la provincia de Nicaragua. Era el 16 de diciembre de 1545 y habían navegado desde el 31 de octubre. Cuarentiseis días de viaje monótono en medio de un mar dormido y un sol abrasador. Había llegado el momento de pisar tierra y ensuciarse los zapatos para luego proseguir al servicio del Mo-

marca y acudir al socorro del Virrey. Entusiasmo ya no había tanto pero tenían que cumplir lo prometido. Blasco Núñez los necesitaba y para reforzarlo habían venido desde Trujillo. A decir verdad, nadie sospechaba que el infeliz de Núñez Vela estaba viviendo los últimos cuarenta días de su vida <sup>110</sup>.

### La defensa del Realejo

Verdugo pasó a tierra en el primer batel. Dicen que iba elegante y fanfarrón, alardeando de esforzado y buscando aplausos. Las crónicas añaden que fue bien recibido por los vecinos, pero por no haber allí otras autoridades que las del Cabildo, marchó con algunos arcabuceros a León, Granada y Gracias a Dios. Su gente, mientras tanto, quedó viviendo en el Realejo a la espera de noticias buenas y decisiones rápidas. Pero los Ayuntamientos y Alcaldes Mayores de todas las ciudades, luego de oír el relato de Verdugo, se negaron a ayudar, alegando que la única facultada para hacerlo era la Audiencia de los Confines del Reino de Guatemala. Visto por el abulense que por aquel camino le negaban todo, con sus diez arcabuceros siguió viaje dispuesto a presentarse a los Oidores, darles cuenta de lo hecho y entonces solicitarles socorro para la causa del Virrey. Cada uno de los Oidores lo escuchó con interés, mas ninguno al contestarle le habló de soldados ni dinero. Parecía que desconfiaban del buen fin de aquella empresa o de la capacidad militar del capitán. Pero Verdugo no se desanimó y después de muchas pláticas e intercesiones sólo consiguió que el Oidor Ramírez de Quiñónes lo acompañase por todas las ciudades y garantizase a los vecinos que la tropa y oro que pedía eran para el Virrey del Perú. De este modo partieron con banderas desplegadas y entraron a los pueblos entre toques de pifanos y redobles de atambor, pero la gente no mostró mayor entusiasmo y se limitó a mirar al capitán y al letrado que venían a mendigar soldados por el amor del Rey <sup>111</sup>.

Mas el nombre del Perú era demasiado famoso para no despertar a la ambición y pronto los mozuelos y vagabundos acudieron en tropel, animados por la idea de romper con la pobreza. Esta fue la salvación de Verdugo, porque "de esta manera comenzaron de acudir de muchas y diversas partes muchos soldados de muchas y de varias naciones y condiciones, que estaban en las ciudades y en pueblos de los yndios y por las estancias de los encomenderos, a los cuales proueyeron luego de dineros, y de armas á los que no las tenían, y a ponerse en la nómina de la soldadesca debaxo de banderas" <sup>112</sup>.

Pero aunque todos sabían que habría guerra en el Perú, nunca imaginaron que su bautizo de fuego iba a ser en Nicaragua. En realidad,

ni el mismo Verdugo había maliciado cosa igual. Sólo que Pedro de Hinojosa, el pariente de Gonzalo Pizarro que estaba con la Armada, se enteró de la hazaña de Verdugo y su actual ocupación, motivo por el cual decidió atacar el puerto del Realejo, señalado como cuartel general del abulense <sup>113</sup>.

Con esta intención aprestó dos navíos, los artilló con seis "tirillos" de bronce y embarcó en ellos ciento cincuenta arcabuceros, poniendo todo a las órdenes del capitán Juan Alonso Palomino. Este no se hizo esperar y añadiendo seis cañones de cámara a las naos, desde Panamá se hizo a la vela con dirección al Realejo. En marzo de 1546 Palomino avistó el puerto y apresó a cuatro barcos que estaban surtos en él, uno de los cuales era el de Ortiz de Susunaga. De los marineros supo entonces que Verdugo estaba en León haciendo gente para llevarla al Perú y que por tal causa la Audiencia no había dejado cargar esos navíos a los mercaderes. Sabido ésto, Palomino decidió actuar con rapidez y la misma noche de su arribo atacó el puerto por el estero Grande, mientras otra facción de pizarristas lo hacía por el de Santa Clara. Los vecinos "hombres pacíficos y no guerreros" <sup>114</sup>, huyeron al monte desamparando sus casas, pero algunos llegaron hasta la ciudad de León, diez leguas tierra adentro, pidiendo ayuda a Verdugo y a Ramírez de Quiñónez.

Verdugo se mostró entusiasta y con doscientos cincuenta de los hombres reclutados salió al Realejo con gran orden y disciplina. El Oidor Ramírez de Quiñónez también marchaba con la tropa. Otro de estos animosos era el padre Henao. Todos creían que en alguna parte del camino estarían los pizarristas aguardándolos con una celada, pero ante la sorpresa general nada de esto sucedió y así llegaron al Realejo "a toda furia" <sup>115</sup> y sin perder un hombre. Entonces fue que rodearon el pueblo y algunos de a caballo incursionaron por él, mas al no disparárseles un sólo tiro, los de Verdugo entendieron que el enemigo había vuelto a sus navíos.

En efecto, refiere el Palentino, que temeroso el invasor del poderío de Verdugo y atendiendo, sobre todo, a que no tenía caballos, consideró prudente retirarse a guardar los seis barcos de su armadilla. Desde la playa le llegaron entonces las burlas de los leoneses y granadinos que lo desafiaban a luchar. Pero Palomino no se dejó ganar por la pasión. Sin caballería y en terreno desconocido poco se podía hacer. Los realistas eran numerosos y contaban con una ciudad cercana que oficiaba de centro de abastecimiento. Esta prudencia de los pizarristas la notaron los de tierra y pronto reanudaron sus insultos "llamandolos de vellacos, traydores y ladrones" <sup>116</sup>, para terminar gritándoles "que más valían diez hombres leoneses o de la Nueva España, para pelear

en las guerras y batallas, que treynta de los del Perú" <sup>118</sup>. Palomino comprobó gustoso que lo de la Nueva España era sólo un decir y que no traslucía ayuda alguna prestada por el Virrey de México. Pero después de asegurarse del alcance de las armas enemigas ordenó a sus naves colocarse fuera de tiro y luego se fue a descansar.

Las restantes noches transcurrieron en forma parecida, porque Palomino rehuía la batalla y no se dejaba atrapar. Habiendo tomado todas las barcas del puerto, aun las más pequeñas, vivía confiado en la imposibilidad de un abordaje. Mas Verdugo que no creía en estas calmas sospechosas, el 7 de marzo lo dedicó a comprar armas para sus soldados, recibiendo para ello a ciertos mercaderes que cargados de las mismas vinieron desde León. El abulense estaba convencido que el desembarco de los pizarristas era cuestión de pocos días, quién sabe sólo de horas, y no quería estar desprevenido <sup>118</sup>. Pero a pesar de su entusiasmo, mayor conocimiento de la guerra mostraba Palomino y muchos de los soldados fidelistas comenzaron a pasarse a los navíos. Cuando el número de desertores fue considerable, Palomino decidió volver a Panamá. Y así, un buen día sin que nadie lo esperara, la armadilla hizo las velas y se alejó del puerto de regreso a Tierrafirme. Desde las bordas atestadas los burlones pizarristas hacían adiós. En la proa de su nao Palomino también miraba satisfecho. No era para menos. Había llegado con dos naves y regresaba con seis <sup>120</sup>.

### Una idea salvadora

El del Realejo había sido un encuentro sin vencedores ni vencidos, pero Melchor Verdugo había perdido popularidad. También había perdido mucha gente. Más de cien soldados se le habían pasado a Palomino. En torno a la bandera real que portaba el alférez Juan Vasco quedaba cortamente otro centenar. Los capitantes Gonzalo de Guzmán y Rodrigo de Esquivel estaban desanimados; el Sargento Mayor Lope de Aguirre, silencioso; el Alguacil Sancho de Encio, cabizbajo. El único que hacía gala de buen humor era el clérigo Henao, aunque después se entendió que era fingido. El astuto clérigo, conocedor del descontento general, trataba de distraer a los soldados con sus chistes. Pero al comprobar que no hacían mucho efecto aconsejó a Verdugo que repartiera entre sus hombres lo que aún quedaba en los cofres tomados a Bachicao. El Capitán General aceptó la idea y decidió pagar con largueza a los soldados que le quedaban <sup>120</sup>.

De esta manera se inició el reparto de las más pintorescas prendas entre la oficialidad y los subalternos: jubones de raso, camisas de Ruán, calzas de paño de Segovia, talabartes de terciopelo, fajines de chamelote, sombreros turcos de seda, capotes, cueras y espuelas de

asta. Al cirujano Juan Ramos, se le obsequió con una plancha de plata y una botija de vino por sus servicios á los heridos; a Garci-Bravo de Illescas, una capa de paño negro; a Pedro de San Román, un jubón de seda morado. A los demás soldados se les hizo obsequios similares y a los más necesitados hasta se les llegó a pagar sus cuentas en los sastres y zapateros. De este modo, mal contentos y no muy bien pagados, los hombres de Verdugo volvieron a la ciudad de León<sup>121</sup>.

Pero una vez allí sucedió el desbande general por correr voces entre los leoneses de que los "verduguistas" habían sido derrotados. Habían vuelto con menos tropa y sin ningún prisionero, en otras palabras, el capitán Palomino se había ido victorioso. Pero los que más vociferaban contra Melchor Verdugo eran los vecinos de el Realejo. Lo culpaban de sus desgracias, pues de no haber atracado allí nunca hubiera venido Palomino. Los moradores del puerto se consideraban poco menos que arruinados, no sólo por el daño que les habían hecho los tiranos, sino también por la rapiña de los leales. Por esta razón "Maldezían y nunca acabauan de maldezir a Melchor Verdugo... y assi se quedaron lamentando su desventura y calamidad y la pérdida de sus haciendas"<sup>122</sup>.

Para el capitán Verdugo este fue un malísimo momento. Juan Alonso Palomino le había quitado hombres y navíos sin perder un solo soldado. Todos decían que la del Realejo había sido una derrota y Verdugo "estaua en gran perplexidad"<sup>123</sup>. Estaba perdiendo la confianza de su tropa, que se había dado a desertar, y el clérigo Henao le aconsejaba rapidez para salvar los restos de aquel centenar de descontentos, que —dicho sea de paso— cada día eran más difíciles de regir. Existían muchas quejas del vecindario contra ellos y en algunos casos se habló de que se querían alzar. El Oidor Maldonado, Presidente de la Audiencia de Guatemala (quién en un principio mandó se atendiese a Verdugo y sus soldados a la vuelta del Realejo), ahora instaba a su colega Ramírez de Quiñónez para que desalojara al abulense de la provincia. A Verdugo todo esto "le pesó grandemente de todo corazón"<sup>123</sup> y dispuesto a salvar a sus soldados planeó algo que tuvo mucho mérito.

Lo que imaginó Verdugo no era un imposible pero sí muy difícil de realizar. Consistía en construir unas barcazas en la laguna de Nicaragua y salir con ellas por el desaguadero al Mar del Norte. De este modo pensaba arribar a Cartagena de Indias, seguir por tierra a Popayán y reunirse allí con Blasco Núñez Vela. El proyecto parecía un sueño pero Ramírez de Quiñónez y los vecinos de León hicieron ver que era factible. En el fondo sólo querían verse libres de Verdugo y sus soldados. Sobre todo Ramírez de Quiñónez, a quién por las no-

ches saludaban los soldados con las mechas de sus arcabuces encendidas, como haciéndole ver que 'sentían placer con asustarlo' <sup>124</sup>.

El padre Henao hizo un recuento del oro que restaba y comprobó que aún había algo para financiar aquella empresa. Lope de Aguirre ni siquiera titubeó. Los capitantes Nuño de Guzmán, Gonzalo de Guzmán y Rodrigo de Esquivel también se decidieron pronto. La situación económica de éstos últimos eran tan precaria que no tenían más remedio que continuar. Baste decir que el primero había recibido ropa para trajearse dignamente, el segundo una espada porque carecía de ella y Esquivel un morrión para que llevara la cabeza cubierta <sup>125</sup>. Para los demás había trabajo pero, sobre todo, comida. Gran parte de este trabajo correría a cargo de los indios que apresó Encio en Puerto Viejo, los cuáles eran grandes constructores de balsas. La comida, en cambio, era para todos, porque de todos ellos quería salir la ciudad de León. Gutiérrez de Santa Clara dice que las embarcaciones se comenzaron a construir en la laguna de León, es decir, en el Lago de Managua <sup>126</sup>, pero más verosímil es que se hicieran en el Lago de Nicaragua, en la playa de Granada, como parece insinuarlo el Palentino <sup>127</sup>. Lo cierto es que a los indios de Puerto Viejo se sumaron otros del lugar proporcionados por Ramírez de Quiñonez, quién por esta causa vino un día a presenciar la tarea. Pero los soldados se mostraban descontentos con la presencia del Oidor y entonces éste, que no pecaba de cobarde, los conminó a todos a salir en un plazo determinado de días. Verdugo se enfadó con el licenciado y hasta dicen que se quiso encastillar en una casa para oponérsele. Los soldados volvieron a encender las mechas de sus arcabuces y todo presagiaba un mal fin, pero mediaron los vecinos a tiempo y con ello se salvó la población, porque de haber habido lucha la pensaban incendiar los hombres de Verdugo. Finalmente se impuso el licenciado y a cambio de ciertos alimentos para el viaje y algún dinerillo que se repartió con vino, los ciento veinte soldados, según unos, los doscientos, según otros, marcharon a la playa y se aprestaron a partir. Unos días después cumplidas las seguridades del caso, Verdugo y su tropilla subieron a las balsas y se alejaron de la ribera. Los vecinos de la ciudad los vieron zarpar sin decir una palabra, aunque por dentro todos estaban dando gracias a Dios. Nadie daba un maravedí por el éxito de la descabellada empresa, pero con éxito o sin él los vecinos querían que aquella aventura terminara lejos" <sup>128</sup>.

## La salida al Mar del Norte

Las balsas cruzaron el gran Lago de Nicaragua con dirección a su orilla sud-oriental. Pasaron así frente a la isla de Zapatero, cubierta de tropical vegetación, para luego dirigirse a la más grande de Omotepe, coronada por el volcán de este nombre. El espectáculo que presentarían las balsas al pasar frente al gigante de fuego debió ser impresionante, pero ninguna crónica ha sabido conservarnos tan soberbio momento. Lo único que se sabe es que la flotilla avistó luego el archipiélago de Solentiname y que los soldados deseaban llegar al desagadero de la laguna o sea el río de San Juan, vía por la que pensaban salir navegando los expedicionarios. A fuerza de remo, después de hallar la boca, se comenzó a correr río abajo, pero al poco tiempo se dieron cuenta de lo peligroso del sistema cuando se vieron a punto de anegarse todos. El riesgo aumentaba porque la mayoría de los españoles no sabían nadar, especialmente los castellanos y extremeños, duplicándose el peligro por lo misterioso de la ruta ya que "este gran río jamás auía sido nauegado por ningunos españoles, ni por los yndios"<sup>129</sup>. Otro obstáculo y muy serio resultaron las cascadas. Los saltos de agua se hacían cada vez mayores y caer por uno de ellos equivalía a morir. Verdugo ordenó entonces sacar las balsas a fuerza de brazos y avanzar por tierra un trecho suficiente que les permitiera proseguir más adelante por el río. Una crónica sostiene que "esta fue vna jornada y nauegación la mas peligrosa que se ha visto ni oido jamás por acá en este nueuo mundo, ca se puede contar y comparar con las nauegaciones que los famosos y heroycos varones y capitanes hizieron por mares no conocidos ni sabidos"<sup>130</sup>. En la frase hay bastante de exageración, pero tampoco se crea que demasiado. Lo que es innegable a Melchor Verdugo en ese río de San Juan, es que fue el primero en navegarlo.

Después de mil penurias salieron a la Mar del Norte, nombre que entonces daban al Océano Atlántico. Los viajeros desembocaron a él. precisamente, en la región más desprovista de islas por aquel lado de la costa. Tampoco había poblaciones, sólo cenagales y pantanos, insectos y vegetación tropical. Verdugo decidió entonces bordear el litoral de Costa Rica y pasar frente al lago de Chiriquí y Golfo de los Mosquitos, puntos que marcaban el principio de Veragua. Pero para eso hacía falta un navío. La desembocadura del San Juan era punto obligado para hacer aguada a los mercaderes que seguían a Honduras y Veracruz, pero en aquel instante ningún barco de comercio se dejaba ver. Tendrían que esperar algunos días, quizás semanas, porque de otro modo no podían llegar a Cartagena de Indias<sup>131</sup>.

Pero he aquí que una mañana apareció fondeada frente al río una fragata muy boyante y marinera que suscitó en Verdugo la idea de apresarla. Ignoramos los pormenores de la captura, lo cierto es que Verdugo terminó por adueñarse de ella. Mas luego de tan sonada victoria, al hacerse el recuento de los danificados, apareció un Alonso Vélez y un fulano Saavedra quienes informaron que el Virrey Blasco Núñez era muerto. La desmoralización fue general a raíz de esto y la tropilla estuvo a punto de perderse. Pero Verdugo se retiró a pensar y en breve tornó con el rostro iluminado: irían al Nombre de Dios y luego de apresar las naves, como en el Realejo había hecho Palomino, tomarían Panamá a los gonzalistas. Una vez que fuera suya la capital de Tierrafirme, marcharían al Perú a librar esa tierra del tirano y volvérsela a Su Majestad. De paso, sería vengado Blasco Núñez y habría oro para todos <sup>132</sup>.

Su propuesta tuvo un éxito apoteósico. Unas horas después, la fragata viraba en redondo y volvía al Nombre de Dios. Los soldados estaban contentos. La jornada marina resultaba más fácil que la jornada fluvial, y la lacustre. Ahora no tenían que preocuparse de guiar a las balsillas o desconfiar de sus maderos; la fragata era recia y tenía su propia tripulación. En esto de tomar navíos Verdugo tenía la habilidad de un corsario. Por lo demás, la navegación se realizaría sin tropiezos. Lo verdaderamente duro empezaría en Nombre de Dios. Eso sí, era de esperar una etapa trabajosa y larga. Las empresas meritorias siempre se hacían a base de sacrificio y tiempo, en otras palabras, costaban demasiado, pero eso —precisamente— era lo que las hacía meritorias. Además, existía un gran estímulo, Melchor Verdugo —el Capitán General Melchor Verdugo como se hacía llamar— había prometido por el Rey que todo lo que tomasen a los gonzalistas sería suyo. El botín del Nombre de Dios, identificado con las arcas de sus mercaderes, venía a ser todo el oro del Perú reunido en un solo puerto. ¡Vaya si era corto el botín del Nombre de Dios! <sup>133</sup>.

“Yendo pues así nauegando por la costa de la mar, a mano derecha de la tierra llegó (Verdugo) a la boca del río que llaman del Chagre, en donde prendieron vnos negros ladinos que yúan en vnos barcos grandes, por mandado de su amos, al nombre de Dios que auían salido de Panamá, con ropa... Se informó destos negros particularmente de todo lo que auía en el Nombre de Dios, y del capitán y soldados que allí esta(ba)n por fronteros y en que casas possauan, porque estos negros lo sabian todo, que muchas vezes yúan y venían al Nombre de Dios desde Panamá” <sup>134</sup>. Tan buenos y detallados informes dieron los guineos a Verdugo, que éste los tomó por guías. Luego el Capitán General habló a sus hombres y les dijo que todo estaba

planeado de tal forma que la operación sería un éxito. Los informó entonces de la forma del asalto y de los sitios que debían atacar, también de las casas que entregarían al fuego. Por último —luego de darles santo y seña— de los fardos tomados a los negros proveyó a sus hombres de camisas blancas para identificarlos en la oscuridad, porque el asalto sería nocturno...<sup>135</sup>.

### El asalto al Nombre de Dios

Efectivamente, la noche del 19 de junio de 1546, festividad de san Marcos y san Marcelino, avistaron el Nombre de Dios. Por ser víspera de domingo la población estaba en las tabernas y garitos de juego. Sólo los mercaderes viejos dormían en sus casas. En la rada, ociosos y con sus bodegas repletas, los barcos del sevillano Francisco de Vallejo, del vizcaíno Pedro de Ibarra y de Juan de la Puebla, patrón de Moguer, se mecían pesadamente... La captura de estas naos fue cuestión de poco tiempo. Luego pasaron a tierra utilizando los bates, se emboscaron en los arcabucos y cuando todos se sintieron fuertes irrumpieron por la población gritando "¡España, España!" y vivando al "General Verdugo"<sup>136</sup>.

Al tiempo que esto sucedió se echaron al vuelo las campanas, pues para ello envió el padre Henao a unos negros, y se inició el desconcierto general. Los vecinos salieron de las tabernas creyendo que era ataque de franceses, pero ya en las calles pudieron comprobar que una parte de la población ardía y que los incendiarios daban órdenes en español. Las casas de Andrés de Arizaba eran verdaderas teas que esparcían por la población un tétrico color rojizo, asustando de paso a los caballos que relinchaban y coceaban en sus pesebres. Y mientras las campanas proseguían su repique, se iban abriendo las ventanas y asomando por ellas un sin fin de vizcaínos viejos —todos con barretina y en camisa— que preguntaban a los que corrían cual era la causa de aquel desconcierto general. Pero nadie les daba razón. Sólo al final de la calle, por donde se oía tocar un atambor, un compacto grupo de hombres con las mechas de sus arcabuces encendidas avanzaban a largos pasos y con cierta organización. No se disparaba un solo tiro, todos traían camisetas bancas y se detenían en las esquinas buscando guerra. Entonces era que se les oía gritar "¡España, España!" y vivir luego al "General Verdugo". —¿Qué Verdugo era ese que se había hecho general?— Las respuestas fueron varias e inseguras pero a la postre se sacó que era Melchor Verdugo, el del Perú, aquel que se fugó de Trujillo en un navío "por dar vna higa a Conçalo Pizarro y a su Maestro de Campo Francisco de Carauajal"<sup>137</sup>. Era él quién atacaba el puerto en nombre del Monarca y venía a matar a todos los gonzalistas.

Había, pues, que ocultar los dineros y también la mercadería, porque luego de la victoria sobrevendría el pillaje.

El asalto al Nombre de Dios por Verdugo y sus "encamisados" tomó a toda la población de sorpresa. Gómara resume esto cuando dice que "entró casi sin que lo viesén"<sup>138</sup>. El Palentino más veraz que el anterior, afirma que "desembarcó sin que fuese sentido"<sup>139</sup>. Esto último resulta más exacto. Lo cierto es que inmediatamente Verdugo se escabulló por las oscuras calles hasta las casas del vasco Andrés López de Arizaba, donde los negros ladinos le habían asegurado que posaba el capitán Hernán Mejía con algunos gonzalistas. Identificado el caserón de cedro colorado en que vivía el mercader, Verdugo mandó "a los suyos que tomasen la calle y no dexassen passar a hombre bivalente por allí"<sup>140</sup>. Luego rodeó el edificio, encendió antorchas de resina y las arrojó al interior por las ventanas, al tiempo que disparaban los arcabuces para sembrar el pánico. Después los "encamisados" aprovecharon el primer silencio para gritar: "¡Viva el Rey y Melchor Verdugo su Capitán, y mueran traidores"<sup>141</sup>. Entonces fue que cundió la alarma general entre los que dormían dentro, se oyeron maldiciones y voces de sorpresa, después frases de desesperación y espanto, finalmente alaridos de dolor. Se vió también algunas cabezas que asomaban pero que se retiraron al advertir la presencia de los "encamisados" que, quietos y con las armas listas, esperaban la fuga de los sitiados. Mientras tanto la casona seguía ardiendo, pero nadie daba muestras de dejarla. Melchor Verdugo, apoyado en un montante, aguardaba con atención. Los mercaderes vizcaínos hacían lo mismo desde las rendijas de sus casas. Por fin se quebraron los maderos y varios gonzalistas se precipitaron a la calle. Los "encamisados" corrieron a tomarlos y entonces se rompió el cordón, pero por otra parte del inmueble se arrojaron muchos otros y no se les pudo coger. Verdugo lanzó voces ordenando perseguirlos, pero ya los fugitivos habían ganado mucho trecho y saltaban las paredes de las huertas buscando refugio en los corrales. Estos eran muy oscuros y difíciles de visitar, porque con una daga cualquiera se podía hacer allí temible. Pero todo era imaginar lo peor, más sencillo resultaba pensar que de un corral pasaran al vecino y luego se escaparan sin gran riesgo. Verdugo retrocedió a inquirir si entre los presos estaba el capitán Mejía de Guzmán, pero la respuesta fue del todo negativa. El jefe gonzalista debía estar ya sobre un caballo camino de Panamá. Los maderos de la casona de Arizaba estaban prodigando sus últimos fulgores, aún se oía el chisporroteo de los leños pero las voces doloridas ya se habían dejado de escuchar. Con las ventanas entreabiertas, los comerciantes del barrio miraban los humeantes escombros que antes fueron casa de su colega y paisano. Pero

sobre todo temían que hubieran quedado hombres atrapados bajo el techo del edificio. Sin embargo, no hacían nada por salvarlos porque nada podían hacer. Sólo con el alba se confirmó su sospecha, porque "después del fuego parecieron algunas calabernas (sic) de los dichos difuntos"<sup>142</sup>. Acaso uno de esos cráneos pertenecía al sevillano Hernán Mejía de Guzmán, el jefe gonzalista que tenía a su cargo la defensa del puerto.

Fugados los rebeldes, Verdugo mandó cerrar el camino a Panamá y hacer un despliegue de sus fuerzas por las calles, apresando de paso a los sospechosos principales. Entonces fue que los "encamisados" irrumpieron nuevamente por los barrios gritando "¡España, España!" y vivando al capitán Verdugo. Pero ya con los arcabuzos se había despertado el Teniente de Gobernador Hernán Pérez, quién comprendiendo que ocurría algo anormal se vistió la cota. Mas saliendo de su casa tropezó con Baltasar de Castilla, que jadeante y sudoroso atinó a decirle: "Señor Theniente dizen ques gente que viene con boz del Rey y sy asy es, yo como su vasallo, me meto el primero debaxo de su bandera"<sup>143</sup>. Pérez le preguntó entonces por el nombre del caudillo real y Castilla respondió que creía lo era el capitán Melchor Verdugo. Al oír esto el Teniente sacó un atambor de su casa y dándolo a un negro le mandó tocarlo en la plazuela para reunir a los vecinos y defender el puerto. Pero las campanas de la iglesia silenciaron el redoble y ningún vecino acudió por miedo. En eso se presentó un Pedro Ortiz con la bandera de la ciudad, pues el Alférez Baltasar de Morales estaba ausente, y la agitó en la plaza. Aquí salieron treinta hombres de sus casas y se pusieron bajo el estandarte real, pero después de este gesto viril volvió a cundir el pánico al llegar Juan de Pamplona dando voces sobre que era Melchor Verdugo el atacante, el cual venía con muchísimos soldados. El Teniente comisionó entonces al Regidor Francisco de Prádamos para parlamentar con Verdugo y requerirle no haga daño a la ciudad, pero Prádamos no volvió y en su lugar tuvieron la visita de Saavedra (el que informó a los "encamisados" de la muerte del Virrey) que vino por emisario del capitán invasor a invitar al Teniente a conferenciar con él, para lo cual traía la palabra de honor de Verdugo de que no le haría daño. En eso volvió Prádamos y dijo lo mismo que Saavedra. Hernán Pérez advirtió que confiaba en la palabra empeñada y montando en su caballo marchó hacia el abulense. Dicen que éste salió a su encuentro y le abrazó, pero al tiempo del abrazo sus hombres se echaron sobre Pérez y lo cargaron de cadenas. Cuando el Teniente recobró la calma, Verdugo le explicó que hacía eso por servir al Rey, pues era su Capitán General nombrado por la Audiencia de Guatemala con cargo de arrojar a los gonzalistas de Tierrafirme. Pero ante las pre-

guntas de Hernán Pérez añadió que no era hora de mostrar papeles sino de combatir y que al amanecer se los enseñaría. Dicho esto mandó sentar al prisionero y lo dejó guardado por centinelas. Verdugo marchó entonces a la plaza, rodeó a los que allí esperaban a Hernán Pérez y, por último, los hizo rendir. El cielo estaba ya aclarando. La casona de Arizaba era sólo un armazón de humeantes leños y la resistencia de los vecinos era un sueño y nada más. Nadie había osado hacerle frente. Verdugo, al igual que Palomino en el Realejo, no había perdido ni un solo hombre y en cambio era dueño de las naves y de toda la ciudad. Había llegado el momento de iniciar la marcha sobre Panamá y convertirse así en "señor de entrambos puertos y de entrambas mares del Sur y del Norte"<sup>144</sup>.

### El triunfo de los "encamisados"

Como primer paso a su ambicioso intento, Verdugo fue al Cabildo y a campana herida demandó que acudieran los vecinos. Estos contestaron enviando al escribano Sebastián de la Banda para que sacase un traslado de la cédula o provisión que facultaba al invasor para apresar el puerto, deponer a su autoridad política y llamar a Cabildo abierto. En otras palabras, una constancia de que Melchor Verdugo hacía todo eso en nombre de Rey. Pero por única respuesta, el abulense encerró en un cuarto oscuro al escribano y envió a decir a los vecinos "que no anduviesen con papelejos y que aquel fuese el primero y el segundo, si no que juraba a Dios que ahorcaría al principal dellos delante de todos"<sup>145</sup>.

Con esta respuesta la autoridad moral de los vecinos se sintió disminuida y en breve concurrieron silenciosos al Cabildo abierto. Pero mientras los moradores del puerto sesionaban en el Ayuntamiento, los "encamisados" entraban a sus casas a robar cuanto podían. La rapiña empezó por los mercaderes, pero éstos habían tenido tiempo más que suficiente para enterrar el arca en algún lugar del huerto. Por esta sencilla razón el saqueo muy pronto se localizó en los almacenes. Pero mientras los presos eran llevados a uno de los navíos y puestos bajo la vigilancia del padre Henao —que con ello se sentía alcaide de prisión— y la soldadesca entraba a las casas a robar pretextando que buscaba gonzalistas, Melchor Verdugo nombraba nuevos Alcaldes y Regidores en el salón capitular, pues los del día anterior ya estaban presos. Luego comprometió a todos los presentes para ir sobre Panamá en servicio del Monarca y tomar la capital de Castilla del Oro a los rebeldes. De paso, advirtió que so pena de la vida nadie osara esconder a ningún gonzalista y por último mostró a los presentes siete u ocho provisiones, las cuáles leyó en voz alta un Perálvarez, soldado

que hacía las veces de escribano. Los vecinos secundaron su proyecto y hasta dieron muestras de sentirse aliviados, pero al pedirse a Verdugo los papeles para copiarlos en el libro de Cabildo, Verdugo se les escurrió de entre las manos contestando: "Señores, no es tiempo agora de tantos negocios, a vuestra merzed señor Theniente yo le mostraré todos los recaudos que traygo que a estos señores no tengo que ver con ellos"<sup>146</sup>. Y repitiendo que no había tiempo que perder pues él venía a libertar la tierra y no enseñar papeles, levantó el Cabildo abierto y envió a todos a sus casas.

Esa mañana del 20 de junio, que cayó Domingo de la Trinidad, casi nadie fue a misa por temor a los "encamisados". Un secreto instinto les decía a los vecinos que no había que confiar y decidieron quedarse en sus casas. Verdugo aprovechó esta falta de testigos para varar los navíos en la playa y evitar así posibles fugas o persecuciones. Todas las naves, con excepción de las suyas y la de Juan de la Puebla terminaron embarrancando sus cascos en los arcabucos. Dicen que la nave del muguereño quedó a flote porque éste dió a Verdugo algún dinero a cambio de ello. Sobre esto de rescates hubo mucho que decir, pero el mayor fue el obtenido por Verdugo del andaduz Hernando de Carmona, el cual por salvar de la rapiña su gigantesco almacén llegó a darle 70,000 pesos de buen oro. Otro que prometió pagar pero que no llegó a hacerlo fue el mercader Juan de Cantillana. Lo salvó su astucia, pues prometió a Verdugo pagarle en la ciudad de Panamá<sup>147</sup>.

Así llegó el medio día del domingo y como siempre hubo un sol abrazador. Recostados a la sombra de los pocos árboles, los "encamisados" dormitaban grotescamente bajo la seguridad ofrecida por los centinelas. Sólo logró sacarlos de su sueño el paso de Perálvarez —el rodellero que oficiaba de escribano— quién en cada esquina se daba el gusto de leer la orden de enrolamiento firmada por el Capitán General. Después de gritarla a grandes voces, el atambor que lo acompañaba reanudaba los redobles y así seguían hasta la otra esquina o plazoleta donde se repetía el pregón. Esto ocurrió muchas veces esa tarde. En realidad fue el único ruido que se oyó<sup>148</sup>.

### Rumbo a Cartagena de Indias

Pero mientras los "encamisados" dormían, el capitán Hernán Mejía con dos o tres compañeros marchaba secretamente a Panamá. Dieciocho leguas de mal camino y a pié tenían que vencer antes de conseguir su objetivo. Por esta causa, el tramo áspero y fragoso los demoró hasta el martes. Recién esa noche entraron a la ciudad "descalzados y muertos de hambre y muy cansados y fatigados"<sup>149</sup>. Inmediatamente noticiaron lo ocurrido al General Pedro de Hinojosa y al doctor Pedro

de Ribera, Gobernador que allí estaba por Su Majestad. Los gonzalistas, instigados por Hinojosa y Pedro Luis de Cabrera (capitán que era suegro de Hernán Mejía) convencieron entonces al Gobernador que la presencia de Verdugo en Tierrafirme era una ofensa que no se podía tolerar y el vejete —que además de sevillano era deudo de Cabrera y Mejía— tardó poco en inflamarse y llamar a las armas a más de ciento cincuenta mercaderes. Hinojosa también juntó a sus soldados, que eran los de la armada, y que sumados a los mercaderes constituyeron una fuerza de trescientos infantes y cincuenta jinetes. Admirado el Gobernador por la destreza de Hinojosa en organizar la gente, le confió el mando de la expedición libertadora del Nombre de Dios.

Parece que el miércoles a mediodía salieron de Panamá los hombres de Hinojosa. Precedía a todos el capitán Hernán Mejía, quién por conocer la situación iba bordeando el derrotero y tratando de apresar a los vigías. Gracias a su táctica capturó al que estaba de avanzada y por los tormentos que le dieron le hicieron confesar la ubicación del segundo. De este modo el andaluz logró apresar sistemáticamente y sin ningún riesgo a todos los vigías, lo que le valió llegar sin ser sentido al Nombre de Dios. Pero al querer tomar al último de ellos, que era un indio, éste se le escabulló en un arcabuco y entró al puerto a gran carrera y anunciando la presencia gonzalista<sup>150</sup>.

Verdugo entonces ordenó tocar alarma y salir a los vecinos. Los "encamisados" se encargaron de reunir la gente, pero por mucho que los tambores indicaron zafarrancho, ningún vecino abandonó su casa para seguir a Verdugo. Este comprendió la situación y se retrajo con los suyos a la playa. Desde allí vieron en un caballo negro a Pedro de Hinojosa y en otro castaño al Gobernador que animaban a la gente a marchar al arcabuco. Pero por abrirse algunas puertas los gonzalistas se detuvieron y comenzaron a beber. Ahora sí que salían los mercaderes a juntarse con sus colegas de Panamá animados por la oficial presencia del Gobernador. Los gonzalistas parecían muy confiados y algunos hasta se llegaron a quitar las alpargatas. Los vecinos y sus mujeres, mientras tanto, les alcanzaban refrescos y comida, en otras palabras, los reconocían libertadores del puerto. Por lo menos así se podía apreciar desde la playa, pero de otro modo era como estaba sucediendo. La verdad es que la fuga del vigía obligó a Hinojosa a iniciar la marcha forzada y ésta, por haberse hecho a cielo limpio, causó a su tropa insolación o "encendimiento", que es como llamaban a ese mal en Tierrafirme. Se creía que el sol quemaba los pulmones y luego producía la muerte por coagularse la sangre. Por esta causa habían llegado muy mal el capitán Jerónimo de Carbajal y un Alférez, lo mismo un sargento y muchos individuos de la tropa. Por ello es que todos

entraron pidiendo de beber y un poco de sombra. Las corazas se habían recalentado tanto con el sol que requerían rociarse con agua y algunos arcabuceros mojaron la pólvora en sus ansias de vaciar los vasos. Así estuvieron media hora, pero a una orden de Hinojosa, que repitieron en voz alta los escuadras, los soldados volvieron a calarse los morriones y marcharon todos a la playa dispuestos a acabar con ese Melchor Verdugo que presumía de Capitán General y era el causante de sus muchos males <sup>151</sup>.

Los "encamisados" recién se dieron cuenta de todo lo ocurrido. Si hubieran caído sobre los de Panamá apenas entraron al puerto ya estarían derrotados, pero su prudencia los cohibió. Ahora no quedaba más remedio que luchar y parece que igual cosa querían los gonzalistas. Además ellos no eran soldados y los de Hinojosa sí. Una cosa eran los mocetones de Nicaragua —bravucones y soleados— pero otra los soldados del Perú. Los segundos comían del oficio. Verdugo se dió pronto cuenta de ésto y también sus seguidores. Pero, valgan verdades, los "encamisados" se mantuvieron firmes en sus puestos y parapetados en los navíos que ayudaron a embarrancar se dispusieron a defender el arcabuco <sup>152</sup>.

Mas a los primeros tiros unos soldados del capitán Hernán Mejía que estaban con Verdugo desde la noche que se tomó el puerto, partieron a correr en busca de su antiguo jefe y por detenerlos se desordenaron las líneas verduguistas. Una vez más se hizo patente la falta de formación militar. Esto lo aprovechó Hinojosa y ordenó una carga contra Verdugo, la cual resultó tan efectiva que lo obligó a defenderse con la espalda al mar. A raíz de ello comenzó a evolucionar la caballería por los flancos. Los "encamisados" se batieron fieramente y no dejaron a su capitán, pero presionados cada vez más por los caballos terminaron por refugiarse en los bateles y volver en derrota a sus navíos <sup>153</sup>.

Desde uno de ellos, el que servía de cárcel, el cura Henao lanzaba imprecaciones de furia. Pero esto ayudaba poco a los "encamisados" que remando con cansancio acoderaron a los cascos con semblantes deprimidos. Todos, al subir, tuvieron que soportar las maldiciones del clérigo, pero pasado este primer momento pasaron a ocupar sus puestos de combate. Poco después llegó Verdugo a la nave y haciéndola virar un poco comenzó a disparar contra el pueblo. Todavía en el arcabuco, con la última luz del atardecer, sobre el fondo oscuro de la selva, se veía luchar a unos pocos hombres con camisas blancas. Verdugo cambió entonces la dirección de los cañones y se dedicó a proteger a esos "encamisados". Pero su ayuda les llegó a deshora porque rodeados por los gonzalistas los vió desaparecer. El cura Henao volvió a romper en maldiciones. Otro que rabiaba a más no poder era el Sargento Mayor

Lope de Aguirre. Se había batido como un león en esa guerra y ahora no sabía aceptar la derrota. Cuando los tiros comenzaron a escasear y el viento a mover las naves, se vió a Verdugo dirigir una vez más los cañones hacia tierra. Una última descarga cayó entonces sobre el puerto. Era ya de noche y algunos incendios se habían provocado en la población. La campana de la iglesia llamaba voluntarios para apagarlos. Verdugo encendió la mecha de su culebrina, sonó el disparo pero el proyectil causó muy poco daño. Otro tiro de la culebrina hizo derribar un galpón. Verdugo sintió saciada su venganza y secándose el sudor de la frente, volvió la mirada hacia los suyos. Parecía un barco fantasma tripulado por espectros con camisas blancas. Ya no había forma de salvar aquella empresa. Entonces fue que tragando saliva y apretando el puño, ordenó poner la proa a Cartagena de Indias. Luego, los ayes de los heridos y las maldiciones del clérigo. Ningún documento nos habla del Sargento Mayor. De seguro estaba sentado en un rollo de cuerdas con la cabeza entre las manos y mascullando entre dientes: "Dios, si algún bien me has de hacer, ahora lo quiero, y la gloria guárdala para tus santos" <sup>154</sup>.

### Los frutos de la mala fama

Cuando Verdugo y sus hombres avistaron Cartagena, una orden dada en tierra les prohibió desembarcar. Las autoridades querían cerciorarse de las intenciones del caudillo y de la calidad de sus hombres. El temor a los corsarios franceses tenía sobre aviso a los cartageneros y el hecho de navegar con bandera de Castilla no les garantizaba la verdadera nacionalidad. Esa fue la causa por la que las autoridades querían comprobarlo todo "por vista de ojos", como entonces se decía <sup>155</sup>.

Pero mientras los Oficiales reales y los miembros del Cabildo perdían el tiempo hablando con Verdugo, los "encamisados", clandestinamente, bajaron a la ciudad. El pánico cundió entonces entre los vecinos, quiénes maliciando desafueros y saqueos se pusieron a salvo en el monte con sus mujeres e hijos <sup>156</sup>.

Dueños de la población, los "encamisados" entraron a las tabernas iniciando una borrachera general. Verdugo quiso imponer el orden a los suyos pero nadie le obedeció. Entonces se dedicó a recorrer las calles con los Regidores, tratando de evitar desmanes. Estaba furioso pero trataba de disculpar a sus soldados hablando de los sufrimientos pasados y privaciones vividas desde que salieron de Nicaragua. Pero al mismo tiempo "con la grande ira y enojo que lleuava yua jurando que se auia de yr a España ante Su Magestad a pedille la conducta de aquella empresa para recuperar toda la tierra, que estaba tiranizada

de crueles tiranos y de traydores, y que auia de traer de España y de la Isla de Sancto Domingo, de Sancta Martha, de Cartagena y de otras partes mucha gente para la guerra que ya tenía comenzada, y que él entonces, a pesar de los tiranos, auia de entrar en los reynos del Perú"<sup>157</sup>. Sus acompañantes, como era de esperar, no acogieron con fervor aquella idea.

Así pasaron algunos días y aunque los "encamisados" no se portaron tan mal como se temía, los vecinos decidieron escribir secretamente al Presidente Pedro Gasca que, según noticias muy recientes, estaba al ancla en Santa Marta. Gasca recibió el papel con desconfianza, mas pronto se enteró de la verdad. Pero inteligente y astuto como era, no quizo condenar a Verdugo por su hazaña y se limitó a ordenarle no causase mal alguno a Cartagena y colaborase con sus autoridades en la tarea de guardar la población, pues había noticias de franceses<sup>158</sup>.

Mas llegado Gasca al Nombre de Dios halló a los vecinos alborotados por entender que Verdugo estaba por volver a ese puerto de la Mar de Norte. Gasca comprobó que su situación era difícil, pues lo señalaban por paisano de Verdugo y acusaban de complicidad. Por eso, cuando recibió una carta de éste en que le decía que estaba próximo a juntarsele, mandó partir un mensajero con el cual "envió a decir a Melchior Verdugo... que no viniese, sino que estuviese a la mira"<sup>159</sup>.

Pero para entonces ya el abulense y sus "encamisados" navegaban a toda vela rehechos con los cupos impuestos a los mercaderes de Cartagena. De este modo Verdugo se presentó en Nombre de Dios con dos navíos y los vecinos temieron su venganza a sangre y fuego. Pero Verdugo no desembarcó, enviando en cambio al padre Henao con un billete en el que solicitaba órdenes del Presidente. Este que vió peligrar el futuro de su empresa decidió cortar por lo sano todo aquello y tomando papel y tinta le mandó disolver toda su gente, devolver los navíos a sus dueños e indemnizar a los mercaderes danmificados por los incendios. A continuación mandó llamar al cura Henao y con palabras que sonaron a dura reprimenda, le encomendó entregar la carta a su capitán. Henao soportó aquella andada de palabras a la vista de todo el vecindario. Luego se retiró humildemente besándole la mano al licenciado. Y mientras Gasca le volvía a hacer presente que no admitiría respuesta alguna de Verdugo puesta estaba dispuesto a ser en todo obedecido, el cura Henao —pesaroso y siempre humilde— volvió en un bote a su navío. Los mercaderes se sintieron satisfechos, acaso por ignorar que todo era pantomima, pues Henao y Gasco habían hablado antes largamente y estaba a la par en un acuerdo. Gasca era un político y Henao fingía bien. Por eso, ambos recitaron sus papeles y el puerto se quedó vivando al Presidente<sup>160</sup>.

Cuando Melchor Verdugo se enteró de lo ocurrido montó en cólera, pero el sagaz Henao logró calmarlo con sus frases al tiempo que le hacía ver la conveniencia de volver a Nicaragua, porque de otro modo sería acusado de traidor. No es vano Gasca le había enviado a decir que agradecía sus servicios y que enteraría de ellos a Su Majestad para que los tuviera en cuenta, que por razones obvias la población estaba indignada por el bombardeo y los incendios y que por causa de ello le era imposible permitir su desembarco. Que lo mejor sería continuar a Nicaragua, porque en Nombre de Dios era "muy odiado y mal quisto"<sup>161</sup>. Que le dolía hablarle en tales términos pero que la medida estaba encaminada al buen servicio de Su Majestad, que una vez más le agradecía sus esfuerzos y le rogaba marchar a Nicaragua. Allí, en León, lo tendría al tanto de lo que ocurriera y aún lo llamaría en la primera necesidad... Verdugo escuchó a Henao y tornó a leer la carta. A esas alturas tenía también pruebas de que los mercaderes habían despachado quejas al Consejo de Indias. Había, pues, que obedecer al Presidente en todo para no ser tildado de traidor. Acataría todo lo ordenado excepto lo de ir a Nicaragua, porque allí lo aborrecían tanto como en Nombre de Dios. Urgía, sí, viajar a España a defenderse de los cargos que le hicieran. El había hecho daño, pero siempre por servir al Rey. No había, pues, razón para que el Monarca, luego, lo obligara a pagar daños y perjuicios...<sup>162</sup>.

Con estos pensamientos en su mente salió Melchor Verdugo a la cubierta y mandó juntarse en torno a él a los "encamisados". Entonces les manifestó la voluntad del Presidente, les dió las gracias, los llamó amigos y con un "¡Viva el Rey!" los dispersó. Seguidamente gestionó la entrega de los navíos, después pasó sus cosas a otra nave y esa misma noche, dándole una higa el Presidente, partió a España más con pena que con gloria<sup>163</sup>.

### La voluntad del Príncipe.

Llegado a Sevilla, Melchor Verdugo tomó la posta y no paró hasta Valladolid, residencia del Príncipe don Felipe y del Real y Supremo Consejo de las Indias. Pero apenas ingresó a esa ciudad, una notificación firmada por los Consejeros le hicieron ver que había llegado demasiado tarde. Los mercaderes del Nombre de Dios habían enviado con sus quejas mucho oro.

A pesar de ello Melchor Verdugo se aprestó a defenderse del Fiscal informando personalmente al Príncipe y sus Consejeros de sus trabajos en el Perú, Nicaragua y el Nombre de Dios. Pero por mucho lujo de detalles que blandió en ello y los libros de las cuentas que exhibió, la justicia se inclinó a los mercaderes y el Fiscal fue el causante de

este cambio. En primer lugar acusó al abulense de haber iniciado una campaña innecesaria, destinada a permitirle salir del Perú. Que para ello había expoliado fuertemente a los vecinos y robado un barco, sembrado el pánico en la Posesión y atraído sobre este último puerto la desgracia encarnada en Juan Alonso Palomino. Lo acusó también de alterar el orden en Granada, León y Gracias a Dios, de innumerables desacatos a la Audiencia y de la captura de navíos en la desembocadura del río de San Juan y bahía del Nombre de Dios. Aquí se juntaban todas las acusaciones, porque lejos de hacer mal a los partidarios de Gonzalo Pizarro, pagaron con sus haciendas y aún vidas muchos mercaderes ajenos por completo a la Gran Rebelión. Los saqueos, los incendios y los cupos no habían logrado otro objetivo que enfurecer a los vecinos, sentimiento negativo que Verdugo también supo despertar en los habitantes de Cartagena de Indias. Todo, pues, absolutamente todo había sido un sonadísimo fracaso y nada bueno se había seguido de su actitud. Mas aún si se atendía a que por su culpa también pudo fracasar en su intento el Presidente Gasca, por vocearse en un comienzo de que Verdugo había hecho todo con permiso de él... En otras palabras, por causa de Melchor Verdugo estuvieron a punto de perderse todas las Indias del Mediodía, incluyendo a Cartagena, que también pagó los platos rotos sin tener nada que ver. Verdugo no se había portado como español, porque más provecho había alcanzado con su hazaña al Rey de Francia que no al Católico Monarca de Castilla...<sup>164</sup>.

Verdugo, el Capitán General Melchor Verdugo, vió desmoronarse todas sus esperanzas de premio. Una carta del propio Presidente Gasca dirigida al Príncipe lo terminó de lapidar. El abulense sangró entonces sus talegos pagando a letrados y procuradores para que le defendiesen. Estos le juraron que ganarían la cuestión y ante su seguridad profesional, recobró algo su tranquilidad el abulense. Pero el litigio continuó bajo el ceño frucido del Príncipe. Un buen día, cuando aún el pleito estaba en la mitad, el hijo del Emperador le remitió unos papeles. Melchor Verdugo los abrió rápidamente y sus ojos se alegraron con la lectura de sus líneas. El Príncipe, atendiendo lo mucho que había servido a la Corona, le nombraba Caballero de la ecuestre y militar Orden de Santiago con grado de Comendador. Desde aquel momento podía firmarse "El Comendador", a secas, o también "El Comendador Melchor Verdugo". La Corona, pues, comenzaba a premiar su lealtad y mucho esfuerzo, la Corona estaba agradecida y le guardaba gratitud... Pero al abrir el último sobre la sonrisa se desvaneció de los labios de Verdugo. También era del Príncipe, pero lejos de representar un premio traducía una prohibición. El pálido y severo don Felipe, atendiendo a los muchos daños causados por Melchor Verdugo en el Perú, Tierra-

firme y Nicaragua, le mandaba que se quedase por entonces en España hasta que otra cosa se pudiera decidir... <sup>145</sup>.

Dolido con la Corona y hartó de litigios, el nuevo Comendador decidió marchar a Avila con intención de descansar. Allí vería a sus hermanas y a otros caballeros sus parientes, esos que vivían en la casa de los dos torreones al norte de la ciudad. Entonces les contaría que toda su desgracia consistía en haber servido al Rey, que él no era un traidor sino un capitán sin fortuna. Era un hidalgo que cuando partió de Avila lo hizo por la Puerta de la Malaventura, pero que ahora que había vuelto a su ciudad natal había entrado a ella por la Puerta de los Leales <sup>146</sup>.

### Otra vez en el Perú.

Todo parece indicar que en este tiempo se efectuó la boda de Melchor Verdugo. El soldado se sentía triste y una compañera era indispensable para hacerle olvidar su soledad. Comendador santiaguista, perulero ganancioso y con fama de valiente, la mujer que lo desposare debía ser principal. Pero aunque Comendador y ganancioso el valiente Melchor Verdugo ya no abundaba en dineros y por ello tuvo que casarse con solo una hijadalgo de discreta fortuna. Se llamaba doña Jordana Mejía, era extremadamente bella y procedía del hogar del capitán Rodrigo Mejía y de doña Francisca de Arévalo, vecinos de Espinar de Villacastín, en el obispado de Segovia <sup>147</sup>.

La rapidez con que se negoció la boda tenía también su explicación en la estrechez económica de los Mejías. El padre de doña Jordana había sido muy adicto a Núñez Vela —con quién parece había pasado al Perú— y el Virrey en los días anteriores a Iñaquito le entregó un hijo de Gonzalo Pizarro para que lo llevase consigo a España. Se quería con ello evitar el posible surgimiento de una dinastía de Pizarros aspirantes a monarcas del Perú. Mas Rodrigo Mejía fracasó en su intento y apresado por los gonzalistas entregó su cautivo a Pedro de Hinojosa en Panamá. Mejía fue posteriormente desterrado a Chile y su familia sintió el aguijón de la pobreza. Verdugo que era amigo de Mejía conoció a estas alturas a su hija y satisfecho de la fama y belleza de la doncella, la tomó inmediatamente por mujer. La boda, pues, se construyó sobre el odio común a Pedro de Hinojosa <sup>148</sup>.

Convertido en hombre de hogar y venciendo cantidad de resistencias, Verdugo —en la primera ausencia del Príncipe Felipe— consiguió licencia para retornar a Indias. Alegó para ello estar casado, vale decir, tener motivos para vivir más quietamente, y querer ir a servir su vecindad, pero la causa principal confesó que eran sus indios caja-

marcas, quienes por su prolongada ausencia estaban "a punto de se perder"<sup>169</sup>. Los Consejeros admitieron ser lógico el pedido, pero no lo halló tan lógico el Fiscal. Sin embargo, todo se solucionó con más fianzas y de este modo Verdugo, su mujer y diez criados partieron a Sevilla. Noche y día oprobó el Comendador para viajar. En el fondo temía que dieran pié atrás los Consejeros, porque los procuradores bien pagados darían cuenta del Fiscal. No había, pues, peligro de que lo hicieran regresar a Avila para responder a más acusaciones. Su único pecado había sido servir al Rey y esto lo tendrían que entender los Consejeros muy en breve. Por ello, si a Avila había entrado por la Puerta de los Leales, de Sevilla saldría ahora por la Puerta del Perdón<sup>170</sup>.

La partida de Melchor Verdugo parece haberse efectuado a raíz del retorno triunfal de Pedro Gasca, porque a fines de 1550 el Comendador estaba nuevamente en su vecindad perulera de Trujillo, presentando sus excusas a los que anteriormene vejó. Mas no todos los vecinos las aceptaron. Hubo algunos, como Rodrigo Lozano, que no lo quisieron perdonar<sup>170</sup>. Otros, en cambio, olvidaron lo pasado por el mero hecho de llamarse a boca llena amigos del Comendador. Verdugo, desde su casa de Trujillo vió pensar así a la gente. En el fondo se alegraba de tener a los más influyentes con él. Con los tales, precisamente, fue a Piura para recibir al Virrey don Antonio de Mendoza. Reunido al gobernante, emprendieron juntos el viaje de regreso, pero por los achaques y males del Virrey sólo pudieron ver Trujillo a fines de julio de 1551, celebrando allí la fiesta de Santiago, el Apóstol y Patrón de las Españas. No contento con esto, escoltó al representante real hasta la misma Lima, donde entraron el sábado 12 de setiembre con gran algarabía y repique de campanas, pues don Antonio venía precedido de un sólido prestigio personal. El Comendador Verdugo, a su lado, estuvo en las fiestas del recibimiento<sup>171</sup>.

Pero luego de unas semanas en que se vió a Su Excelencia salir de caza con los balconcillos que tenía, "vino a faltarle el calor natural"<sup>172</sup>, luego cayó enfermo y por último entró en larguísima agonía. Entonces fue que Melchor Verdugo (que seguía en Lima y había acompañado al Virrey en sus prácticas de cetrería), decidió ponerse a la sombra de la Audiencia y como además de oportunista era listo e intrigante, pronto halló ocasión de conseguirlo. Verdugo había visto que muchos soldados salían diariamente hacia la sierra y esto lo llevó a sospechar una conjuración. Se trataba no sólo de "guzmanes" o españoles errabundos, sino también de encomenderos ricos quejosos de las últimas medidas de los Oidores sobre los mitayos, tributos y servicio personal. Sin pérdida de tiempo Verdugo denunció a los conjurados y el 18 de julio Luis de Vargas, hidalgo sevillano, fue decapitado por

amotinador y cabecilla. Pero lo que más gusto dió a Verdugo fue la culpa que resultó contra el General Pedro de Hinojosa, su antiguo enemigo del Nombre de Dios, que lo era también de su insolvente suegro. Verdugo creyó ver llegado el momento de la humillación para Hinojosa y por tanto se preparó a un momento de satisfacción personal. Pero la Audiencia se puso remisa en atraparlo pensando en las consecuencias que traería su captura. Por eso todo quedó en nada y con la muerte de Luis de Vargas se creyó dejar la cosa en paz. Pero lejos de sobrevenir una etapa de calma a esta de prisiones y ajusticiamientos, los Oidores fueron sacados de su descanso sorpresivamente, pues la noche del 21 de julio, víspera de la Magdalena, el doblar de las campanas les anunció que el Virrey había muerto <sup>173</sup>.

Los bronces despertaron en Verdugo una gran inseguridad. Los Oidores eran caprichosos y volubles a la par que desagradecidos. El roce fugitivo de sus togas nunca presagiaba lo mejor. El les había hecho un favor descubriéndoles a los conjurados, pero por evitar el prendimiento de Hinojosa los letrados fueron advertidos de que Verdugo los atacaba en sus conversaciones. Desde entonces los Oidores lo empezaron a mirar mal. El era un paniagudo del régimen caído y por tanto le tenían mala voluntad. Ante situaciones como ésta lo mejor era emprender la retirada. Y así fué que sin pensarlo dos veces, Verdugo se ausentó a sus indios cajamarcas <sup>174</sup>.

### El desaire de la Audiencia.

Allí permaneció todo el tiempo que estuvo alzado Sebastián de Castilla, el rebelde que mató a Pedro de Hinojosa. La muerte del rival hizo pensar al Comendador que lo convertiría en personaje necesario y hasta se alegró imaginando que en caso de revuelta sería imprescindible a los Oidores. Antes de que terminara lo de Sebastián de Castilla, precisamente, bajó presto a Trujillo sospechando que por sus conocimientos militares estaba haciendo falta a los letrados. Pero la revuelta se apagó y a Verdugo no llegó ningún llamado de la Audiencia. Un segundo movimiento: el de Francisco Hernández, angustió todavía más a los Oidores, mas los correos de a caballo siguieron llegando desde Lima sin el nombramiento de Maestre de Campo, que era el cargo que Verdugo ambicionaba. Por fin, llegó una posta y con ella una carta con el sello de la Audiencia. Sin lugar a dudas la habían escrito los Oidores y era el nombramiento de Melchor Verdugo. El Comendador se apresuró a abrirla y a leerla con una gran ilusión, pero poco a poco se fue demudando su semblante y luego cayó sentado, muy triste, en un sillón. El nombramiento era para él, no había duda, sólo que era un nombramiento de Capitán de caballos <sup>175</sup>.

Indignado marchó entonces hacia Lima. Allí se enteró de que a Pablo de Meneses, antiguo gonzalista, se le había hecho Maestre de los leales. Así se lo contó Pedro Luis de Cabrera, su otro adversario del Nombre de Dios que también aspiraba al Maestrazgo. La desgracia los aunó en sus quejas. Desde entonces se echaron a la espalda los rencores y vociferando contra los letrados se les vió andar por la ciudad. Ambosregonaban la injusticia y exponían que el ejército del Rey no sólo estaba malamente dirigido por un Oidor y un Arzobispo, sino que también llevaba por Maestre a un traidor. A continuación Verdugo sacaba a relucir su larga hoja de servicios, Cabrera —acaso más fanfarrón que el abulense— añadía a éstos su entronque con los Duques de Feria <sup>176</sup>.

A desenlace tan grotesco pronto se plegaron otros defraudados: el salmantino Diego López de Zúñiga y Pedro Ortiz de Zárate, natural de Orduña. El primero se había endeudado para hacer aprestos de guerra en 4,000 pesos a Verdugo, quien se los prestó en barras de plata. Pero sus aprestos resultaron vanos porque la Real Audiencia no lo llamó a capitania alguna. Sólo después de muchos halagos, al licenciado Santillán consiguió una de infantería. Zárate en cambio, veía en su postergación la mano de los Oidores que querían así vengarse de su padre, el fiel miembro de la Audiencia limeña cuando la guerra de Gonzalo Pizarro. Pero Melchor Verdugo decidió echar por tierra esta maniobra y por conseguirlo renunció su conducta de capitán de jinetes en Zárate, contrariando de este modo la intención de los Oidores. Estos no tuvieron más remedio que aceptar, pero a su vez lograron el desquite cuando llegó el momento de elegir un jefe para la caballería de Trujillo. Entonces, lejos de nombrar a Verdugo para el cargo, eligieron a Diego de Mora, acérrimo enemigo del Comendador por haberle éste preso y humillado a un hermano en la revuelta del 45 <sup>177</sup>.

A Verdugo, para no sacar a relucir su despecho, no le quedó otro remedio que guerrear... como simple hombre de a caballo. Tenía que combatir pues su calidad de encomendero lo obligaba a ello. De otro modo perdía irremediamente sus indios. Acaso era lo que perseguían los Oidores, pero él —el Comendador Melchor Verdugo— no iba a proporcionarles ese gusto.

Y Girón bajó a la costa por el camino de Huarochirí. El Arzobispo soltó el báculo y asió la lanza, el Oidor tomó la espada y arrojó la pluma. Desde el pueblo de Ate, los leales vieron al rebelde dirigirse al mar ante la imposibilidad de capturar Lima. Pero el invasor no desmayó en su intento y saqueando el pueblo indio de Armatampu tomó el camino de los llanos continuando temerariamente por la "Cuesta de la Sed", hoy llamada "Lomo de Corvina". Verdugo avanzó entonces

hasta Surco, media luego antes de Armatampu, pero Girón estaba ya camino de Pachacamac. Por eso, de escaramuzas baratas no pasaron los rivales. A caballo y bien armado, el Comendador prosiguió el seguimiento por la arena, mas Girón avanzaba a mucho paso y se hacía difícil de alcanzar. Verdugo y algunos leales llegaron de este modo hasta Chíncha, pero por ser contrario a la opinión de Pablo de Meneses quedó en este lugar, mientras el Maestre de Campo proseguía para ser derrotado en Villacurí. Derrotado Meneses, Verdugo se dió por satisfecho, mas temeroso de que alguien pudiera proponerlo para reemplazarlo en tan difícil momento decidió fingir enfermedad. Una vez más se mostró abatido, muy doliente y con cara de no poder pronto sanar. Los Oidores no entendieron la maniobra y por librarse de él le extendieron un permiso. Entonces fue que alegando padecer una enfermedad adquirida en la guerra, el Comendador volvió en litera a la ciudad de Trujillo <sup>178</sup>.

En Trujillo curó milagrosamente y cuando se supo la derrota de Pucará, Verdugo subió a Cajamarca con miras —según él mismo confesaba— de impedir que Girón huyera a Quito. Pero Girón fue preso en Jauja y el abulense no pudo sumar otro servicio al Rey. Había capitanes que tenían suerte como Hernán Pantoja y Gómez Arias, pero no por cierto él. Había nacido para ser un capitán sin ventura, postergado por la incuria de una Audiencia y la calumnia vil. Mayor suerte había tenido Pedro Luis de Cabrera, el capitán gonzalista del Nombre de Dios, como que a esas horas debía estar en Flandes o en Castilla alarbeando con el título de Capitán de hombres de armas en las Indias y Procurador General del Perú <sup>179</sup>.

### “El Bobo”.

Desde 1554 a 1556 Verdugo no hizo sino lamentarse. Vivió todo el tiempo en Cajamarca explotando las minas de Chilete y pidiendo oro a los indígenas. El único ser que parecía comprenderlo plenamente era un perro gigantesco que tenía y que nombraba cariñosamente “El Bobo”. En su compañía acostumbraba visitar los pueblos de su encomienda ante el temor de los naturales que sabían que venía por más oro. Con sus profundos ladridos a deshora, el corpulento perro de mirada fiera y afilados dientes parecía un hijo del demonio. Esto impresionaba mucho a los indios porque sus perros eran mudos y en ningún caso aterradores. De esta manera visitaba un pueblo y otro pueblo el famoso capitán Verdugo. Viajaba como un reyezuelo déspota y cruel. Sentado en su litera, en hombros de sus vasallos y precedido por su monstruoso perro, los curacas lo salían a recibir y a ofrecerle mucho oro. No en vano era el señor principal de aquellas tierras y represen-

tante del Apo Mayor de la Ciudad de los Reyes, a su vez representante del Gran Apo de Castilla<sup>180</sup>.

La encomienda de Cajamarca era "muy memorada en todo este reino por ser grande y muy rica"<sup>181</sup>. Tan rica que siempre los españoles gustaban de compararla con las regiones abundosas del Viejo Mundo. Y así decían que encerraba más llamas y alpacas que ovejas tenía Soria, que el trigo se daba allí tan bien como en Sicilia y que los indios cajamarcas eran tan buenos tejedores que podían competir con los flamencos<sup>181a</sup>.

Por su parte Verdugo aseguraba haber hallado allí las primeras minas de plata que se vieron en el Perú —las de Chilete— y haberlas trabajado antes que ningún otro español en esta tierra. También se mostraba complacido por la mucha caza menor, a la que era tan aficionado, y por el gran rendimiento de los maizales productores del famoso trigo de los Incas. Se vanagloriaba igualmente de haber levantado la iglesia del pueblo, dotándola de ornamentos, y de enseñarse en ella la doctrina cristiana. Esto último afirmaba haberlo preocupado tanto que gracias a sus esfuerzos todos los niños indios sabían el Pater Noster, Ave María, el Credo, la Salve, los Mandamientos y los Artículos de la Fe. No en vano pagaba anualmente 150 pesos a un clérigo para que se ocupara de estos menesteres y oficiase, además, de capellán. Según esto Verdugo venía a ser un modelo para los demás encomenderos. Por lo menos, así lo quería hacer notar él en las probanzas que mandó hacer para demostrar lo mucho que había hecho por sus indios<sup>182</sup>.

Pero la realidad resultaba muy distinta. En su insaciable búsqueda de oro, lejos de ser un fiel predicador del Evangelio, llegó a mostrarse como un verdadero monstruo de maldad. De nada le valió a sus indios ser hospitalarios y trabajadores, como afirman los cronistas. Tampoco ser honrados, generosos y llenos de fidelidad, porque su desgracia se evidenció en su encomendero el capitán Verdugo, encomendero que hacía honor a su apellido. El hecho que vamos a narrar ocurrió en el pueblo de Bambamarca, en una fecha que no se ha podido ubicar, pero que parece haberse cumplido por el tiempo que historiamos.

Cuentan que estando Verdugo de visita en Bambamarca, pueblo al que ingresó escoltado por su perro "El Bobo", mandó llamar al viejo curaca del lugar, llamado Tantahuata, y una vez en su presencia le pidió una cantidad crecida de oro. El indio contestó con excusas y evasivas y Verdugo —vinculando esto a algo malo que había hecho un hijo suyo— le ordenó traerlo. Acudió el hijo del curaca ante el altivo encomendero y éste, acusándolo de sabe Dios qué, le soltó a "El Bobo" instándole a que lo atacara. El can destrozó a su víctima en menos

tiempo del que se emplea en rezar tres credos, mientras su viejo padre contemplaba horrorizado el espectáculo infernal. Pero, indio al fin y al cabo, supo frenar el dolor con el estoicismo de su raza. Cuando de su hijo no quedó sino un montón de carne sanguinolenta y huesos, el curaca se acercó a los despojos, tomó tan sólo un trozo de cuero cabelludo, y guardándolo en su bolso se alejó<sup>183</sup>.

Por qué actuó Verdugo en esta forma? Barbaridades como ésta no hubo muchas en el Perú, pero sin lugar a dudas, la única en este género la cometió Melchor Verdugo. Por lo menos ignoramos otro caso similar. La raíz de esto debemos buscarla en Tierratirme. Atrás dijimos que el licenciado Espinosa había sido el maestro de Verdugo y su casa la escuela en que se formó. Lo seguimos sosteniendo. Sólo que el discípulo aventajó al maestro, porque si Espinosa utilizó perros en la guerra, Verdugo aperreó indios en la paz. Esta fue la triste hazaña de "El Bobo", el único perro cuyo nombre ha quedado en la Historia del Perú y no para recordar, precisamente, al mejor amigo del hombre, sino al esbirro del monstruo.

Pero pasó el tiempo y un buen día los vecinos de Trujillo vieron venir de la sierra en busca del Justicia Mayor a "un yndio a quejarse del dicho (Melchor) Verdugo y traxo un pedaço de cabeça de yndio con sus cabellos diziendo que melchior verdugo avia aperreado a un hijo suyo con un perro que se llamava el bobo y que le avia muerto y sacado aquel pedaço de cabeça de un bocado y que le hiciese justicia"<sup>184</sup>. Los vecinos se acercaron al nativo forastero y entonces pudieron ver la "guedaja de cabellos con un pedaço de carne y cuero de la cabeça que dezían hera del yndio quel dicho melchior verdugo aperreó"<sup>185</sup>. Diego de Mora, el enemigo de Verdugo que a la sazón era Justicia Mayor de la ciudad, inmediatamente abrió proceso y lo remitió a la Audiencia de Lima. Los Oidores comenzaron a dictaminar para luego buscar una sentencia, pero estando por fallar la causa en contra del Comendador Verdugo, las campanas de Lima volvieron a sonar indicando con su repique la presencia de don Andrés Hurtado de Mendoza, el viejo Marqués de Cañete, que venía con el cargo de Virrey. Después de cinco largos años de omnipotencia, otro Mendoza quitaba a los Oidores el gobierno del Perú<sup>186</sup>.

### **En misión secreta a España.**

Poco tardó Verdugo en hacer grandes migas con el nuevo gobernante. Ignoramos los antecedentes y pormenores de este acercamiento, pero podemos adelantar que comenzó en Trujillo, cuando sabedor Verdugo de que el Marqués se había hospedado en Chicama en el in-

genio de Diego de Mora, ni tardo ni perezoso alojó en su casa a don Felipe Hurtado de Mendoza, hijo segundo del Virrey<sup>187</sup>.

El Comendador acompañó luego a Lima a Su Excelencia y ante la gran sorpresa de los Oidores fue uno de los más allegados al Marqués, según se dejó ver, en las ceremonias del recibimiento. Al igual que con Núñez Vela y don Antonio de Mendoza, Melchor Verdugo se convirtió en paniaguado del nuevo Virrey. Sin embargo, la amistad entre el astuto viejo y el Comendador no fue óbice para que en la primera ocasión saliera desterrado el capitán López de Zúñiga, el amigo de Verdugo<sup>188</sup>. Pero el abulense, hombre prudente y temeroso de la fortuna, supo utilizar la amistad y sobre todo la influencia del gobernante. Por medio de esta última logró paralizar el proceso del apereamiento, expediente que terminó por desaparecer. Luego entró en confidencias de gobierno, mostrándose observador y comunicativo, amigable, desinteresado y celoso defensor del Rey. Cañete, que ya comenzaba a ser blanco de la Audiencia, reparó en todo esto y atendiendo a la ojeriza que compartían por parte de los Oidores, le confió más de un secreto. Entre otras cosas le pidió que fuese a España y le defendiese allí de los cargos que le habían levantado Bravo de Saravia y Mercado de Peñalosa así como los desterrados del Perú. Verdugo reparó que esta ocasión era propicia para pedir él, por su cuenta, muchas mercedes al Consejo de Indias y aceptando la responsabilidad de su embajada, zarpó del Callao con dirección a Tierrafirme. ¡Ahora sí que iban a pagarla los Oidores!<sup>189</sup>.

De Panamá pasó al Nombre de Dios, donde por gozar de mala fama pernoctó solo una noche, embarcándose al día siguiente con sus bultos y criados en la "Santa María de los Remedios", nao del genovés Vicencio Bucino que llevaba por maestre a Diego Díaz. Tres navíos más de mercaderes estaban listos para partir y sólo esperaban una orden del Comendador Verdugo que, por un raro privilegio rubricado por el Virrey del Perú, iría "por Capitán General desta flota"<sup>190</sup>. La "Santa María de los Remedios", pues, sería la capitana, vale decir, la que precedería a todas las naves en el viaje y haría farol al anochecer. Día y noche vigilaría el horizonte tan pródigo en corsarios y cada mañana, con el alba, izaría en su mástil una bandera con las armas del Comendador... Pero estando todo listo para levar anclas y partir al Golfo del Darién, arribó al Nombre de Dios Pedro de las Roelas, el veterano Capitán General de las Armadas. Este hizo que lo reconociera en su cargo Melchor Verdugo, lo obligó a aplazar su salida hasta que la hicieran juntos y por ello, sólo a fines de mayo de 1558, el largo viaje se inició<sup>191</sup>.

Después de cruzar el agitado Golfo del Darién, los viajeros fondearon en Cartagena de Indias, ciudad donde Verdugo tampoco era

popular. Aquí permanecieron pocos días a causa del calor, marchando de inmediato para San Cristóbal de la Habana, donde sí permanecieron algún tiempo. En toda esta navegación como en la que siguió a España, Verdugo se dió a los placeres de la mesa y al culto de la barra, vicio que aprendiera con Pizarro y con Almagro. No sólo, pues, comió y bebió en abundancia, sino que jugó con exageración. De esta manera disminuyó notablemente sus dineros ante la admiración de Ruy Barba, el encomendero de Chancay, y la alarma de Juan Verdugo, un sobrino del Comendador que aspiraba a recoger su herencia<sup>192</sup>.

A principios de diciembre divisaron los fanales de San Lúcar y tres días después la "Santa María" echaba el ancla en las Muelas de Sevilla, junto a la ermita de la Virgen de los Remedios, la patrona de la nave. El viaje había sido bueno y sin inconvenientes, pero éstos surgieron en tierra con la Casa de Contratación. Verdugo había declarado una cantidad de oro al subir al navío y ahora, al desembarcar, tenía mucho menos. Sin duda pensaron que era un fraude encaminado a eludir a los impuestos. El acusado se defendió enumerando gastos y derroches, pero al no exhibir los comprobantes de los mismos, nadie creyó en lo que decía. Entonces, los oficiales de la Contratación le interpusieron pleito por reclamo de avería por cien mil maravedís. El juicio resultó largo y molesto porque se siguió ante el Consejo de Indias. Verdugo había ido a España a pedir mercedes al Consejo, pero los Consejeros parecían perseguir sólo su castigo. Porque en castigo iba a terminar aquel pleito por falta de pruebas. Efectivamente, —no fue entonces pero sí después— en Toledo, el 23 de diciembre de 1560, el Real y Supremo Consejo de las Indias falló en favor de la Casa de Contratación y obligó a Verdugo a cancelar el discutido derecho de avería<sup>193</sup>.

### **Pleitos y más pleitos.**

En España Verdugo fracasó rotundamente. Después de afirmar por todas partes que solo iba a ocuparse de negocios pendientes o inconclusos relativos a su hacienda, pronto los desterrados llegaron a desenmascaramlo como espía del Marqués y su procurador particular. El Comendador sostuvo que toda era vil calumnia y exceso de imaginación, pero una carta llegada desde Lima y firmada por los Oidores asestó el golpe de gracia a su defensa. Los Oidores escribían que el Virrey había muerto y que entre los muchos papeles que dejó había uno que hablaba de una entrega de 10,000 pesos a Verdugo para que viajase a España. Lo peor de todo era que estos pesos de oro provenían de las Reales Cajas y el beneficiado los tenía que devolver<sup>194</sup>.

Verdugo se sintió perdido y lamentó enormemente que su buen amigo el Marqués no hubiera tenido la prudencia de quemar el documento. Pero era demasiado tarde para pensar estas cosas. Lo mejor sería defenderse en una forma inteligente y pronta. Entonces fue que Verdugo inventó el historial de los 10,000 pesos castellanos, historial basado sólo en su imaginación. Instado por los Consejeros refirió que estando por viajar a España confió al mayordomo del Virrey ciertas estrecheces económicas para realizar su intento y que por toda respuesta lo llamó el Marqués al siguiente día y le entregó la discutida cantidad. Contaba Verdugo que quedó absorto ante el gobernante "y se le ofresció a que si avia algo en que le sirviese en españa que lo haria y Respondió el dicho Marqués que Diego López de Zúñiga y los demás que acá avia enbiado deste Rados serian sus procuradores y que así no quería ocuparle en nada, pero que le haria mucha merced en que procurase en españa como Su Magestad le diese liçençia para que pudiese venir A su casa porque él ya hera viejo y quería mucho a su mujer y hijos y hermanos y deseava verlos antes que se muriese..."<sup>195</sup>.

El relato consternó a los Consjeros (que se sintieron culpables por haber dado oídos a tanta intriga contra el difunto) y enterneció íntimamente a la Marquesa viuda de Cañete, la que en breve salió por fiadora de Verdugo. Pero todo quedó allí, porque aunque el Comendador decía algo muy cuerdo y humano, no podía demostrar lo que afirmaba. Esto cortó a Verdugo el suministro de sus tributos de indios y dejó en manos de los Oidores de Lima la aclaración total del oscuro asunto de los 10,000 pesos. Quejumbroso y empobrecido el Comendador dejó la corte y se estableció en Madrid, donde la vida era más barata. Allí vivió desde octubre de 1561 sin mayores esperanzas de volver al Perú, porque por razón de los 10,000 pesos había logrado una prórroga en Toledo, el 9 de enero del año anterior, y todo hacía ver que esta prórroga corría el riesgo de ser indefinida<sup>196</sup>.

El mejor cuadro que tenemos de él por este tiempo se debe a la pluma del Inca Garcilaso. "Yo le ví en la antecámara de el muy católico rey don Felipe Segundo —dice el genial mestizo— el año de mil quinientos sesentitres, bien fatigado y lastimado de que émulos y enemigos suyos resucitaron los agravios que en el Perú y en Nicaragua, y en el Nombre de Dios hizo, por los cuáles según lo acriminaban, temió que le quitaran el hábito (de Santiago); y así era lástima verle el rostro según el sentimiento que mostraba"<sup>197</sup>. Parece, pues, que no sólo los Oidores y los desterrados se habían cebado en él, sino que también lo habían hecho los resentidos mercaderes de Tierra firme, cualquiera de los cuáles hubiera dado mucho por nada más que verlo muerto. Tierra firme, sobre todo, era su mayor enemiga", porque en toda ella —según el mismo Garcilaso— se había hecho aborrecer"<sup>198</sup>.

Creemos que el Inca fue exacto en todo menos en la fecha en que halló a Verdugo lleno de aflixiones. No fue el año 63 sino a fines del 61 y esto, porque el mismo historiador añade que "el Rey le hizo merced de absolverle de todo"<sup>199</sup>, perdón que ya estaba concedido a principios de 1562. Efectivamente, en Madrid, el 2 de febrero del citado año, el Monarca permitió a Verdugo volver a su vecindad de Trujillo, eximiéndolo de toda culpa por entender que todas las acusaciones tenían un trasfondo de servicio a la Corona. El Comendador debió de sentirse feliz. Tras doce años de fingir y lamentarse, se había reconocido públicamente su inocencia.

Ese mismo día consiguió una cédula para que se le devolvieran sus indios, posiblemente incautados por la Audiencia y otra —a pedimento del propio Verdugo— para que se prohibiera a los curacas de Cajamarca hacer trabajar en ciertas minas de la sierra a los naturales de la costa. Después de esto, Melchor Verdugo salió de la corte, incluso con fama de encomendero humanitario que velaba por la salud de sus indios al extremo de preservarlos del clima perjudicial y ajeno a su naturaleza<sup>200</sup>.

Arreglados sus asuntos y victorioso de sus enemigos, el Encomendero partió de Sevilla con rumbo al Nombre de Dios. Para defensa de su persona llevaba entonces seis arcabuces, seis celadas y seis morriones, doce espadas, doce dagas, doce lanzas y doce partesanas<sup>201</sup>.

### I a venganza de los mercaderes.

Los comerciantes del Nombre de Dios y Panamá —aunque con veinte años más— eran los mismos y dió la coincidencia que cuando pasó de regreso por allí Melchor Verdugo estos comerciantes también decidieron levantarse. No fue la causa del levantamiento la presencia de Verdugo, pero sí uno de los estímulos a esta rebelión. El desarrollo de la misma tuvo por caudillos al escribano Rodrigo Méndez, hombre iluso y hasta imbécil, y a Sebastián de Santisteban, desterrado gironista que tenía fuerte inquina al Comendador, por haber sido parte principal en su destierro<sup>201a</sup>.

Lo cierto es que Verdugo dormía tranquilamente una noche en Panamá, cuando una multitud enardecida forzó la puerta de la posada pidiendo a gritos su cabeza. Verdugo ni siquiera tuvo tiempo de vestirse y sobresaltado en la cama trató de entender lo que pedía aquella gente. A decir verdad creyó que eran borrachos, pero pronto se enteró de lo contrario cuando a gritos y empujones entraron a su habitación. Esta estaba a oscuras y ninguno de los invasores portaba luz alguna. Pero Verdugo que vió brillar las armas se metió bajo la cama

y aún tuvo tiempo para dejar arropada sobre ella una almohada que sirviera para despistar. El que más gritaba era Santisteban y entre voces y blasfemias señalaba el lugar donde dormía el buscado. Entonces sus amigos se ensañaron con la almohada y con lanzas y alabardas la cosieron al colchón. Una pasó de parte a parte el mueble y llegó a herir a Verdugo en una nalga, pero aunque causó daño y no leve, el agredido no dejó escapar ninguna queja. Cuando todos hubieron hundido sus armas en la almohada Santisteban preguntó si aún era vivo, pero le contestaron que no y que su muerte se había efectuado con tal arte que no tuvo tiempo ni de decir ¡Jesús!. Entonces salieron todos de la sala pero Santisteban envió a un negro suyo a cerciorarse. El esclavo entró y creyó ver el cadáver, evidencia que luego comunicó a su amo. Sólo entonces los soldados y mercaderes abandonaron la casa, proclamando estos últimos que era cumplida su venganza. Santisteban, sin embargo, desconfió del negro y enviando a uno de sus fieles le mandó comprobar si el guineo había dicho la verdad y también que llevara una antorcha. El soldado tornó a entrar en la casa, pero en breve se asomó a un balconcillo diciendo que el Comendador había huído por una ventana y que sobre su lecho sólo estaba la almohada destrozada. Las maldiciones debieron abundar pero por tener que acudir a otros puntos tuvieron que dejar la búsqueda y acudir a la Plaza a reunirse con el grueso de los rebeldes, porque ya los Regidores del Cabildo comenzaban a llamar a los vecinos y alzaban su bandera contra la revolución <sup>202</sup>.

Verdugo, mientras tanto, ensangrentado y con gran susto, huía por los techos vestidos grotescamente con su camisa de dormir. Así llegó a la casa de Juan Rodríguez Bautista y juntamente con Diego de Frías partieron los tres en dos caballos a la iglesia de San Francisco, donde un atambor de los leales reunía a los vecinos y los instaba a combatir. Verdugo, siempre asustado y en camisa, llegó en la grupa del caballo de Bautista y entrando al convento hizo que los frailes le curaran la herida. Estaba debilitado por la pérdida de sangre y apetecía descansar. Mientras tanto, se había organizado ya la resistencia, pero los leales eran pocos y los mercaderes rebeldes 400. Aquella noche fue larga y movida, pero con el rayar del alba surgió la solución. Santisteban fue muerto por los suyos y Rodrigo Méndez se refugió en la torre de la iglesia, de donde fue sacado y hecho cuartos. La ciudad volvió al orden y la revuelta terminó. Pero desde esa madrugada del 14 de diciembre de 1563 el Comendador Melchor Verdugo sumó a sus innumerable hechos de armas una herida en servicio del Rey, aunque —y esto hacía reír mucho a los mercaderes— para poder fanfarronear con ella tendría antes que pasar por la humillación de mostrarla <sup>203</sup>.

## El fin del Comendador.

Cojeando, pero victorioso de sus enemigos, el Comendador Melchor Verdugo volvió a Trujillo del Perú. Era uno de los últimos descubridores que quedaban y, sin duda, el único de los que fundaron la ciudad, por ser ya fallecido Francisco de Fuentes, El Viejo. Pero a pesar de su condición privilegiada Melchor Verdugo no halló allí a ningún vecino que pudiera tenerlo por verdadero amigo. Odiado por la mayoría desde aquel día de san Quintín de 1545, no tenía para recordar con placer aquella fecha ni siquiera al cura Henao, menos aún a Lópe de Aguirre. El clérigo había sido muerto por el Sargento Mayor en la famosa entrada de Los Marañones y el Sargento Mayor acribillado a balazos por los mismos que mataron al fogoso cura Henao<sup>204</sup>. Tristes, pues, fueron los días que pasó el Comendador en Trujillo del Perú.

Felizmente para él, estos días fueron pocos. Hay indicios de que a lo largo de ellos reflexionó algo sobre su agitada y pecadora vida. Se sabe, por ejemplo, que descargó en gran parte los tributos a sus indios cajamarcas. Pero ya la fama estaba hecha y opinión de tantos años era difícil desbaratar. Al lado de su mujer, a la que parece quiso mucho, el Comendador vió aproximarse el final. Esta fue la causa por la que otorgó su testamento. El no haberse hallado este escrito siembra la incertidumbre sobre si estaba enfermo o no. Lo cierto es que otorgó su testamento y se debilitó su salud. Su mujer, cuatro parientes y acaso un perro, fueron los últimos testigos de su vida<sup>205</sup>.

Melchor Verdugo falleció en Trujillo el 12 de febrero de 1567, día de santa O'aya. Efectivamente, ante el escribano público y del Cabildo Antonio de Paz, se presentó en esa fecha el licenciado Fabricio de Godoy y le pidió le diese por testimonio "como era fallecido y pasado desta presente vida Melchor Verdugo, cauallero de la Orden de Santiago, el qual estava en su cassa hechado en su cama y le estauan amortajando"<sup>206</sup>. El escribano marchó entonces a las casas del Comendador, donde comprobó que le habían dicho la verdad. Sobre una rica cama de madera negra, Melchor Verdugo estaba "difunto y amortajado"<sup>207</sup>. Todo parecía indicar que la muerte había sido violenta y sin confesión. No le habían dicho los Jesuses ni musitado al oído el "Dios te perdone". Los vecinos de Trujillo y aún los indios cajamarcas creerían que todo era castigo de Dios. Verdad o mentira, lo cierto es que al siguiente atardecer —sin que nadie ni nada arrojase luz alguna sobre el funeral— el Comendador Melchor Verdugo y Olivares, el último de los fundadores de Trujillo, recibió sepultura en la iglesia mayor de la ciudad<sup>208</sup>.

La muerte del Comendador se prestó a muchos comentarios. Se afirmó, entre otras cosas, que antes de finar había dividido su fortuna

entre doña Jordana, su mujer, y los indios cajamarcas. Otros decían que también entraban en la herencia Antonio y Juan Verdugo, sobrinos del fallecido<sup>209</sup>. Lo de la esposa y los sobrinos era posible, pero ya lo de los indios era duro de creer. El Comendador Verdugo no era de tan cristianos gestos. Eso era burda imaginación y la imaginación a nadie convenía. Bondades de Verdugo jamás se habían conocido. Mas factible era que las viejas lo hubieran visto de noche por las calles de Trujillo —sin duda camino del infierno— montado en su caballo “Matamoros”, escoltado por su perro “El Bobo” y seguido de una legión de “encamisados”.

## Notas

<sup>1</sup> Atienza, Julio de... **Nobiliario Español**. Madrid, Industrias Gráficas, 1948. p. 1294.

Lor Verdugo de Arévalo fueron tronco de numerosas ramas avecindadas en diversas ciudades de España, desde las cuáles salieron a probar su nobleza en la Orden de Santiago (1548), y en las de Calatrava (1688 y 1756), Alcántara (1600, 1628 y 1668), Carlos III (1789) y San Juan de Jerusalem (1530, 1555, 1613, 1660, 1757, 1777, 1783 y 1798). También la probaron, y frecuentes veces, en la Real Chancillería de Valladolid y en la Real Compañía de Guardiamarinas (1792). A la rama avecindada en Carmona perteneció el Dr. D. Francisco Verdugo y Cabrera, el célebre Obispo de Huamanga (Véase: Mendiburu, Manuel de... **Diccionario Histórico Biográfico del Perú**. Lima, Imprenta Gil, 1935. T. XI, p. 298).

<sup>2</sup> Atienza, Julio de... Op. cit. pp. 22 y 23.

Cadenas y Vicent, Vicente... **Diccionario Heráldico**. Madrid, Diana Artes Gráficas, 1954, pp. 29 y 183.

<sup>3</sup> Atienza, Julio de... Op. cit. p. 1023. Los Olivares de Trasmiera, en Santander, probaron su nobleza en las Ordenes de Santiago (1639, 1641, 1645, 1700, 1712 y 1724) y San Juan de Jerusalem (1538 y 1730), y numerosas veces en la Real Chancillería de Valladolid. Sus primitivas armas fueron en campo de oro, tres fajas de gules, rodeando el todo una bordura jaquelada de azur y plata. Otros usaron en campo de plata un olivo de sinople. Es posible que el conquistador del Perú Gabriel de Olivares, uno de los apresadores de Atahualpa, fuera primo (aunque lejano) de Melchor Verdugo y Olivares, el personaje que estudiamos.

<sup>4</sup> Archivo General de Indias de Sevilla (A.G.I.) Justicia 1052 y 1125.

<sup>5</sup> A.G.I. Patronato (Pat) 97-NI-RI y Justicia 1051. Zárate, Agustín de... **Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú**. Lima, Imprenta Miranda, 1944. Lib. V, cap. XXXIII, p. 220.

Garcilaso Inca de la Vega. **Los Comentarios Reales de los Incas**. Lima, Imprenta Gil, 1945. Parte II, lib. IV, cap. XXXII. p. 159 del T. V.

<sup>6</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-R4; 107-NI-RI; 113-NI-R8; y Justicia 342. El testimonio más fidedigno es la probanza del conquistador Diego López de Zúñiga, hecha en Toledo el 14 de diciembre de 1559, época por demás incómoda para Melchor Verdugo y dentro de la cual se le exigió la máxima exactitud en sus declaraciones. Entonces declaró el abulense tener cuarenticinco años de edad, “poco más o menos”, lo que lleva a fijar el de 1514 como el año de su nacimiento. Corroborarían esta fecha la

información de García de Contreras (1540), donde se declara mayor de veinticuatro años; la de Francisco Pérez de Lezcano (1550), en la que aduce tener alrededor de treinta; y la de Juan de Barbarán, hecha en Lima en agosto de 1565, en la que sostiene haber pasado los cincuenta. Como prueba adjetiva existe una declaración de Melchor Verdugo en Madrid, el año 1547, donde al tiempo de acusar de gonzalista al conquistador Diego de Aguilera, contestó en las generales de ley haber traspuesto los treinta años.

<sup>7</sup> Ramón Folch, José Armando de... Descubrimiento de Chile y Compañeros de Almagro. Santiago de Chile, Talleres de la Editorial el Pacífico, 1954, p. 115.

<sup>8</sup> A.G.I. Justicia 439.

<sup>9</sup> Alvarez Rubiano, Pablo... Pedrarias Dávila. Madrid, Diana Artes Gráficas 1944. Cap. VII, pp. 186 y 187.

Casas, fray Bartolomé de las... Historia de las Indias. México, Gráfica Panamericana, 1951. Lib. III, cap. LXXII, p. 73 del T. III.

<sup>10</sup> Fernández de Oviedo y Valdez, Gonzalo... Historia General y Natural de las Indias. Asunción, Imprenta de la Editorial Guaranía, 1944. Parte II. Lib. X. cap. XIII, p. 186 del T. VII.

<sup>11</sup> Herrera, Antonio de... Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra firme del Mar Océano. Buenos Aires, Imprenta Continental, 1945. Década II, Lib. II, cap. IX, p. 347 del T. II. Década IV, lib. VII, cap. IX, p. 361 del T. V.

Casas, fray Bartolomé de las... Op. cit. Lib. III, cap. LXXII p. 72 del T. III.

<sup>12</sup> A.G.I. Justicia 439.

Cieza de León, Pedro... Nuevos capítulos de la Tercera Parte de la Crónica del Perú de Pedro Cieza de León (cap. XXXI) en Mercurio Peruano, Lima, julio de 1955, num. 340, p. 468.

El capitán Marcos de Isaba en su Cuerpo Enfermo de la Milicia Española (1595), establece un límite para iniciarse en la carrera militar. "El soldado —escribió—, viniendo a la guerra, no se puede admitir en ella de menos edad que veinte años: los primeros cinco aprenda a tratar sus armas, hacer sus guardias, respetar sus oficiales, obedecer las órdenes, conservar los bandos; (sólo así) de veinte años de edad, hasta veinte y cinco, ya le hemos hecho soldado". En el siglo XVII Juan Pedro Cardo insistía en la necesidad de mantener soldados (**El soldado católico que mueve dudas a su confesor**, Año 1649), explica de este modo la edad mínima: "pueden asentar plaza de soldados los que allegan a cumplir catorce años, y en esta edad, y no antes, son aptos para la guerra. De esta edad San Martín se partió de su casa a militar". Los documentos que citamos para esclarecer la situación del niño aún Melchor Verdugo nos aseguran que cuando llegó a Panamá tendría "quinze o diez y seys años". Por eso es que sus compañeros lo miraban con desdén y afirmaban que no estaba apto para la lucha, "porque al parecer no hera para ello". No hay que olvidar el viejo romance del Conde Dirlos donde se da un caso parecido:

porque Celinos es mochacho  
de quinze años y no más,  
y no es para las armas  
ni aún para pelear...

Desque fuera de veinte años  
o puesto en mejor edad,  
si estimaré su honra  
que lo pueda demandar,  
y que entonces por las armas  
cada cual defienda su parte,  
porque no diga Celinos  
que era de menor edad"

<sup>13</sup> A. G. I. Pat. 97-NI-RI.

<sup>14</sup> A. G. I. Justicia 439.

<sup>15</sup> A. G. I. Pat. 97-NI-RI.

<sup>16</sup> A. G. I. Pat. 97-NI-RI.

<sup>17</sup> A. G. I. Justicia 439.— El conquistador Juan de Mori nos dirá por este mismo tiempo que Verdugo "hera moço de poca hedad que casi no tenya barvas". El tener barba era indicio de madurez en la vida militar, motivo por el cual no se concebía un capitán lampiño. Por eso Marcos de Isaba en su "Cuerpo Enfermo de la Milicia", afirma que los capitanes deben ser barbados y de treinta años para arriba, para que "sus soldados viendo pocas barbas en el lugar de obedecer, no se vuelvan en reír y burlar". Pedro Pizarro y Melchor Verdugo eran, sin duda, los soldados más jóvenes de la hueste pizarrista, aunque el primero por quedar en San Miguel no asistió a la captura del Inca.

<sup>18</sup> Vigón, Jorge... Milicia y Regla Militar.— Madrid, Gráfica Sánchez, 1949. p. 19.

<sup>19</sup> Libro Primero de Cabildos de Lima.— Paris, Imprenta Dupont 1900. Parte III, p. 124.

Con estas sumas que constan en el Acta del Reparto que otorgara Pedro Sancho, figura Verdugo en todas las listas que hablan de Cajamarca. Su presencia en la prisión del Inca la señalan también Cieza de León y Antonio de Herrera. Más tarde hará lo mismo fray Buenaventura de Salinas en su Memorial de las Historias del Nvevo Mvndo Pirv. En todos estos testimonios Verdugo aparece como hombre de la infantería.

<sup>20</sup> Lohmann Villena, Guillermo... Índice del Libro Becerro de Escrituras, en Revista del Archivo Nacional del Perú (R.A.N.) Lima. T. XIV, entrega II, p. 215.

<sup>21</sup> Ibidem, p. 218.

<sup>22</sup> Ibidem, p. 224.

<sup>23</sup> A. G. I. Justicia 439.

<sup>24</sup> A. G. I. Pat. 97-NI-RI.

<sup>25</sup> A. G. I. Pat. 97-NI-RI.

<sup>26</sup> A. G. I. Pat. 97-NI-RI.

<sup>27</sup> Zárate, Agustín de... Op. cit. Lib. II, cap. VIII, p. 71.

<sup>28</sup> A. G. I. Pat. 109-NI-R4. Urteaga, Horacio H... y Carlos A. Romero. Fundación Española del Cusco y Ordenanzas para su Gobierno.— Lima, Imprenta Sanmartí, 1926. p. 41.

<sup>29</sup> Vargas Ugarte S. J., Rubén... La fecha de la fundación de Trujillo, en Revista Histórica, Lima, 1936, T. X, entrega II, p. 234.

<sup>30</sup> A. G. I. Pat. 97-NI-RI.— Andrés Machuca decía en 1542 sobre las casas en que vivía Verdugo: "son muy buenas y al parecer deste testigo las mejores que en esta dicha ciudad ay". Se sospecha que estaban en la Plaza, haciendo esquina con la calle que va al convento de Santo Domingo.

<sup>31</sup> A.G.I. Justicia 398 y 415. Loredó y Mendivil, Rafael... Los Repartos.— Lima, Imprenta Miranda, 1958. p. 255. En esta última obra se anota: "Caxamalca de Melchior Verdugo podrán sacar de minas de plata seis mil pesos, por lo qual (a dichos indios) se les ha de dar minero i heramientas; y demás desto hacen tapicería, dan carne, maiz i trigo i sustentan abundantemente la casa de su amo".

El documento del depósito ha sido publicado (aunque lleno de errores) en la R.A.N. tomo XV, entrega I, p. 13.

<sup>32</sup> A.G.I. Justicia 439. Fernández de Oviedo y Valdéz, Gonzalo... Op. cit. Parte II, lib. VIII, cap. XVII, p. 126 del T. XII.

Cieza de León en su Crónica del Perú (cap. LXXVII) afirma: "Esta provincia de Caxamalca es fertilísima en gran manera, porque en ella se da trigo tan bien como en Sicilia y se crían muchos ganados, y hay abundancia de maíz y otras raíces provechosas y de todas las frutas que he dicho haber en otras partes. Hay, sin esto, halcones y muchas perdices, palomas, tórtolas y otras cazas. Los indios son de buena manera, pacíficos, y unos entre otros tienen entre sus costumbres algunas buenas para pasar esta vida sin necesidad; y danse poco por honra; y así, no son ambiciosos por haberla; y a los cristianos que pasan por su provincia los hospedan y dan bien de comer, sin les hacer enojo ni mal aunque sea uno solo el que pasare. Destas cosas y otras alaban mucho a estos indios de Caxamalca los españoles que en ellos han estado muchos días. Y son de grande ingenio para sacar acequias y para hacer casas, y cultivar las tierras y criar ganados, y labrar plata y oro muy primariamente. Y hacen por sus manos tan buena tapicería como en Flandes, de la lana de sus ganados, y tar. de ver, que parece la trama della toda seda, siendo tan sólo lana. Las mujeres son amorosas y algunas hermosas. Andan vestidas muchas dellas al uso de las pallas del Cuzco. Sus templos y huacas ya están deshechos, y quebrados los ídolos; y muchos se han vuelto cristianos; y siempre están entre ellos clérigos o frailes dotrinándolos en las cosas de nuestra santa fe católica. Hubo siempre en la comarca y término desta provincia de Caxamalca ricas minas de metales". Al respecto anota el cronista: "Por encomienda la tiene el capitán Melchior Verdugo, vecino que es de la ciudad de Trujillo". En cuanto a la extensión geográfica de la encomienda todos están de acuerdo en que era enorme. Su sede era el curacazgo de Cajamarca (nombre que algunos traducen "país de las nieves"), pero en realidad abarcaba mucho más. Por el norte incluía Bambamarca ("tierra elevada") y Chonda, pueblecito que parece identificarse con la actual Chota o acaso Chontalli. Pumamarca, en cambio, a juzgar por su etimología ("país del puma") debió quedar hacia levante y se podría ubicar en Pomacocha, laguna que alimenta el río Chiriaco a la altura de Yambrasbamba, esto es, frente a la selva amazónica. Completaban el repartimiento por el sur la región de Contumazá, poblada por los mitimaes cuiשמancos que eran yungas, y finalmente Otusco y Chuco ("sombbrero viejo"), lugar este último que hasta hoy existe bajo la advocación del Apóstol Santiago (A.G.I. Justicia 398).

<sup>33</sup> Molina, Cristóbal de... Destrucción del Perú, en Las Crónicas de los Molinas (Lima, Imprenta Miranda, 1943), Prólogo de Carlos A. Romero, Epólogo de Raúl Porras Barrenechea y notas de Francisco A. Loayza, pp. 24 y 25.

Borregán, Alonso... Crónica de la Conquista del Perú.— Sevilla, Escuela de Estudios Hispano Americanos, 1948. Edición y prólogo de Rafael Loredó y Mendivil, p. 35.

López de Gómara, Francisco... Historia General de las Indias.— Barcelona, imprenta de Agustín Núñez, 1954.— Parte I, cap. CXXX, p. 221 del T. I.

Herrera, Antonio de... Op. cit. Década V, lib. VII, cap. VI, p. 22 y cap. VII, p. 24 del T. VII.

<sup>34</sup> Molina, Cristóbal de... Op. cit. pp. 26 y 27.

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. 27.

<sup>36</sup> Porras Barrenechea, Raúl... Estudio histórico del Dr. Raúl Porras Barrenechea sobre la fundación de Trujillo, en Apuntes y estudios históricos sobre la fecha de la Fundación de la ciudad de Trujillo.— Trujillo, Imprenta Comercial, 1935. p. 79.

<sup>37</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI. Pizarro, Pedro... Relación del Descubrimiento y Conquista de los Reinos del Perú.— Buenos Aires, Imprenta La Mundial, 1944. p. 160.

<sup>38</sup> A.G.I. Lima, 118.

<sup>39</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI.

<sup>40</sup> A.G.I. Pat. 93-N6-R3.

<sup>41</sup> A.G.I. Justicia 1052 y 1125.

<sup>42</sup> A.G.I. Justicia 1052 y 1125.

<sup>43</sup> A.G.I. Justicia 1052 y 1125.

<sup>44</sup> A.G.I. Justicia 1052 y 1125.

<sup>45</sup> A.G.I. Justicia 1052 y 1125.

<sup>46</sup> A.G.I. Justicia 1052 y 1125.

<sup>47</sup> A.G.I. Justicia 1052 y 1125.

<sup>48</sup> A.G.I. Justicia 1052.

<sup>49</sup> Lohmann Villaña, Guillermo... Op. cit. T. XVI, entrega I, pp. 80 y 81. En Lima, el 2 de junio de 1537, Pedro de Vergara dió poder a Verdugo para que cobrara de quién los retuviera, dos negros esclavos que se huyeron en el camino viniendo a esta ciudad desde Trujillo y los enviara consignados a Diego de Agüero. En igual fecha Pedro de Mendoza dió otro poder a Verdugo, para que cobrara de Lorenzo de Ulloa en Trujillo, 238 pesos que debía al otorgante, quien a cambio de esta cesión de deuda a Verdugo, había recibido de éste un negro.

<sup>50</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI. Borregán, Alonso... Op. cit. p. 43.

<sup>51</sup> A.G.I. Justicia 398.— Dos días despues, el 22 de mayo, tomó la posesión de los referidos naturales, sin sospechar Verdugo ni García Holguín que algunos años más tarde surgiría un ruidoso pleito entre ambos sobre aquéllos indios (ver R.A.N. tomo XV, entrega I, p. 14 y tomo IV, entrega I, p. 19).

<sup>52</sup> A.G.I. Lima, 118.

<sup>53</sup> A.G.I. Justicia 439.— Son repetidas las ocasiones en que el abulense se quejó del poco rendimiento de sus indios, a pesar de lo laboriosos que eran como se descubre a través de los cronistas. Pero Verdugo, en realidad, lo que deseaba era oro. Mas tarde se ingeniaria para alcanzarlo mediante las amenazas de entregarlos a los perros, animales por los que los indios sentían verdadero terror. No se puede negar en todo está la diabólica influencia del licenciado Espinoza, quien usó los mismos métodos para saciar su codicia. Este, en su afán de obtener oro, no solo recurrió a medios cruentos, sino que gustaba de asustar a los indios con un asno al que hacía rebuznar para que ellos creyesen que el animal enfurecido les pedía objetos del rico metal (Fernández de Oviedo, Gonzalo... Op. cit. Parte I, lib. X, cap. XIII, p. 185 del T. VII).

<sup>54</sup> Zúñiga, Francés de... Crónica de Don Francesillo de Zúñiga.— Burgos, Imprenta Aldecoa, s.a. cap. XXII, p. 38.

<sup>55</sup> *Ibidem*, cap. IX, p. 20.

<sup>56</sup> Porras Barrenechea, Raúl... *Cedulario del Perú*. Lima, Imprenta Torres Aguirre, 1948.— p. 349.

<sup>57</sup> *Ibidem*, p. 385.

<sup>58</sup> A.G.I. Justicia 439. Cieza de León, Pedro... *Guerra de Chupas*, en *Guerras Civiles del Perú* (Madrid, Librería de la viuda de Rico, s.a.). T. II, cap. XLV, pp. 159 y 160.— Según este cronista Alonso de Alvarado avisó a Verdugo a Cajamarca con Iñigo López Carrillo su plan para la revuelta, pero Verdugo "deseando estar neutral" informó de ello a García de Alvarado, "créese que por tener la intención que decimos". Antonio de Herrera (Década VI, lib. X, cap. XI), sostiene lo mismo.

<sup>59</sup> A.G.I. Justicia 439.— Iñigo López Carrillo, el fiel mensajero de Alonso de Alvarado, nunca perdonó a Verdugo esta mala acción y en cuantas ocasiones tuvo de decirlo se dió el gusto de hacerlo, acusándolo de traidor al Rey en informaciones y probanzas.

<sup>60</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI y Justicia 439. Porras Barrenechea, Raúl... *Cartas del Perú*. Lima, Empresa Editora Peruana, 1959. Carta 288, p. 437.

Vaca de Castro a la sazón creía que Melchor Verdugo estaba en Cajamarca, con cuarenta soldados leales, en una fortaleza que para defenderse de los almagristas había hecho construir o reparar. Así lo hizo constar en la carta que escribió al Emperador, fechada en Quito el 15 de noviembre de 1541.

<sup>61</sup> A.G.I. Justicia 439.

<sup>62</sup> A.G.I. Justicia 439.— Sobre la indemnización en caso de adulterio trata ampliamente la *Recopilación de las Leyes de los Reinos de las Indias* (Madrid, Gráfica Ultra, 1943), T. II, lib. VII. Tit. VIII, Ley IV, p. 379.— Véase también la *Historia del Derecho Español de Salvador Minguijón* (Barcelona, Imprenta Ibero-Americana, 1943), cap. IX, pp. 198 y 199.

<sup>63</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI.

<sup>64</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI y Pat. 113-NI-R8; Justicia 439.

Garcilaso Inca de la Vega.— *Op. cit.* Parte II, lib. III, cap. XVIII, p. 291 del T. IV. Zárate, Agustín de... *Op. cit.* lib. IV, cap. XX, p. 142. La fuga por cobardía durante la batalla era considerada entonces como delito contra el honor militar y moralmente como pecado gravísimo.

<sup>65</sup> A.G.I. Justicia 398.— Vaca de Castro dió a Hernando de Alvarado en el Cusco el 19 de octubre de 1543 ciertos indios de Pumamarca, Bambamarca y el Chondal, mermando así en una tercera parte los que tenía Melchor Verdugo. Vaca de Castro, luego de hacer visitar a los cajamarcas por Cristóbal de Barrientos, decidió repartirlos para premiar así a Hernando de Alvarado sus servicios en las conquistas de Moyobamba y Chachapoyas y su valerosa actuación en la batalla de Chupas. Los indios que se quitaron a Verdugo incluían Huamachuco y rendían hasta seis mil pesos de tributo (véase: Loredó y Mendivil, Rafael... *Op. cit.* p. 255).

<sup>66</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI.

<sup>67</sup> A.G.I. Justicia 1125.

<sup>68</sup> Zárate, Agustín de... *Op. cit.* lib. V, cap. II, p. 148.

<sup>69</sup> El bufón Francesillo de Zúñiga en su jocosa Crónica, luego de mofarse del Virrey Núñez Vela (cap. XV) lo hace repetidas veces de fray Pedro Verdugo, como puede apreciarse en los capítulos LII, LXXV y LXXXIX, haciéndole tan solo una mención honrosa, por lo inofensiva, en el capítulo LXXXI. Este fray Pedro era gran intercesor de Melchor Verdugo y persona muy influyente en la corte imperial.

<sup>70</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI.

<sup>71</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI.

<sup>72</sup> A.G.I. Justicia 439. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Historia de las Guerras Civiles del Perú.— Madrid, Imprenta de Idamor Moreno, 1904, lib. I, cap. XXXIV, p. 296 del T. I.

<sup>73</sup> A.G.I. Justicia 439. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. I, cap. XXXVI, pp. 317 y 318 del T. I; y lib. II, cap. XLVII, p. 412 del T. II. Zárate, Agustín de... Op. cit. lib. V, cap. XXXIII, p. 220.

<sup>74</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI. Cieza de León, Pedro... Guerra de Quito, cap. LXIV, en Historiadores de Indias.— Madrid, imprenta Bailly Bailliere, 1909, t. II, p. 68. Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VII, lib. VIII, cap. XII, p. 194 del T. IX.

<sup>75</sup> Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. I, cap. L., p. 441 del T. I. Zárate, Agustín de... Op. cit. lib. V, cap. XXXIII, p. 221. Pizarro Pedro... Op. cit. p. 181.

<sup>76</sup> A.G.I. Justicia 439. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVII, p. 412 del T. II.

<sup>77</sup> Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVII, p. 412 del T. II.

<sup>78</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI.

<sup>79</sup> A.G.I. Justicia 439.

<sup>80</sup> A.G.I. Justicia 439. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVII, p. 412 del T. II y lib. III, cap. I, p. 13 del T. III. Según Cieza en su "Guerra de Quito" (cap. CLXX), Verdugo había tratado de matar a Carbajal, comprometiendo antes para ello al capitán Pedro de Vergara mediante una carta que le envió con el clérigo Alonso de Henao.

<sup>81</sup> Ibidem. Cuentan que por salvar la vida Verdugo entregó a Carbajal entonces dos mil ducados de buen oro.

<sup>82</sup> Ibidem. Zárate, Agustín de... Op. cit. lib. V., cap. XXVII, p. 208 y cap. XXXIII, p. 221. Este último autor rechaza la idea del entendimiento y acepta la de una confiscación por estar Verdugo ausente.

<sup>83</sup> Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVII, p. 413 del T. II.

<sup>84</sup> A.G.I. Justicia 439. Cieza ofrece una visión corta y completa del día de San Quintín en sus Guerras de Chupas, cap. VLXXIII.

<sup>85</sup> Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVII, pp. 413 y 414 del T. II.

Zárate, Agustín de... Op. cit. lib. V, cap. XXXIII, p. 221.

<sup>86</sup> Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... lib. II, cap. XLVII, pp. 414 y 415 del T. II.

<sup>87</sup> Ibidem. Garcilaso Inca de la Vega.— Op. cit. Parte II, lib. IV, cap. XXXII, p. 160 del T.V.

<sup>89</sup> Albenino, Nicolao... Verdadera relación de lo sucedido en los Reynos e provincias del Perú desde la yda a ellos del Virey Blasco Nuñez Vela hasta el desbarato y muerte de Gonçalo Piçarro".— Paris, edición del Instituto de Etnología, 1930.— (p. 49).— Cuenta en esta crónica Albenino el alzamiento de Verdugo, el último día de octubre, y añade: "En este alzamiento de Melchior Verdugo fue (sic) yo su prisionero aunque no tengo que quejarme del porque me hizo toda cortesía y antes me favoreció que no me agravió en cosa" (p. 50). El Palentino (Parte I, lib. I, cap. XLIX) sostiene que fueron hasta veinte los apresados por Verdugo, mas no hace mención a la "cortesía" gastada con los cautivos.

<sup>90</sup> Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVII, pp. 415 y 416 del T. II.

<sup>91</sup> Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVII, pp. 416 y 417 del T. II.— Garcilaso Inca de la Vega. Op. cit. Parte II, lib. IV, cap. XXXII, p. 169 del T. V.

<sup>92</sup> Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit., lib. II, cap. XLVII, pp. 417 y 418 del T. II.— Fernández, el Palentino, Diego... Historia del Perú. Madrid, Imprenta Pérez de Velasco, 1913. Parte I, lib. I, cap. XLIX, p. 235 del tomo I.— Zárate, Agustín de... Op. cit. lib. V, cap. XXXIII, p. 222.

<sup>93</sup> A.G.I. Justicia 425.

<sup>94</sup> A.G.I. Justicia 425.— La apropiación de los cofres costó a Verdugo un larguísimo y enojoso pleito con el fiscal de la Audiencia de Lima, pues alegaba éste que tales cofres —por haber sido condenado a muerte y pérdida de bienes su propietario Bachicao— pertenecían al Rey. Algunos cronistas (Oviedo, Gutiérrez de Santa Clara) sostienen que los cofres los tomó Verdugo de un navío que topó en su viaje a Nicaragua, pero es noticia errónea emanada de una misma fuente. Doña Ana de Cáceres vió los cofres en Trujillo, estando presente Verdugo, y comprobó que estos eran ocho o nueve, "tumbados de los de flandes llenos de Ropas hechas de hombres de su persona (de Hernando de Bachicao) Riquisimos de todas suertes de sedas de colores e con muy Ricas guarniciones como Ropas de caualleros muy galanas y que entre los dichos cofres venya el uno dellos lleno de pieças de seda de todas sedas entre terçiopelos y damascos e Rassos e tafetanes negros e de colores que lo más dello hera colores e que también venya en ellos cantidad de olandas e Ruanes... e que lo demás de los cofres heran Ropas jubones e calças muy Ricas... e que también venia en los dichos cofres un manto de terçiopelo aforrado en rraso morado con un pasamano de oro el qual oyo esta testigo dezir que el dicho comendador Verdugo lo dió en nycaragua A una muger". La apreciación no puede ser más femenina, pero lo interesante de ella es que se hizo en Trujillo. Lo verosímil es que allí estaban los cofres en depósito, pues el navío que los traía arribó a Huan-chaco en muy malas condiciones. Verdugo, según los documentos, se apropió de estos cofres que había traído el navío, mas no los tomó en alta mar.

<sup>95</sup> A.G.I. Justicia 425.

<sup>96</sup> A.G.I. Justicia 425.

<sup>97</sup> A.G.I. Justicia 425.

<sup>98</sup> A.G.I. Justicia 425 y Pat. 97-NI-RI.

<sup>99</sup> A.G.I. Justicia 425.

<sup>100</sup> A.G.I. Justicia 425.

<sup>101</sup> A.G.I. Justicia 425.

<sup>102</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVII, pp. 418 y 419 del T. II. Este último cronista relata la despedida de Verdugo en los siguientes términos: "Llegado al puerto se embarcó con veynte y cinco arcabuzeros y cinco vezinos de la cibdad que eran grandes seruidores de Su Magestad, que se quisieron yr con él, dexando a los presos en tierra, y les dixo que haziendose a la vela se tornassen y la tuuiesen (a la ciudad) por el rey hasta que el Visorrey viniesse por allí, y las prisiones que dexaua las diessen para la cárcel pública porque serian menester para en algún tiempo". Según Antonio de Herrera, Verdugo partió presto porque se enteró que el Alcalde de Trujillo, Pedro González, (al que no pudo apresar) había llamado en su ayuda al capitán Juan Pérez de Guevara con las tropas de San Miguel. No llegó a tiempo el capitán Guevara.

pero para castigar a Verdugo salió del mismo Trujillo Juan de Sandoval, seguido por muchos gonzalistas, mas cuando pisó Huanchaco solo pudo avistar de lejos el "Santiago" que estaba entrando en alta mar. (Década VII, lib. X, cap. XX). El polentino cuenta que Verdugo zarpó con 20 soldados (Parte I, lib. I, cap. XLIX), pero Cieza en su Guerra de Quito los hace llegar a 33 (cap. CLXXIII), en lo cual coincide casi con Gutiérrez de Santa Clara (lib. II, cap. XLVII), el que dice fueron 30. Como prisioneros iban con Verdugo, García Holguín y Cristóbal de Angulo, así como dos mercedarios gonzalistas llamados fray Gonzalo y fray Pedro.

<sup>103</sup> A.G.I. Justicia 439. Véase también: Cieza de León, Pedro... Guerra de Quito, cap. CXCVIII.

<sup>104</sup> Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVI, p. 421 del T. II.

<sup>105</sup> A.G.I. Justicia 439.— Existía, sin duda, un parentesco entre los Henao y los Verdugo como se evidencia en la persona de Hernando Verdugo y Henao, quien el 2 de junio de 1539 fue nombrado Procurador del Cabildo de Lima para gestionar mercedes antes el Rey. Otro soldado, llamado Sancho de Henao, estuvo al lado de Melchor Verdugo, desde el día de San Quintín. El clérigo Alonso, pues, debió ser más que amigo del conquistador. Sabemos que comenzó su ministerio en Lima el 26 de junio de 1540, en la parroquia del Sagrario, como ayudante del vicario y cronista Cristóbal de Molina. En breve se granjeó las simpatías de éste, llegando a desplazar a otros clérigos, sus ayudantes. Así permaneció hasta julio de 1543, fecha en la que cesa de figurar en los bautizos para aparecer luego en la ciudad de Trujillo como contador, o algo parecido, de Melchor Verdugo. Debió ser buen matemático, no en vano éste lo llevó consigo a Nicaragua con cargo de apuntar en un libro los gastos y confiscaciones de la rebelión. Convertido en consejero y confidente de Verdugo, tornó al Perú posiblemente con el Presidente Gasca, encontrándosele años más tarde en la famosa expedición de los Marañones.

<sup>106</sup> Vázquez, Francisco... Jornada de Omagua y Dorado.— Buenos Aires, imprenta de la Compañía Fabril Financiera, 1945. p. 166.

<sup>107</sup> *Ibidem*, p. 167.

<sup>108</sup> *Ibidem*, pp. 120 y 168.

<sup>109</sup> A.G.I. Justicia 439.

<sup>110</sup> A.G.I. Justicia 439.

<sup>111</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI y 107-NI-RI. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVI, pp. 422 y 423 del T. II. Por varios documentos se descubre que quien quería tomar el mando de las tropas de Verdugo en Nicaragua era el segoviano Rodrigo de Contreras, alegando conocer mejor la gente y tener más méritos para conducirla. Pero Verdugo se dió maña para que la Audiencia de los Confines lo reconociera capitán en Gracias a Dios el 16 de marzo de 1546. Por eso, aunque Contreras solicitó el mando a gritos a los Oidores cuando la defensa del Realejo, el abulense fue el único caudillo de la empresa. Este hecho poco conocido, fue uno de los motivos que impulsó a la famosa rebelión de los Contreras cuando el regreso del Presidente Gasca. Véase también: Cieza de León, Pedro... Guerra de Quito, Cap. CXCVIII.

<sup>112</sup> Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVI, p. 424 del T. II.

<sup>113</sup> *Ibidem*, lib. II, cap. XLVII, p. 427 del T. II.— Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VIII, lib. I, cap. IX, p. 334 del T. X.

- <sup>114</sup> Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVII, pp. 428 y 429 del T. II.
- <sup>115</sup> *Ibidem*, lib. II, cap. XLVII, p. 429 del T. II.
- <sup>116</sup> *Ibidem*, lib. II, cap. XLVII, p. 431 del T. II.
- <sup>117</sup> *Ibidem*, lib. II, cap. XLVII, p. 430 del T. II.
- <sup>118</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI.— Zárate, Agustín de . . . Op. cit. lib. V, cap. XXXIII, pp. 220 a 222.
- <sup>119</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVII, pp. 431 y 432 del T. II.— Fernández, el Palentino, Diego... Op. cit. Parte I. lib. I, cap. XLIX, p. 237 del T. I.
- <sup>120</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI y Justicia 425.
- <sup>121</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI y Justicia 425.
- <sup>122</sup> Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVII, pp. 432 y 433 del T. II.
- <sup>122-a</sup> *Ibidem*, lib. II, cap. XLVIII, p. 434 del T. II.
- <sup>123</sup> *Ibidem*, lib. II, cap. XLVIII, p. 434 del T. II.
- <sup>124</sup> *Ibidem*, lib. II, cap. XLVIII, p. 435 del T. II.— Garcilaso Inca de la Vega. Op. cit. Parte II, lib. IV, p. 161 del T. V.
- <sup>125</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI.
- <sup>126</sup> Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVIII, p. 435 del T. II.
- <sup>127</sup> Fernández, el Palentino, Diego... Op. cit. Parte I. lib. II, cap. XIX, p. 101 del T. II.
- <sup>128</sup> A.G.I. Justicia 439. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVIII, p. 435 del T. II.
- <sup>129</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVIII, pp. 435 y 436 del T. II.— Fernández de Oviedo, Gonzalo... Op. cit. Parte II lib. IV, cap. IV, p. 108 del T. XI.
- <sup>130</sup> Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVIII, pp. 436 y 437 del T. II.
- <sup>131</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI. Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VIII, lib. I, cap. IX, p. 335 del T. X.
- <sup>132</sup> A.G.I. Pat. 95B-R4, 97-NI-RI y 102-NI-R 12.
- <sup>133</sup> *Ibidem*.
- <sup>134</sup> Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. Lib. II, cap. XLVIII, p. 437 del T. II.
- <sup>135</sup> *Ibidem*, lib. II, cap. XLVIII, p. 438 del T. II y A.G.I. Pat. 97-NI-RI.
- <sup>136</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI; 95B-R4; 102-NI-R 12; y Justicia 439 y 1051. Véase también: Cieza de León, Guerra de Quito, cap. CCXIX.— Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVIII, p. 438 del T. II.— Gran parte del pánico despertado en la población se debió a que confundieron a los "encarnisados" con franceses, según confesaron más tarde el capitán Mejía de Guzmán y su suegro Pedro Luis de Cabrera.
- <sup>137</sup> Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVI, p. 420 del T. II.— Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VIII, lib. II, cap. IV, p. 361 del T. X.
- <sup>138</sup> López de Gómara, Francisco.. Op. cit. Parte I, cap. CLXIX, p. 289 del T. I.
- <sup>139</sup> Fernández, el Palentino, Diego... Op. cit.

<sup>140</sup> Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVIII, p. 439 del T. II.— A.G.I. Justicia 1051.— Zárate, Agustín de... Op. cit. lib. V, cap. XXXIII, p. 223.

<sup>141</sup> Fernández, el Palentino, Diego... Op. cit. Parte I, lib. II, cap. XIX, p. 102 del T. II.— A.G.I. Pat. 97-NI-RI y Justicia 1051.— Respecto a la casa del rico mercader discrepan los escritos sobre el nombre de su propietario. Agustín de Zárate lo hace apellidar Zabala y Gómara Areiza, pero otros escritos hablan de Ariza, Arizabal y Arizabalo, todo lo cual nos lleva a una sola conclusión. El mercader era vizcaino y, de acuerdo a la costumbre de Vizcaya, gustaba de añadir a su apellido otros fragmentados o incompletos.

<sup>142</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI y Justicia 1051.

<sup>143</sup> A.G.I. Justicia 1051 y Pat. 97-NI-RI.

<sup>144</sup> A.G.I. Justicia 1051 y Pat. 97-NI-RI.

<sup>145</sup> A.G.I. Justicia 1051 y Pat. 97-NI-RI.

<sup>146</sup> A.G.I. Justicia 1051 y Pat. 97-NI-RI.

<sup>147</sup> A.G.I. Justicia 1051 y Pat. 97-NI-RI.

<sup>148</sup> A.G.I. Justicia 1051 y Pat. 97-NI-RI.

<sup>149</sup> Fernández, el Palentino, Diego... Op. cit. Parte I, lib. II, cap. XIX, p. 103 del T. II.— Véase también: Cieza de León, Guerra de Quito, cap. CCXX.

<sup>150</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI y 98-N4-RI. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLIX, pp. 446 a 449 del T. II.— Fernández, el Palentino, Diego... Op. cit. Parte I, lib. II, cap. pp. 106 y 107 del T. II.— Garcilaso Inca de la Vega. Op. cit. Parte II, lib. IV, cap. XXXII, p. 162 del T. V.

<sup>151</sup> *Ibidem*.— A.G.I. Justicia 1051.— Zárate, Agustín de... Op. cit. lib. V, cap. XXXIII, p. 223.— Cuentan que el Gobernador Ribera envió a parlamentar con Verdugo a Antonio de Medina y a Martín Ruiz de Marchena, pero el abulense temió un ardid y no llegó a mostrarles las provisiones de la Audiencia de Guatemala. Medina insistió imprudentemente y entonces Verdugo echando mano a una daga lo hizo huir apresuradamente. Con la vuelta de los parlamentarios se deshechó toda posibilidad de entendimiento y entonces fue que empezó la lucha.

<sup>152</sup> A.G.I. Justicia 1051. Zárate, Agustín de... Op. cit. lib. V, cap. XXXIII, p. 223.

<sup>153</sup> *Ibidem*. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLIX, p. 450 del T. II.

<sup>154</sup> Vázquez, Francisco... Op. cit. p. 121.— A.G.I. Justicia 1051 y Pat. 97-NI-RI.— López de Gómara, Francisco... Op. cit. Parte I, cap. CLXIX, pp. 288 y 289 del T. I.— Garcilaso Inca de la Vega. Op. cit. Parte II, lib. IV, cap. XXXII, p. 162 del T. V.— Fernández, el Palentino, Diego... Op. cit. Parte I, lib. II, cap. XX, p. 107 del T. II.— Zárate, Agustín de... Op. cit. lib. V, cap. XXXIII, p. 224.— Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VIII, lib. II, cap. IV, p. 362 del T. X.

<sup>155</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI y Justicia 1051.

<sup>156</sup> Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. IV, cap. V, p. 43 del T. IV.

<sup>157</sup> Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLIX, p. 451 del T. II.

<sup>158</sup> Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. IV, cap. V, pp. 44 y 45 del T. IV.— Zárate, Agustín de... Op. cit. lib. VI, cap. VI, p. 248.— Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VIII, lib. II, cap. V, p. 363 del T. X.

<sup>159</sup> López de Gómara, Francisco... Op. cit. Parte I, cap. CLXXV, pp. 299 y 300 del T. I.

<sup>160</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI.— Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. IV, cap. VII, pp. 59 a 61 del T. IV.— Véase también: Cieza de León, Guerra de Quito, caps. CCXXI y CCXXII.

<sup>161</sup> Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. IV, cap. VII, p. 60 del T. IV.

<sup>162</sup> Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. IV, cap. VII, p. 62 del T. IV.

<sup>163</sup> Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. IV, cap. VII, pp. 60 a 63 del T. IV.— A.G.I. Pat. 97-NI-RI; 102-NI-R 12 y 103A-NI-R8; y Justicia 1051.

La suerte de los "encamisados" fue muy irregular. La mayor parte de ellos pasó al Perú a raíz de la última arenga de Verdugo, vale decir, el 3 de agosto de 1546. Pasaron con el capitán Rodrigo de Esquivel y el Alférez Juan Vasco en la hizo que se evitaran choques a mano armada. De esta manera, revueltos los unos Armada de Pedro de Hinojosa. Esto hizo que los soldados de Hinojosa tuvieran más de un roce con los "encamisados", pero la prudente dirección de Pedro Gasca con los otros, los "encamisados" llegaron hasta Jaquijahuana. Después de la revuelta de Girón algunos "encamisados" partieron con Pedro de Ursúa a la expedición de Omagua y Dorado. Lope de Aguirre y el clérigo Henao eran los más entusiastas de esta hueste.

Alonso de Henao, el mismo día de la despedida de Verdugo a sus hombres (3 agosto-1546), recibió del abulense un poder para encargarse de los bienes de Verdugo en el Perú, especialmente de los tributos de indios. Fueron testigos de este escrito el capitán Rodrigo de Esquivel, Alonso de Arcos y Diego Ortiz, actuando de escribano el buen Perálvarez. El 14 de ese mes Henao tuvo el descaro de presentarse ante el Gobernador Ribera, reclamando ante él cierta deuda del mercader Juan de Cantillana a Melchor Verdugo, exhibiendo para ello el citado poder. Parece que Ribera se indignó con la desfachatez del clérigo, pero por asistirlo la protección del Presidente tuvo que obliigar a Cantillana a satisfacer la deuda.

<sup>164</sup> A.G.I. Justicia 425.— Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. IV, cap. VII, pp. 63 y 64 del T. IV.— Borregán, Alonso... Op. cit. pp. 66 y 68. Se culpó también a Verdugo de haber sido causa del asesinato de Vela Nuñez (el hermano de Blasco Nuñez Vela), victimado en represalia por los gonzalistas del Perú al saber los daños que les ocasionara el abulense.

<sup>165</sup> A.G.I. Justicia 352 y 425. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. IV, cap. VII, pp. 63 y 64 del T. IV.— Verdugo estuvo en Madrid en 1547, año en que declaró furibundo contra el conquistador y vecino de Trujillo Diego de Aguilera, acusándolo de haber sido Alcalde puesto por los gonzalistas, de haber prendido a Nuñez Vela en Lima y de fabricar arcabuces para los enemigos del Rey. Aguilera, que según Verdugo había planeado asesinar a Nuñez Vela, abandonó el Perú después de vender sus indios a Gómez de Solís, el maestresala de Gonzalo Pizarro.

En cuanto al hábito de la Orden de Santiago, debió de otorgársele con posterioridad al 8 de julio de 1548, pues en esta fecha todavía se le da el tratamiento de capitán y no el de Comendador.

<sup>166</sup> Cela, Camilo José... Avila. Barcelona, imprenta Vélez, 1960. p. 11.

<sup>167</sup> R.A.N. tomo IV, entrega I, p. 20, nota 4.

<sup>168</sup> Garcilaso Inca de la Vega. Op. cit. Parte II, lib. IV, cap. XXXI, p. 155 del T. V.

<sup>169</sup> A.G.I. Justicia 425 y 439. Existen sospechas sobre que para solucionar el problema de sus indios, lograr perdón de lo pasado y obtener licencia para volver al Perú, Melchor Verdugo viajó hasta Augsburgo a pedirselo personalmente al Emperador. Una cédula fechada allí el 8 de julio de 1548, parece así afirmarlo. Esto fue, posiblemente, lo que más influyó en los tercetos Consejeros haciéndolos ceder al fin. Pero Verdugo no se había contentado con sólo esto. Quería también ser premiado por sus muchos servicios y por considerarlos importantes pedía el título de Adelantado de Cajamarca y la posesión de 12.000 indios casados; la perpetuidad de éstos nativos con jurisdicción civil y criminal; la administración de las minas del Perú y el Alguacilazgo mayor de la Audiencia de Lima. La Corona pidió entonces la opinión de Gasca, la que resultó totalmente negativa. No en vano Verdugo lo había calumniado ante el Emperador, culpándolo de abusivo e informal.

<sup>170</sup> Cuando partió Melchor Verdugo de Castilla sus indios rentaban 80,000 ducados de buen oro, suma que el abulense consideraba corta para compensar los 100.000 que decía haber gastado en su lucha contra el Gran Gonzalo. Parece que este viaje de vuelta lo hizo por la vía de Nueva España, lo que le valió ser acusado después por el Fiscal de Indias de haber recibido allí, con fraude y clandestinamente, el hábito de la ecuestre y militar Orden de Santiago.

<sup>170-a</sup> A.G.I. Justicia 398, 425 y 439.— En octubre de 1550, apenas entendieron los vecinos de Trujillo el retorno de Verdugo, mandaron abrir ciertas informaciones sobre los muchos males que el abulense había hecho a la ciudad. Declararon en ellas contra el Comendador, Blas de Atienza, Anton Cuadrado, Alonso Gonzalez, Pedro de Ojeda, Andrés Hernández de Badajoz, Francisco Flórez, Rodrigo Lozano, Andrés Chacón, García Holguín y Luisa Hernández, la mujer de Francisco Luis de Alcántara. Noticiado Verdugo de éstos manejos abrió probanza en Lima (30-X-1550) y en ella hizo declarar a Lorenzo de Ulloa, el único de los vecinos de Trujillo que a elló se prestó. No en vano ya se rumoreaba que Ulloa le había comprado muchos bienes a Verdugo cuando marchó a Nicaragua, para salvarlos así de la confiscación gonzalista. Los otros testigos fueron varios "encamisados" que a la sazón estaban en Lima. Pero mientras esto ocurría, Rodrigo Lozano pleiteaba a Verdugo la posesión del curaca Huamán, señor del pueblo de Chichi, al norte del río Chimo. Verdugo, entonces, trató de probar que siempre ese curaca había sido suyo, por ser el sucesor de Chicamanaque, señor de Chonguco. Pero su argumento ayudó a Lozano, quién demostró que no era así, por quedar Chonguco al sur del río Chimo. Verdugo fue obligado a pagar los gastos y costas del juicio y, lo que fue más, entregar personalmente el curaca Huamán a Rodrigo Lozano. Habiendo luchado contra éste último desde que llegó a Lima (mayo de 1550), todo terminó en un fracaso ruidoso y humillante para el Comendador. Después culpaba de él a Peralvarez, su antiguo "encamisado", que había llegado a Procurador en la Audiencia de Lima, a quien había confiado la defensa de su causa.

<sup>171</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI.

<sup>172</sup> Garcilaso Inca de la Vega.— Op. cit. Parte II, lib. VI, cap. XVII, p. 77 del T. VI.

<sup>173</sup> Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VIII, lib. VII, cap. XV, p. 205 del T. X.— Riva Agüero, José de la... Por la Verdad, la Tradición y la Patria.

Lima, imprenta Torres Aguirre, 1937. p. 30.— Vargas Ugarte, S.J., Rubén... Historia del Perú (1551-1600). Lima, imprenta de A. Baiocco y Cía., 1949. cap. I, p. 30.— A.G.I. Pat. 97-NI-RI.

<sup>174</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI.

<sup>175</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI y 107-NI-RI.— Garcilaso Inca de la Vega. Op. cit. Parte II, lib. VII, cap. VII, p. 163 del T. VI.— Riva Agüero, José de la... Op. cit. p. 36.

<sup>176</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI; 98-N4-RI y 107-NI-RI.— Riva Agüero, José de la... Op. cit. p. 36.— Vargas Ugarte, S.J., Rubén... Op. cit. cap. II, p. 45.

<sup>177</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI y 107-NI-RI. Riva Agüero, José de la... Op. cit. p. 36.— Vargas Ugarte, S.J. Rubén... Op. cit. cap. II, p. 45. El hermano de Diego de Mora preso por Verdugo en la revuelta del año 45 lo fue Marcos de Escobar (ver: Cieza de León, Pedro... Guerra de Quito, cap. CLXXIII). Este Escobar era vecino de Trujillo desde 1538, sabía firmar, presumía de haberse batido bizarramente en Chupas y confesaba ser nacido por 1512.

<sup>178</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI y Justicia 439.

<sup>179</sup> A.G.I. Pat. 97B-NI-R6 y 98-N4-RI.

<sup>180</sup> A.G.I. Justicia 439 y Pat. 97-NI-RI.

<sup>181</sup> Cieza de León, Pedro... La Crónica del Perú.— Buenos Aires, imprenta de la Compañía General Fabril Financiera, 1945. cap. LXXVII, p. 213.

<sup>181-2</sup> Ibidem, p. 216.— A.G.I. Pat. 97-NI-RI.— Fernández de Oviedo, Gonzalo... Op. cit. Parte II, lib. VIII, cap. IX, p. 34 del T. XII.— Baudin, Louis... El Imperio Socialista de los Incas. Santiago de Chile, imprenta Zig-Zag, 1955. Cap. IX, p. 255.

<sup>182</sup> A.G.I. Pat. 97-NI-RI.

<sup>183</sup> A.G.I. Justicia 439.

<sup>184</sup> A.G.I. Justicia 439.

<sup>185</sup> A.G.I. Justicia 439.— A Melchor Verdugo se le acusó también de vengativo con ocasión de que ciertos indios suyos fueron a Lima a quejarse a los Oidores. Entonces los apresó a su vuelta y pretextando que habían practicado hechicerías los cargó de cadenas, haciéndolos así pasear por los pueblos de su encomienda como caso ejemplarizador.

<sup>186</sup> A.G.I. Justicia 439 y Pat. 97-NI-RI.

<sup>187</sup> Riva Agüero, José de la... Op. cit. p. 50.— Vargas Ugarte, S.J., Rubén... Op. cit. cap. III, p. 78.

<sup>188</sup> A.G.I. Pat. 107-NI-RI.— Vargas Ugarte, S.J., Rubén... Op. cit. cap. III, p. 78.— La amistad de Verdugo y López de Zúñiga comenzó cuando la defensa del Realejo. Entonces Zúñiga, que había escapado del Perú, ofreció su espada a Verdugo y juntos pelearon contra Palomino.

<sup>189</sup> A.G.I. Justicia 776 y 1081.— Borregán, Alonso... Op. cit. p. 95.— Riva Agüero, José de la... Op. cit. p. 56.— Vargas Ugarte, S.J., Rubén... Op. cit. cap. III, p. 115.

<sup>190</sup> A.G.I. Justicia 776 y 1081.

<sup>191</sup> A.G.I. Justicia 776.

<sup>192</sup> A.G.I. Justicia 776.

<sup>193</sup> A.G.I. Justicia 776.

<sup>194</sup> A.G.I. Justicia 1081.

<sup>195</sup> A.G.I. Justicia 1081.— Por confiscación de los tributos de Cajamarca la Audiencia de Lima dió por cancelada la deuda en 1560, por lo que desde Madrid el 16 de octubre del año siguiente recién Verdugo se consideró libre de ella.

<sup>196</sup> A.G.I. Justicia 1081 y Lima 568.

<sup>197</sup> Garcilaso Inca de la Vega.— Op. cit. Parte II, lib. V, cap. II, p. 219 del T. V.

<sup>198</sup> *Ibidem.*

<sup>199</sup> *Ibidem.*

<sup>200</sup> A.G.I. Lima 568.

<sup>201</sup> A.G.I. Lima 568.

<sup>201</sup>—\* Ortiguera, Toribio de... *Jornada del Río Marañón*, cap. LV, en *Historiadores de Indias*.— Madrid, imprenta Bailly Bailliere e Hijos, 1909.— T. II, p. 403. Este Sebastián de Santisteban —como bien lo ha hecho ver Héctor López Martínez en su obra aún inédita "Francisco Hernández Girón, el último de los Caudillos"— había sido el causante de grandes alborotos en el Cusco. Santisteban, precisamente, fue el origen del primer amotinamiento de Girón contra el Corregidor Saavedra, motivo por el cual más tarde fue desterrado del Perú.

<sup>202</sup> A.G.I. Panamá 39; Pat. 108-NI-R6 y 150-N 14-R5.

<sup>203</sup> A.G.I. Panamá 39; Pat. 108-NI-R6 y 150-N 14-R5.

<sup>204</sup> Vázquez, Francisco... Op. cit. pp. 82, 163 y 164.— Ortiguera, Toribio de... Op. cit. caps. XXVI, XXXVII y LIV.— Simón, fray Pedro... *Historial de la expedición de Pedro de Ursúa al Marañón y de las aventuras de Lope de Aguirre*.— Lima, imprenta Sanmarti, 1942. cap. XXII, p. 79 y cap. LI, p. 178. La muerte del clérigo Henao por Lope de Aguirre la cuenta Francisco Vázquez en los siguientes términos: "y de camino, antes de llegar a la posada de su Príncipe mató este cruel tirano, con sus propias manos, a un clérigo de misa, llamado Alonso de Henao, el cual halló echado en su cama y le dió una estocada que le pasó todo el cuerpo y la cama, hasta hincar la espada en la barbacoa".

<sup>205</sup> A.G.I. Justicia 415 y 568.— La última vez que estuvo Verdugo en Lima fue en agosto de 1565, fecha en que declaró en una probanza de los descendientes de Juan de Barbarán.— Los parientes del Comendador que espectaron su muerte lo fueron sus sobrinos Juan y Antonio Verdugo, que habían pasado al Perú en virtud de real licencia fechada en Toledo le 19 de diciembre de 1559; y Estefanía Verdugo, igualmente sobrina del abulense, la cual estaba casada con el licenciado Fabricio de Godoy. Juan Verdugo (que ya había estado antes en el Perú y tornó a España con su tío), fue Regidor de Lima, donde casó con Beatriz Medel y Salazar, padres de Elvira Verdugo y Medel, encomendera de Cajamarca y mujer del poeta limeño Sancho de Ribera y Bravo de Lagunas. La descendencia de este último enlace ha sido ampliamente estudiada por José de la Riva Agüero en su obra *El Primer Alcalde de Lima Nicolás de Ribera, el Viejo, y su posteridad* (Lima, imprenta Gil, 1935; pp. 60, 65 y 69).

<sup>206</sup> A.G.I. Justicia 415.

<sup>207</sup> A.G.I. Justicia 415.

<sup>208</sup> A.G.I. Justicia 415 y 1051.— Doña Jordana, un año después del fallecimiento de su esposo, sostuvo un pleito muy reñido con doña Beatriz de Isásaga, la viuda de García Holguín. En realidad no era sino la continuación de otro que en vida llevaron sus maridos sobre los indios de Bambamarca, Pumamarca y el Chondal, que por ausencia de Verdugo los llegó a entregar Gasca a Holguín supeditando la merced a que Verdugo no trajera confirmación del Rey. Efectivamente, el

abulense no trajo la confirmación real cuando volvió al Perú, más aún, por cédula fechada en Ponferrada el 13 de junio de 1554 la Corona mandó a la Audiencia quitase los indios a Verdugo y los entregase definitivamente a Holguín (como había sido deseo del Emperador en una carta que escribió en Bruselas el 13 de marzo del año anterior); pero el Comendador, ni tardo ni perezoso, había ya hecho valer una cédula otorgada en Augsburgo el 8 de julio de 1548, por la que le devolvían sus indios que posiblemente le habían usurpado. García Holguín murió en Trujillo el 20 de mayo de 1557, pero el pleito prosiguió. Diez años después murió Verdugo y por eso el enojoso litigio correspondió a las viudas, sin que hasta hoy sepamos cual fue el resultado. Debió perderlo Da. Jordana, porque en su testamento legó una gran cantidad de bienes a los indios de Cajamarca, incluyendo Huamango y Contumazá, pero en cambio dejó de mencionar los pueblos en litigio, posiblemente porque los había perdido (R.A.N. T. VII, ent. II, p. 228). Lo cierto es que muerto su primer marido, Da. Jordana tornó a casar con otro Comendador, el caballero de Alcántara D. Alvaro de Mendoza y Carbajal, Gobernador de Popayán y Ancerma, el cual era hijo de D. Diego de Carbajal y Vargas y de Da. Elvira de Contreras, cuartos señores de la villa de Valero. Da. Jordana murió en Lima, el 20 de noviembre de 1601.